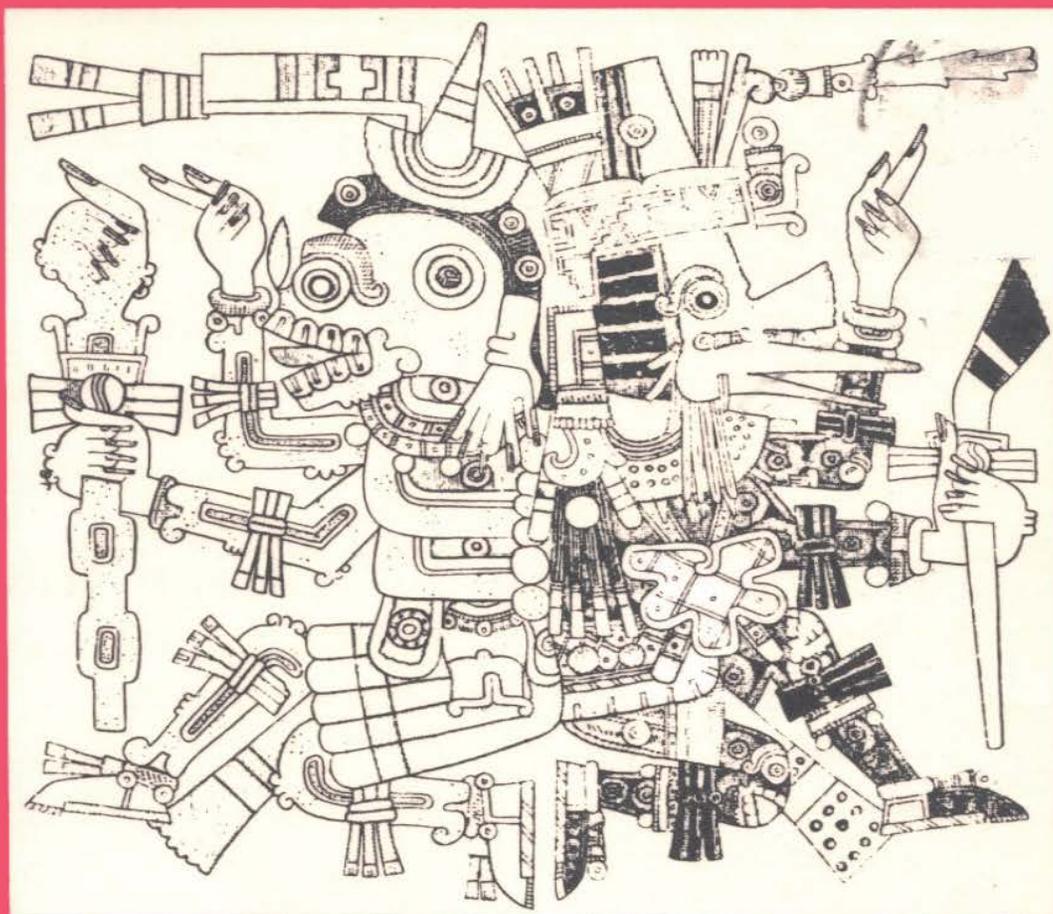


# Nueva Antropología

# 12

REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES



## ARQUEOLOGIA E IDEOLOGIA

Armillas, Bartra, Cervantes, Lorenzo, Lumbreras, Matos,  
Mendizábal, Montané, Nalda, Panameño, Sanoja, Yadeun



# NUEVA ANTROPOLOGIA

AÑO III, No. 12

MEXICO, DICIEMBRE 1979

## SUMARIO

<i>Editorial</i>		5
Eduardo Matos Moctezuma	<i>Las corrientes arqueológicas en México</i>	7
Miguel Othón de Mendizábal	<i>La evolución de las culturas</i>	27
Miguel Othón de Mendizábal	<i>La evolución de las culturas indígenas de México y la división del trabajo</i>	39
Pedro Armillas	<i>Las etapas adoptadas para el Programa de Historia de América</i>	49
Roger Bartra	<i>Periodificación</i>	53
J.L. Lorenzo, L. Lumbreras, E. Matos, J. Montané, M. Sanoja y otros	<i>Hacia una Arqueología Social</i>	65
Eduardo Matos Moctezuma	<i>Notas sobre el proceso de desarrollo en el Centro de México</i>	93
Rebeca Panameño y Enrique Nalda	<i>Arqueología ¿Para quién?</i>	111
Ma. Antonieta Cervantes y Juan Yadeun	<i>La máquina tautológica y la Arqueología Olmeca</i>	125

## RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Héctor Tejera Gaona	Ursula Oswald (Coord.) y otros <i>Mercado y dependencia</i>	139
Andrés Fábregas Puig y Gilberto López y Rivas	Marvin Harris, <i>The Rise of Anthropological Theory</i>	143
Índice de los 12 primeros números		159

# Editorial

La arqueología en México se ha caracterizado por su estrecha vinculación con el Estado, a partir de la Revolución de 1910. Relación que ha dado a esta disciplina un tinte político y una vigencia de la que carece en otras latitudes, en donde arqueología significa, frecuentemente, el estudio de las antigüedades con muy escasa relación con el presente. En México, por lo contrario, la arqueología ha tenido el privilegio de contribuir, quizás más que ninguna otra ciencia social, a la formación de la conciencia nacional a través de la revaloración del pasado prehispánico.

Sin embargo, también hay aspectos negativos que se desprenden del compromiso político de la arqueología con los gobiernos emanados de la revolución. Sin duda, la limitación más evidente ha radicado en el énfasis en la reconstrucción de edificios, en detrimento de una búsqueda de datos de la vida socioeconómica de aquellos pueblos constructores de grandes monumentos. Así se llegó al absurdo de pensar que los centros ceremoniales estaban rodeados de comunidades agrícolas dispersas, sin ciudades, sin un poder político que organizara su construcción, sin un desarrollo de las fuerzas productivas que sustentara la vida urbana, etc.; en fin, como quien dice, en el vacío social.

En otra vertiente teórica de la arqueología mexicana, cuyo origen sería muy largo de trazar, ha predominado la influencia positivista que ha tenido un interés primordial en la clasificación sistemática de materiales arqueológicos más que en utilizarlos para reconstruir la vida y la historia de los pueblos prehispánicos. El resultado ha sido un precario desarrollo de la arqueología concebida como una rama de las ciencias sociales, que, con técnicas que le son propias, se aboca al estudio de las sociedades prehistóricas.

Ya desde principios de siglo, Don Manuel Gamio, planteó una crítica a la arqueología de la época por su falta de teoría, conceptos y método. Sin embargo, pocos han sido los estudios arqueológicos que, desde aquella época, han recogido estas inquietudes. Curiosamente han sido los especialistas en otras disciplinas sociales quienes, en su preocupación por entender el presente, han tratado de interpretar los datos arqueológicos a la luz de una teoría social que les dé congruencia y significado. No ha sido sino hasta muy recientemente que algunos arqueólogos han recogido las preocupaciones de Gamio, y han emprendido la tarea de enriquecer su disciplina con teorías y metodologías propias de las ciencias sociales.

*Nueva Antropología* ha querido reunir una serie de textos sobre el México prehispánico, algunos de difícil adquisición y otros inéditos, que tienen como común denominador el mantener una posición crítica frente a lo que podría llamarse "la arqueología tradicional", y que manifiestan una preocupación teórica y metodológica.

Con esta publicación *Nueva Antropología* recoge algunas de las preocupaciones actuales de la arqueología, consciente de la importancia que ésta tiene en el contexto de las ciencias sociales, e intenta abrir un debate que se prolongue en lo futuro.

# Las corrientes arqueológicas en México

Eduardo Matos Moctezuma\*

---

Cuando emprendimos la tarea de formar una antología de estudios marxistas sobre el México prehispánico, tuvimos que recurrir a estudios de tipo arqueológico e histórico que nos permitiera analizar el proceso de desarrollo de las sociedades mesoamericanas vistas desde la perspectiva del materialismo histórico. Nos interesaron especialmente los estudios de carácter general elaborados por historiadores, antropólogos, y la presencia mínima de arqueólogos. Esto último nos llevó a tratar de analizar el desarrollo histórico de esta disciplina —la arqueología—, ya que a ella corresponde la investigación de todo el período prehispánico desde los primeros grupos cazadores-recolectores, hasta la

presencia del Estado. Fue así como pudimos obtener el panorama que hoy presentamos, a manera de ensayo, de las corrientes arqueológicas en nuestro país y dentro de las que, como hemos dicho antes, el pensamiento marxista ha sido mínimo, si bien esta corriente ha planteado problemas e interpretaciones que aún hoy están vigentes, aunque hay que reconocer que no ha habido una continuidad de la misma, sino que se ha dado en forma esporádica, aislada. ¿Por qué ocurre esto en una disciplina que, por su propio universo de estudio, está en condiciones de analizar los procesos de desarrollo social y las leyes que los rigen? ¿Por qué la arqueología en México ha sido las más de las veces, una disciplina carente de una referencia teórica y metodológica definida, lo que ha llevado a estudios parciales en los que se pierde de vista el todo social y se carece del conocimiento básico para fundamentar una investigación con su problemática específica por resolver?

\* Investigador del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México y actualmente Coordinador del Proyecto Templo Mayor.

Aunque estas carencias no son exclusivas de la arqueología, sino comunes a varias disciplinas, creemos que son diversas las causas que han provocado que en la primera se haya acentuado esta característica. A continuación vamos a presentar un compendio de la historia de la arqueología, a través del cual señalamos algunas de las causas que consideramos más importantes para que lo anterior ocurriera, al mismo tiempo que nos permite analizar las distintas corrientes que a nuestro juicio han surgido a partir del momento en que la arqueología es valorada como ciencia. Como antecedentes de esto, veremos el interés que se despertó, a partir del siglo XVI, en conocer a los grupos recién conquistados, lo cual lleva en sí toda su carga ideológica.

## I

A raíz de la conquista española, surge un interés en conocer el mundo prehispánico que lleva en sí un trasfondo ideológico: se trata de conocer mejor a los grupos recién conquistados con el fin de poder penetrar mejor en su forma de pensamiento, y así procurar imponer la nueva religión. Es una lucha ideológica que conlleva toda una serie de prácticas tendientes a lograr el sometimiento *espiritual* del indígena. Como hemos dicho en otra ocasión.

“Efectivamente, lograda la conquista militar, quedaba por resolver una con-

quista más ardua: la ideológica, para lo cual la iglesia (aparato ideológico del conquistador) va a utilizar todos los medios a su alcance para lograrlo. Así vemos presentes desde la Inquisición por un lado, hasta medios más sutiles como el que empleó fray Jacobo de Testera al hacer cartillas con oraciones cristianas representadas en jeroglíficos; o la presentación de grandes teatros de masa en que participaban el indígena, y al final de los cuales era bautizado, tal como se hizo en la ciudad de México en 1538 y en Tlaxcala un año más tarde”.<sup>1</sup>

Un ejemplo claro de lo que decimos nos lo da la proliferación de vocabularios de lenguas indígenas durante el siglo XVI, y la tendencia de los frailes cronistas a poner énfasis en aspectos religiosos en sus tratados. Veamos qué nos dice Sahagún en el Prólogo a su *Historia General de las Cosas de Nueva España*:

“El médico no puede acertadamente aplicar las medicinas al enfermo (sin) que primero conozca de qué humor o de qué causa proceda la enfermedad; de manera que el buen médico conviene sea docto en el conocimiento de las medicinas y en el de las enfermedades, para aplicar convenientemente a cada enfermedad la me-

<sup>1</sup> Matos Moctezuma, Eduardo. “Internacionalismo, nacionalismo, indigenismo y explotación”, en *América Indígena*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1978.

dicina contraria, (y porque) los predicadores y confesores médicos son de las ánimas, para curar las enfermedades espirituales conviene (que) tengan experiencia de las medicinas y de las enfermedades espirituales: el predicador, de los vicios de la república, para enderezar contra ellos su doctrina, y el confesor, para saber preguntar lo que conviene y entender lo que dijeren tocante a su oficio, conviene mucho que sepan lo necesario para ejercitar sus oficios; ni conviene se descuiden los ministros de esta conversión con decir que entre esta gente no hay más pecados que borrachera, hurto y carnalidad, porque otros muchos pecados hay entre ellos muy más graves y que tienen gran necesidad de remedio: Los pecados de la idolatría y ritos idolátricos, y supersticiones idolátricas y agüeros, y abusiones ceremoniales idolátricas, no son aún perdidos del todo.

Para predicar contra estas cosas, y aún para saber si las hay, menester es de saber cómo las usaban en tiempo de su idolatría, que por falta de no saber esto, en nuestra presencia hacen muchas cosas idolátricas sin que lo entendamos; y dicen algunos, excusándolos, que son boberías, por ignorar la raíz de donde salen, que es mera idolatría, y los confesores ni se las preguntan ni piensan que hay tal cosa, ni saben lenguaje para se las preguntar, ni aun lo entenderán aunque se lo digan.

Pues por que los ministros del Evangelio que sucederán a los que primero vinieron en la cultura de esta nueva viña del señor no tengan ocasión de quejarse de los primeros, por haber dejado a oscuras

las cosas de estos naturales de esta Nueva España, yo, fray Bernardino de Sahagún, fraile profeso de la Orden de Nuestro Seráfico P. San Francisco, de la observancia natural de la Villa de Sahagún, en Campos, por mandato del muy Reverendo Padre el P. Fray Francisco Toral, provincial de esta Provincia del Santo Evangelio, y después Obispo de Campeche y Yucatán, escribí doce libros de las cosas divinas, o por mejor decir idolátricas, y humanas y naturales de esta Nueva España".<sup>2</sup>

Consolidada la Colonia, el indígena pasa a ser mano de obra barata y sujeto de explotación por parte de la Corona española. La destrucción de los templos indígenas trae aparejada la imposición de una nueva ideología, y los restos de estos templos servirán de materia prima para la construcción de las primeras iglesias y conventos coloniales. Así, hacia finales del siglo XVI y durante el XVII la cultura indígena prehispánica pasa a un segundo término, y no será sino hasta finalizar el siglo XVIII que se vuelve a poner interés en el México prehispánico. Dos acontecimientos son ejemplo de lo anterior. El primero de ellos es el hallazgo, en 1790, de dos de los grandes monolitos aztecas. Efectivamente, el 13 de agosto y el 17 de diciembre de ese año son encontrados en la Pla-

<sup>2</sup> Sahagún, Fray Bernardino, *Historia General de las Cosas de la Nueva España*, tomo I, México, ed. Porrúa, 1956.

za de Armas de la Ciudad de México la Coatlicue y la Piedra del Sol. Es interesante comprobar que con estos hallazgos se vuelve a poner atención en las sociedades desaparecidas a raíz de la Conquista, y cómo los mismos sirven para tratar de justificar la Conquista española. Nos dice don Antonio de León y Gama, quien hace el estudio de las dos piedras:

“Me movió también a ello el manifestar al orbe literario parte de los grandes conocimientos que poseyeron los Indios de esta América en las artes y ciencias, en tiempos de su Gentilidad, para que se conozca cuán falsamente los calumnian de irracionales ó simples los enemigos de nuestros españoles, pretendiendo deslucirles las glorias hazañas que obraron en la conquista de estos Reynos”.<sup>3</sup>

Fue el virrey Revillagigedo quien ordenó que la Coatlicue fuera trasladada a la Universidad, en aquel entonces controlada por los frailes dominicos, quienes deciden enterrar esta escultura en uno de los patios de la Universidad. El barón Alejandro de Humboldt nos ha dejado relato de esto:

“El Conde Revillagigedo, Virrey, hizo trasportar este monumento a la Univer-

sidad de Méjico, que consideró como el sitio más propio para conservar uno de los restos curiosísimos de la antigüedad americana. Los Profesores, que por entonces eran Religiosos dominicos, no quisieron oponer el ídolo a la juventud mejicana y enterraron de nuevo en uno de los corredores del edificio á medio metro de profundidad. No hubiera yo podido examinarlo, por consiguiente, si don Feliciano Marín, Obispo á la sazón de Monterrey, no pasara por México camino de su diócesis y atendiendo á mis ruegos, hiciera que el Rector de la Universidad mandara desenterrarlo”.<sup>4</sup>

La actitud de los dominicos no es de extrañar: estamos en los albores del movimiento independentista que en cierta forma trata de utilizar lo prehispánico para anteponerlo a lo peninsular. El segundo acontecimiento ocurrido por aquellos años es buen ejemplo de lo anterior. Se trata del sermón de fray Servando Teresa de Mier el 12 de diciembre de 1794 en la Basílica de Guadalupe, ante las autoridades civiles y eclesiásticas de la Colonia.

El contenido del sermón insinuó que no correspondía la gloria de la catequización de los mexicanos a los españoles, sino que mucho antes la había realizado Santo Tomás en la figura de Quetzalcóatl. Para ello se basó fray Servando en toda una

<sup>3</sup> León y Gama, Antonio, *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras*, México, Imprenta de don Felipe de Zúñiga, 1792.

<sup>4</sup> Alejandro de Humboldt. *Vistas de las cordilleras*, Madrid, Imprenta de Gaspar Editores, 1878.

serie de datos que le proporcionaron, según los cuales Santo Tomás era el mismo Quetzalcóatl. Por otra parte, mencionó que la imagen de la Virgen de Guadalupe estaba pintada no en la tilma de Juan Diego, sino en la de Santo Tomás, y que ya se le rendía culto en el Tepeyac antes de la llegada de los conquistadores.

Además, como dice el mismo fray Servando, "añadí una y otra especie para exaltar, como ya dije, la patria y la imagen", con lo cual consiguió ganarse de inmediato la inquina del entonces arzobispo de México, don Alonso Núñez de Haro y Peralta, de quien dice era conocida la antipatía que tenía "contra los criollos y sus glorias"; esta antipatía traería por resultado la persecución y juicio del dominico a raíz del sermón del Tepeyac. Fray Servando se lamenta en sus memorias de la destrucción que realizaron los obispos de reliquias de la antigüedad:

"Ya era tiempo de que los señores obispos hubiesen escarmentado de su juicio precipitado sobre ellas. Al primer obispo de México se le antojó que todos los manuscritos simbólicos de los indios eran figuras mágicas, hechicerías y demonios, y se hizo un deber religioso de exterminarlos por sí y por medio de los misioneros, entregando á las llamas todas las librerías de los aztecas".<sup>5</sup>

<sup>5</sup> Servando Teresa de Mier, *Memorias*, Madrid, Editorial América, sf.

Más adelante agrega:

"El Sr. Palafox acabó de destruir todas las estatuas aztecas que había en las calles y esquinas de México y nos privó de mucha luz para su historia antigua".<sup>6</sup>

Al citar la censura que se había hecho de su sermón, en donde se ordena recoger de manera perentoria los documentos en que se basó para redactarlo, dice:

"¿Hasta cuándo cesarán estas operaciones verdaderamente escandalosas para destruir nuestros monumentos, privarnos de los sudores de nuestros sabios é impedirnos el conocimiento de nuestras antigüedades, pretextando la religión? El Rey, por lo contrario, había poco antes expedido, á instancia de la Academia de la Historia, una Real Orden, no sólo para que se conserven todos los monumentos de las antigüedades americanas, sino invitándonos también á estudiarlas y escribir sobre ellas. Se nos comunicó la Real Orden por mano de la Real Audiencia de México".<sup>7</sup>

Durante el siglo XIX, son varios los extranjeros que se interesan en la arqueología, como Humboldt —ya mencionado—, Desire Charnay, etc. . . que han dejado una documentación valiosa. Sin embargo, será hacia finales del siglo cuando la arqueología mexicana

<sup>6</sup> Teresa de Mier, *Op. cit.*

<sup>7</sup> Teresa de Mier, *Op. cit.*

empiece a desarrollarse, como veremos a continuación.

## II

A fines del siglo pasado y en la primera década del siglo XX, el representante de la arqueología oficial del porfirato será don Leopoldo Batres. Es este el momento en que se emprenden grandes obras monumentales, como fue el caso de los trabajos de Teotihuacán, iniciados en 1905. Pero si analizamos qué fue lo que motivó la realización de estas obras, nos encontramos que no se contó con planteamientos teóricos ni aun dentro de la corriente positivista, tan en boga en esa época. Los trabajos de Batres estuvieron encaminados en Teotihuacán a celebrar el centenario de la Independencia, con lo que el régimen sólo utilizó a la arqueología para crear una fachada político-cultural. En resumen, podríamos decir que se carecía de postulados y de una problemática específica por resolver, abriendo camino para que la arqueología fuera utilizada como medio para emprender otras de reconstrucción monumental con fines político-culturales.

Con el movimiento armado de 1910, surgen nuevos valores en los diferentes campos del conocimiento. Al positivismo porfirista se anteponen otras corrientes filosóficas, como la que encabezaron Antonio Caso, Henríquez Ureña y otros pensadores de la época. Corresponde a don Manuel Ga-

mio, como antropólogo, sentar las bases de la antropología en general y de la arqueología en particular en la segunda década de este siglo. En efecto, los principios de Gamio dentro de la arqueología vienen a negar los conceptos anteriores. Así leemos que, para este investigador, la arqueología deberá entenderse en una forma integral, es decir, estudiando las manifestaciones culturales que él divide en intelectuales, como la mitología y las ideas estéticas, etc., y las materiales, que comprenden las construcciones: cerámica, instrumental y otros, como los restos óseos humanos y animales y el ambiente físico-biológico. Para llegar a lo anterior, él proponía, desde 1914, lo que denominaba método extensivo e intensivo. Pensaba que la arqueología no había alcanzado en lo pasado niveles científicos por dos causas fundamentales: la atención que se prestó al estudio de las fuentes históricas, haciendo a un lado los estudios propiamente arqueológicos, y

“...la falta de conceptos, de tendencias, de métodos, de perspectivas y de encadenamiento lógico que antecede a las escasas investigaciones propiamente arqueológicas que se emprenden, las cuales, por lo tanto, resultan aisladas e inconexas”.<sup>5</sup>

<sup>5</sup> Gamio, Manuel, “Metodología para las investigaciones arqueológicas en México”, México, Museo Nacional de Antropología, 1914.

Es falso, por lo demás, que, durante la lucha armada que caracteriza esos años, los trabajos arqueológicos se vieran interrumpidos. En un trabajo del doctor Litvak, se dice que:

“Los investigadores mismos . . . los mexicanos por su compromiso ideológico que los hicieron participar en el conflicto y los extranjeros, por la obvia imposibilidad de trabajar en esos momentos, estuvieron fuera de la tarea de búsqueda”.<sup>9</sup>

Es, sobre todo, durante el período de la lucha armada cuando se dan los principales aportes de Gamio dentro de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americana y, con posterioridad, en la Dirección de Antropología. La primera inicia sus cursos en 1911, contando como maestros a ilustres extranjeros, y basta con mencionar algunos de los principales trabajos llevados a cabo por Gamio: los trabajos de Azcapotzalco (1912-1913) en que se aplica por primera vez la estratigrafía en México. En 1914, se publica su libro sobre metodología, del que ya hemos hecho mención. En 1916, publica su libro *Forjando patria. Pronacionalismo*,

el cual encierra mucho del pensamiento de su autor, y en 1917, comienza el estudio integral del valle de Teotihuacán, cuyos resultados serán publicados en 1922. Es decir, que durante todo el período de la lucha armada es cuando Gamio dará su aporte como arqueólogo, ya que, a partir de 1925, se inclinará más al indigenismo.

De lo anterior queremos resaltar varias cosas. Primero, podríamos considerar que con Gamio comienza la arqueología propiamente científica, ya que trata de estudiar problemas específicos y llegar a su solución a través de una metodología que, entre otras cosas, emplea una técnica adecuada. Además ve a las sociedades integralmente y procura que los estudios arqueológicos no queden allí, sino que pretende darles una proyección hacia la situación que prevalece en aquel entonces. También notamos su interés en reforzar un nacionalismo que quizá en ese momento se justifica, ya que es patente el empeño de desterrar las ideas extrajerizantes que habían tomado asiento durante el régimen anterior, y de buscar un sustituto en los valores propios. Sobre esto, hemos dicho en otra ocasión:

“A pocos años de la Independencia, se empieza a conformar un sentido de nacionalismo que tomará fuerza años más tarde, a raíz del movimiento armado de 1910, en que se busca robustecer un nacionalismo que recoge el pasado prehispánico y trata de incorporar al indígena a la ‘vida nacional’. En casi todos

<sup>9</sup> Litvak, Jaime, “Posiciones teóricas en la arqueología mesoamericana”, en *Balance y perspectiva de la antropología de Mesoamérica y el centro de México*, México, Sociedad Mexicana de Antropología, XII Mesa Redonda, 1975.

los campos del conocimiento y la cultura se manifiesta esta búsqueda. Tal es el caso de don Manuel Gamio dentro de la antropología, con la publicación de dos obras básicas: *Forjando patria. Pronacionalismo* (1916), y los tres volúmenes de *La población del Valle de Teotihuacan* (1922). Otros ejemplos en que se manifiesta lo anterior son los murales de Orozco y Rivera; la música de Carlos Chávez y la arquitectura de por ejemplo, el edificio de la Secretaría de Salubridad y Asistencia (1927) o el monumento de la Revolución (1938) en el cual el Arq. Obregón Santacilia creía ver el 'espíritu de la raza'...

Sin embargo, el indígena sigue igualmente explotado. Mientras, por un lado, se ensalza y mistifica el México prehispánico, por el otro, se explota al indígena actual, de diversas maneras. Y es que la explotación del indígena es necesaria al modo de producción capitalista, al igual que el nacionalismo surge como parte del sistema mismo. La división de los países americanos está conformada, la más de las veces, por intereses económico-políticos, y el robustecimiento de las ideas por nacionalidades va unido al desarrollo del capitalismo.

Hay dos ejemplos que ya hemos mencionado y que son producto del sistema, que comentaremos brevemente. Primeramente, es interesante ver la desvinculación total que hay entre el México prehispánico que el nacionalismo ha desvirtuado y del cual forma parte una arqueología tradicional hacedora de pirámides, y el indígena actual que no siente mayor liga con esos monumentos. Y es que ese indígena

también fue explotado en el mundo prehispánico por un modo de producción que ejercía sus propios mecanismos. Es decir, había indígenas que explotaban a otros grupos o sociedades indígenas, lo cual casi no se menciona en los textos ni en nuestros museos, por el afán de engrandecimiento que el nacionalismo busca del México prehispánico. Roto el equilibrio interno de esas sociedades, se impone un nuevo modo de producción en que la corona española jugará el papel de explotador al cambiar todo el orden anterior. El indígena pasa poco a poco a constituirse en minorías y a ser sujeto de explotación por parte de la sociedad nacional mestiza que, a partir del rompimiento con España y más claramente después de 1910, tendrá la necesidad de apoyarse en el 'grandioso' pasado prehispánico, mistificándolo totalmente, en cuanto que el indio sigue igualmente explotado y marginado...<sup>10</sup>

Consideremos fundamental este aspecto del *nacionalismo*, ya que trae aparejado el interés en lo arqueológico, por dos causas principales:

- 1) la utilización que le da el Estado, como queda dicho, para resaltar los valores prehispánicos y
- 2) el manejo de la arqueología desde el punto de vista turístico, que va unido a la entrada de divisas al país.

<sup>10</sup> Matos, 1978, *Op. cit.*,

a) *La corriente de la reconstrucción monumental*

Lo anterior va a dar pie para el surgimiento de una de las corrientes arqueológicas que aparecen en este siglo y que podríamos caracterizar así: 1) carencia de una referencia teórica-metodológica definida; 2) técnica de excavación deficiente; y 3) tendencia a la reconstrucción monumental de edificios.

Pensamos que esta característica se presenta a partir del momento postrevolucionario, cuando pasado el movimiento armado se asienta un nuevo grupo en el poder. Corresponderá al Dr. Alfonso Caso, con sus trabajos en Monte Albán, durante la década de los años 30, iniciar esta corriente que algunos autores han denominado Escuela Mexicana<sup>11</sup>, y que se diferencia evidentemente de la arqueología de Gamio, la cual queda relegada totalmente y no se aprovecha su preocupación por el método y la técnica, con lo que se da un paso atrás.

Sobre esto se abrió recientemente una polémica a partir de la crítica que se hizo de las mesas redondas de la Sociedad Mexicana de Antropología. De esta crítica, su autor ve dos tendencias en la arqueología que se

practica en México, la primera de las cuales está:

“Dirigida hacia la conformación de una historia cultural del México Antiguo, desarrollada con un carácter, la mayor de las veces, evolucionista de tipo unilineal que recurre frecuentemente a esquemas funcionalistas y difusionistas; el desarrollo de esta línea en las mesas redondas establece a partir del par Caso-Jiménez Moreno, quienes la inician interpretando los materiales arqueológicos en función de las fuentes históricas, sin sujetarlas a un análisis crítico y asignando a los materiales arqueológicos nombres culturales. La construcción de esta historia cultural, llena de enigmas, se conforma en base al análisis de los rasgos de los materiales arqueológicos, principalmente los derivados de estudios cerámicos, a partir de los cuales establecen series cronológicas, basándose en supuestas ‘evoluciones’ de formas o diseños que comparan con materiales de otros lugares. Este sistema es el que genera la profusión de ‘relaciones’ (nunca definidas) entre todos los sitios del México Antiguo e inclusive con el suroeste y sureste de los Estados Unidos. Son trabajos generalmente carentes de referencia teórica, de definición, de unidades de estudio, sin una relación de sus métodos de trabajo. Son, adicionalmente, trabajos sobre segmentos de la totalidad social y, como tales, carecen de capacidad explicativa; bajo el pretexto de desarrollar una historia cultural, sus investigaciones y también las excesivas reconstrucciones de pirámides

<sup>11</sup> Litvak, Jaime, 1975, *Op. cit.*, y en “La arqueología”, en *Las humanidades en México, 1950-1975*, México, UNAM, 1978.

quedan automáticamente justificadas".<sup>12</sup>

Es interesante ver cómo concebía Caso a la arqueología. Para él, la arqueología comprende:

"el estudio de la vida, de la cultura del pueblo antiguo, y revivir con la imaginación esa vida y esa cultura"<sup>13</sup>

Alude a que todo estudio deberá ir precedido de planteamientos hipotéticos, cosa que no aplica en sus estudios.

En general, podemos considerar a Caso como un investigador de vastos conocimientos que, a nuestro juicio, sobresale más bien en sus estudios etnohistóricos de códices y religión. Además, a él va a corresponder la creación de los principales centros de investigación antropológica como el INAH (1939); la ENAH (1940) y el INI (1948), todo ello obedeciendo a las necesidades populistas de la política cardenista en el caso de los dos primeros, y a otros fines en el caso del último. Sin embargo, es importante ver como estas instituciones surgen y van a actuar como parte de los aparatos ideológicos del Estado Mexicano, a través de los cuales la corriente mencionada va a tomar forma y a desarrollarse hasta que en años más recientes, son cuestionados sus fines y propósitos.\*

tos ideológicos del Estado Mexicano, a través de los cuales la corriente mencionada va a tomar forma y a desarrollarse hasta que en años más recientes, son cuestionados sus fines y propósitos.\*

#### b) *La corriente marxista*

Otra corriente que estudia el México prehispánico es la marxista, cuyo comienzo podemos ubicarla en la década de los años 20 y 30, cuando Miguel Othón de Mendizábal escribe sus primeros trabajos antropológicos sobre el México antiguo con un enfoque dialéctico y dando importancia a lo económico como base fundamental y al medio como elemento condicionante. Autores como Florescano han dicho del autor y su obra:

"Lo significativo en este y en otros ensayos de Mendizábal es que propone como explicación central de los procesos históricos a los hechos económicos y a los condicionantes externos (habitat, medio ecológico) de la actividad humana. Este cambio de enfoque se acompañó

<sup>12</sup> Yadeun, Juan "Arqueología de la Arqueología", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, México, SMA, tomo XXIV:2, julio 1978.

<sup>13</sup> Caso, Alfonso, *A un joven arqueólogo mexicano*, México, Empresas Editoriales, S.A., 1968.

\* Los principales componentes de esta corriente son: Jorge Acosta, Ponciano Salazar, César Sáenz, Eduardo Pareyón y otros. Si bien solo hemos mencionado al Dr. Caso, el pensamiento de algunos de estos autores será analizado en el libro que tenemos en preparación sobre el tema.

en él de un cambio en la utilización de las fuentes. Mendizábal es de los primeros investigadores que descubre la rica información económica y social contenida en las crónicas coloniales, y el primero que aprovechó con inteligencia e imaginación el enorme caudal de datos económicos y sociales que guardaban textos como las Relaciones geográficas, el Códice Mendocino o la Suma de visitas de pueblos".<sup>14</sup>

El enfoque de Mendizábal, sin embargo, no va a tener influencia en los arqueólogos, sino de manera indirecta, ya que este autor sienta las bases sobre las que, en 1943, Paul Kirchhoff va a definir el concepto de *Mesoamérica*, tan utilizado por los arqueólogos y tan poco analizado por los mismos, de lo cual el mismo Kirchhoff se lamenta.

Además de esto, es Mendizábal de los primeros investigadores que critican supuestos hallazgos de gran antigüedad y también la posición metafísica en la investigación. Así dice:

"La posición filosófica de los historiadores y arqueólogos de México y de los extranjeros que sobre nuestro país escribieron, fué en el pasado, como era natural, metafísica: enfocaron momentos culminantes de la evolución de los grupos indígenas y los estudiaron está-

ticamente, como fenómenos más o menos aislados en el espacio o en el tiempo".<sup>15</sup>

En la década de los años 40, y a raíz de la guerra civil española, vinieron a México algunos investigadores que van a encauzar sus investigaciones hacia el problema de la agricultura y los sistemas de cultivo agrícola relacionados con el surgimiento de la civilización. Va a corresponder a Pedro Armillas y a Angel Palerm poner atención en estos aspectos ligados directamente con la base económica de los grupos mesoamericanos. El primero comienza a difundir las ideas que Gordon Childe ha estado asentando en Europa, lo que más tarde continuará haciendo José Luis Lorenzo.

Es por cierto Armillas quien intenta establecer el proceso de desarrollo de los pueblos americanos en su trabajo *Cronología y periodificación de la Historia de América Precolombina*<sup>16</sup>, para lo cual toma como criterio los cambios revolucionarios ocurridos en el proceso a partir de lo que considera el aspecto más importante desde el punto de vista económico: la agricultura. Así, divide sus etapas en preagrícola, protoagrícola y de civilización (agrícola). Un aspecto que creemos

<sup>14</sup> Florescano, Enrique. "El nacionalismo indigenista y la renovación de los estudios sobre el México auténtico", *Sábado*, 1º de abril de 1979, suplemento cultural del diario *unomásuno*, México.

<sup>15</sup> Mendizábal, Miguel Othón, México, 1946.

<sup>16</sup> Armillas, Pedro, *Cronología y periodificación de la Historia de América Precolombina*; suplemento de la revista *Tlatoani*, México, SAENAH, 1956.

importante es que el autor considera esta última etapa, de 500 a.c. hasta el momento de la conquista europea, con crisis y regresiones, pero dentro de ella misma, lo cual hemos tratado en otra parte.<sup>17</sup>

El enfoque que Armillas tiene de la arqueología va a estar en oposición con el concepto sustentado por don Alfonso Caso, lo cual va a hacerse patente en la mesa redonda de Jalapa en 1951, en que Armillas apoya el trabajo que presentó un joven investigador norteamericano, William Sanders, sobre "La antropogeografía del centro de Veracruz", trabajo que se dispara de los aportes tradicionales en las mesas, el cual es criticado por Caso, creándose finalmente una situación insostenible de disenso que más tarde culminará con la salida de Armillas del país.

En general, podríamos considerar que Armillas, como arqueólogo, presenta en esos momentos una posición de avanzada en la que hay asomos de materialismo histórico, dada su formación política; pero que no está exento de un enfoque ecologista que será una de las tendencias del neopositivismo que trataremos de precisar más adelante.

Van a pasar varios años en que no hay una clara posición marxista. Será hasta 1964 en que nuevamente estaremos ante estudios con este enfoque.

<sup>17</sup> Véase nuestro artículo incluido en este mismo volumen.

Va a corresponder a Roger Bartra publicar un trabajo que conlleva un análisis y una crítica a la posición tradicional.<sup>18</sup> Posteriormente, este mismo autor nos dará sus planteamientos sobre el "Modo de Producción Asiático".<sup>19</sup>

Sus interpretaciones acerca de Mesoamérica, y más concretamente de la sociedad azteca, son desde el punto de vista teórico; pero en ese momento no son retomados por los arqueólogos para tratar de llevarlos a la práctica.

En 1966, va a surgir una interpretación dogmática del México prehispánico, y más concretamente de lo azteca, por parte de Mauro Olmeda. En su trabajo, hay una evidente pobreza bibliográfica y conceptos caducos que provocan la inmediata crítica, tanto de Bartra, como de Matos. Sin embargo, también se va a contar con el aporte de algunos historiadores que, como F. Katz, revisan y enriquecen los estudios marxistas, en este caso, de la sociedad azteca.

A mediados de la década de los sesentas, da comienzo el Proyecto Cholula, que claramente plantea una posición diferente con la antropología que hasta este momento se viene realizando dentro del INAH. De esto hemos dicho en otra ocasión:

<sup>18</sup> Bartra, Roger, *Tipología y periodificación en el método arqueológico*, México, SAENAH, 1964.

<sup>19</sup> Bartra, Roger, *El modo de producción asiático*, México, Ed. ERA, 1969.

“Iniciado en 1966, este proyecto se plantea una problemática específica y presenta hipótesis generales a comprobar a través de la investigación de campo, y con el manejo de categorías generales, como las de continuidad y discontinuidad. Este caso insólito dentro de una disciplina en que . . . había sido en términos generales carente de un marco teórico específico (sea cual fuere), causaba molestia y no poco temor en quienes, hasta entonces, habían manejado la arqueología mexicana, como quedó expresado antes. El proyecto, además, traía consigo una crítica a la arqueología realizada hasta el momento, y demostraba, por otra parte, que se podían realizar proyectos interdisciplinarios sin que necesariamente se tuvieran que construir pirámides, ‘porque los gobernantes querían ver pirámides’; argumento muy manejado por quienes practican la arqueología piramidal. Pero ¿qué ocurrió con el proyecto? Fué desmantelado. Sin embargo, marcó un precedente importante, y lo que posteriormente se hizo en Cholula, especialmente por los arqueólogos, quedó eternizado en un monumento: la pirámide de concreto”.<sup>20</sup>

Será en el año de 1968 cuando se marcará la pauta para el surgimiento de toda una serie de nuevos planteamientos que cuestionan las posiciones anteriores. En ese año, el país sufrió un sacudimiento que trajo por consecuencia determinados cambios dentro

de la enseñanza y la investigación. Se volvió a plantear el porqué de algunas disciplinas, la revisión de conceptos y la impugnación de los sistemas tradicionales de enseñanza e investigación. Si bien antes habían existido brotes aislados de inconformidad, como es el caso de Cholula, es a partir de 1968 que, con la toma de conciencia de determinados grupos, se logra emprender poco a poco cambios fundamentales y decisivos que aún hoy continúan desarrollándose. Sin embargo, hay que reconocer que hubo posiciones totalmente caóticas y anárquicas. Pese a esto, es sin duda en la ENAH donde se dan en buena parte tomas de posición muy especiales. En arqueología surge una posición de nueva búsqueda a lo que pretende la arqueología como ciencia, y se vuelven a replantear problemas teóricos. Se impugnan las definiciones tradicionales como aquella de que la arqueología es el estudio de los pueblos del pasado en los que no existe documentación escrita, o esta otra:

“La arqueología, concebida como la práctica de campo y gabinete enfocada a la obtención de materiales para su estudio”.<sup>21</sup>

Esta inquietud trae por consecuencia que se busque una arqueología “más científica” y se planteen los pasos indispensables que una inves-

<sup>20</sup> Matos, *Op. cit.*, 1978.

<sup>21</sup> Litvak, *Op. cit.*, 1975.

tigación debe tener. Se oye hablar de *hipótesis*, de *teoría*, de *ley* y qué caracteriza a cada uno de estos conceptos. Se hace referencia al *marco teórico*, y la arqueología tradicional va a empezar a ser criticada desde sus cimientos. La primera Reunión Técnica Consultiva sobre Restauración, efectuada en 1974, acuerda lo siguiente: a) sea obligatoria la consolidación; b) quede vedada la reconstrucción; c) los otros aspectos de la restauración sean sometidos a estudios y discusión. Además, es en el Departamento de Monumentos Prehispánicos\* en donde se concentran los arqueólogos más tradicionales de la corriente de la reconstrucción monumental, y en donde se empiezan a presentar críticas de los grupos más jóvenes de arqueólogos que impugnan estas posiciones. Se da paso a proyectos en los que la reconstrucción no se considera, y se trata de manejar un cuerpo categorial y un enfoque preciso a problemas específicos. Se pretende unir teoría y práctica, para lo cual se imparten cursos de metodología de la ciencia social. Sin embargo, de todo ello re-

\* El Departamento de Monumentos Prehispánicos fue en donde se llevó a cabo la práctica arqueológica del Instituto Nacional de Antropología e Historia, hasta que hacia 1973 se crearon los primeros centros regionales que concentraron en sí la administración e investigación del área de su jurisdicción.

sulta finalmente, que solo unos cuantos aprovechan esta coyuntura, y la mayoría cae en posiciones supuestamente democráticas que llevan a una situación anarquizante, por la falta de una verdadera conciencia y de un enfoque definido de lo que pretende la arqueología como ciencia.

De todo este momento posterior a 1968, pero que se da por consecuencia de él, surgen algunos trabajos de los que hoy incluimos tres de ellos, con puntos de vista diferentes, pero con evidente influencia de los marxistas franceses (Althusser, Terray, Meillasoux) o de seguidores de ellos. Los tres trabajos prestan atención a la instancia ideológica y muestran una preocupación por el aspecto del método. Al mismo tiempo, otros investigadores marxistas están estudiando aspectos teóricos, como es el caso de Felipe Bate, que se avoca al análisis del concepto de "cultura" y su aplicación en arqueología.

Es en 1975 cuando se lleva a cabo la reunión de Teotihuacán. Invitados por el Instituto Nacional de Antropología, un grupo de arqueólogos se reúnen durante una semana con el fin de aclarar conceptos y precisar posiciones, todo ello provocado por la publicación del libro del Dr. Luis Lumbreras: *La arqueología como ciencia social*.<sup>22</sup> A

<sup>22</sup> Lumbreras, Luis, *La arqueología como ciencia social*, Lima, 1974.

lo más que se llega, dado el corto tiempo que dura la reunión, es a plantear el proceso de desarrollo que la arqueología ha seguido en América desde la conquista española.

Esta visión de la arqueología queda plasmado en el documento que se publicó por el INAH y que hoy reproducimos en esta antología, si bien debe quedar claro que el capítulo III, elaborado por el prof. J. L. Lorenzo, fue enviado a los participantes para que vertieran sus opiniones. La nuestra fue negativa, porque consideramos que lo que en ella se plantea es que una investigación arqueológica actual debe aplicar los adelantos técnicos, con lo cual estamos de acuerdo; pero una *arqueología social* en el sentido que pretendemos entenderla, no se logra solamente a través de la aplicación de técnicas y medios adecuados, sino que lleva en sí, además de esto, toda una posición política; de lo contrario, serían nuestros colegas norteamericanos quienes practican arqueología *más social*, pues la utilización de recursos técnicos en sus investigaciones son de sobra conocidos. En otras palabras, los adelantos técnicos y el recurso de las ciencias auxiliares puede —y debe— ser utilizada por los arqueólogos independientemente de su enfoque; lo que los va a diferenciar es el marco general del que parten para interpretar toda la información obtenida.

Florescano ha caracterizado la corriente marxista, de los años sesentas a la fecha, en tres tendencias: la prime-

ra, no ortodoxa, y que pone a prueba las abstracciones de la teoría con los resultados de la investigación empírica. La segunda, que piensa es la más común, es aquella que considera como “único método científico” al materialismo histórico, aplicado ortodoxamente a la realidad mexicana; y la tercera, más reciente, que aplica los aportes del llamado “neomarxismo”, y que no pasan, en el mayor de los casos, de ser modas pasajeras.<sup>23</sup>

De lo dicho por Florescano queremos agregar algo en relación a esta última tendencia. Muchas ideas y corrientes penetran en México con un atraso considerable. Lo mismo ocurrió con el pensamiento de Gordon Childe, por ejemplo, como con los aportes de Althusser en cuanto a su estudio de los aparatos ideológicos de Estado. En el caso del primero, este autor estuvo de moda en México en los años sesentas; pero contados fueron quienes comprendieron sus conceptos basados en el materialismo histórico y dialéctico. Muchos hablaban de la *revolución* neolítica y urbana, sin comprender la amplitud de este concepto y como cambia su contenido cualitativo en el proceso de desarrollo de las sociedades, como categorías dialécticas fundamentales. En el caso del filósofo francés, sus estu-

<sup>23</sup> Florescano, Enrique, “Los estudios económicos sobre el México antiguo”, en *Sábado*, suplemento cultural de *unomásuno*, 23 junio 1979, México.

dios dieron pie para no pocas posiciones dogmáticas de las que creemos está bastante lejos el autor.

Para finalizar con el panorama que hemos presentado de esta corriente, vamos a señalar cuáles son los principios de que parte:

- 1) Los procesos de desarrollo social están sujetos a leyes.
- 2) El motor de estos procesos es la contradicción que todo proceso conlleva en sí. Al momento del surgimiento de las clases antagónicas, esta lucha se constituirá en la contradicción fundamental.
- 3) Toda sociedad está conformada por tres instancias: las fuerzas productivas, en las que intervienen el hombre y el medio, siendo transformado y aprovechado este último a través del proceso de trabajo y producción. Las relaciones de producción, que son aquellas que se crean entre los hombres en el proceso de la producción, y que al revestir características de explotación de un grupo por otro, se convertirán en una lucha de clases, contradicción principal del proceso de desarrollo, y, finalmente, la superestructura, o sea todas las manifestaciones religiosas, artísticas, jurídicas, etc... y la presencia de toda una serie de aparatos ideológicos y represivos de control que estarán siempre al ser-

vicio del grupo que ostenta el poder.

Las dos primeras instancias conforman la estructura o base económica, en tanto que la superestructura se deriva de ella, aunque en las sociedades precapitalistas la superestructura ideológica está actuando directamente en las relaciones de producción, cosa que se presenta de manera diferente en el capitalismo.

### c) *La corriente tecnicista*

Actualmente, es el tecnicismo con sus diferentes tendencias la corriente que predomina y cuenta con más seguidores dentro del campo de la arqueología y que, tarde o temprano, tendrá el control burocrático de esta disciplina. Salvo algunos antecedentes, podríamos marcar su comienzo hacia la década de los años 50-60, cuando se da paso al uso de técnicas modernas, tanto de prospección, como de excavación y el empleo de computadoras, todo ello sin un marco teórico definido. La técnica convierte a la arqueología en la "ciencia del cordel" y acompaña a esta corriente una tendencia ambientalista *per se*. Se confunde ciencia con técnica.

En otra ocasión, nos hemos referido a esta corriente, como *neopositivismo inconsciente*, y la habíamos caracterizado así:

“... esta corriente es mayoritaria y se caracteriza porque no acepta la reconstrucción monumental, como se venía realizando por los tradicionales. Utiliza los adelantos de la técnica arqueológica (fotografía aérea, recorridos de superficie, uso de laboratorios, etc.) y, a últimas fechas han utilizado conceptos (que no emplean los reconstructores) como el de hipótesis, aunque en ocasiones no sepan bien de lo que se trate. Puede haber variedad en este grupo, desde aquellos que recorren grandes superficies y con los resultados nos plantean la evolución del área (historia cultural), hasta quienes utilizan conceptos como ‘planteamiento teórico’ y nos dice una serie de zandajas que nada tienen de planteamiento ni de teórico. En cuanto a lo de inconsciente, por lo general, no saben en donde están ubicados”.<sup>2,4</sup>

<sup>2,4</sup> Matos, *Op. cit.*, 1978.

<sup>2,5</sup> En la década de los años 20-30, surgió una corriente filosófica desarrollada por el Círculo de Viena, que se conoció como *neopositivismo*. Así como el positivismo comteano venía a ser la base filosófica de la burguesía del siglo XIX, el *neopositivismo* en las ciencias sociales surge como respuesta de los filósofos burgueses ante la creciente fuerza del marxismo en todos los órdenes establecidos. La característica esencial de esta corriente, dentro del campo de la historia, es la de negar que existen leyes del desarrollo social, como los entiende el marxismo, y, por lo tanto, pretende negar el

Comúnmente, sus componentes no se plantean el estudio de leyes del desarrollo social, ni la predicción científica, y llevan implícito un desconocimiento y negación del marxismo. Estas características fueron las que nos llevaron a considerarlos como *neopositivistas*, si bien creemos que el término *tecnicista* es más adecuado, puesto que, en general, carecen de principios filosóficos y de un marco teórico definido, aunque a algunos de ellos se les podría ubicar como *neopositivistas*, y a muchos, como *empiristas*.<sup>2,5</sup>

Un ejemplo claro de esta corriente es la matemática, en donde se aplican

materialismo histórico. Dentro de este campo, es quizá Karl Popper, filósofo alemán, quien ha planteado críticas a lo que denomina *historicismo*, en donde queda incluido el pensamiento de Marx. Piensa que la historia es la descripción de hechos aislados y que no se puede llegar a generalizaciones teóricas. Niega la existencia de leyes históricas y la previsión científica. En realidad, varias tendencias podemos ver dentro de esta corriente, que han sido estudiados en el caso de la sociología por Timasheff en su libro *La teoría sociológica* (FCE, 1971, México). Para mayores datos, recomendamos la edición del folleto *Positivismo y neopositivismo*, Ed. Pueblo Nuevo, 1976, México, que incluye artículos de Comte, Spencer, Russell, Popper, Kon, Abelardo Villegas y otros.

principios estadísticos y computadoras, pensando que esto es ciencia. La utilización de estos adelantos técnicos puede hacerlo cualquier corriente, y volvemos a insistir en algo que ya habíamos dicho antes: la técnica, en cualquier terreno, debe ser utilizada por el arqueólogo, la diferencia básica está en el enfoque que tiene el investigador y el marco general de que parte para dirigir su investigación. Al carecer de un marco definido y consciente, el arqueólogo se refugia en la técnica, sea esta clasificatoria, de prospección, de excavación, o computacional, creyendo que ese nivel y su correcta aplicación es la finalidad de la ciencia.

### *Conclusiones preliminares*

Tenemos que hablar de *conclusiones preliminares*, en virtud de que se necesita seguir ahondando y analizando lo que aquí hemos dicho. Sin embargo, podemos tratar de resumir lo planteado, de la manera siguiente:

1. A finales del siglo pasado y primeros años del siglo XX, surge un interés por el México prehispánico que se manifiesta en los trabajos de don Leopoldo Batres. Corresponde todo esto al momento en que la burguesía agraria consolida su control económico y político y surgen las oligarquías nacionales que adoptan modelos europeos, reforza-

dos con el positivismo por entonces en boga. La arqueología se utilizó para crear una fachada político-cultural.

2. La arqueología, como práctica científica, surge a partir de don Manuel Gamio, a quien podríamos considerar como producto de la llamada *revolución mexicana*. A él corresponderá negar y criticar la arqueología anterior al movimiento armado de 1910, y con influencia de Boas y otros investigadores de la época, dará paso a planteamientos propios que abogan por una técnica adecuada en la excavación y por una visión integral de las sociedades, además de su preocupación por tratar de aplicar un método específico en sus investigaciones. Todo esto no será continuado después de 1925, porque el autor se dedicará al indigenismo.
3. La corriente de la reconstrucción monumental vuelve a aparecer a partir de la década de los años 30, si bien tanto Batres como Gamio, la habían practicado. Sin embargo, el segundo de estos arqueólogos la considera como parte de una visión integral en que no es esa la razón de ser de la arqueología. La corriente surgida en esas décadas y continuada hasta hoy, aunque con menos fuerza, llenará toda un etapa de nuestra arqueología. Se caracterizará por

su pobreza teórica y técnica, aunque siempre puede haber trabajos ejecutados con mayor rigor, como podrían considerarse algunas investigaciones de don Jorge R. Acosta. Esta corriente carece de planteamientos teóricos definidos y adolece de una técnica adecuada de excavación, e inclusive de restauración. Algunos ejemplos podrían ser la excavación de la tumba 7 de Monte Albán, y, más recientemente, el Proyecto Teotihuacán (1962-64); la excavación y reconstrucción de la pirámide de Santa Cecilia; los trabajos de Tlatelolco (1960-61); las excavaciones de la gran pirámide de Uxmal; las excavaciones y reconstrucciones del Proyecto Cholula de agosto de 1967 en adelante y los trabajos que actualmente se verifican en Comalcalco, Tabasco. Aunque hay honrosas excepciones, los más de estos trabajos no han sido publicados.

4. En los años 50-60, surge la corriente tecnicista, en la que actualmente se podría ubicar a la mayoría de los arqueólogos mexicanos. Se diferencia de los arqueólogos tradicionales (reconstructores), en que tratan de utilizar las diversas técnicas modernas y se recurre a las ciencias auxiliares de la arqueología. A-

portan una información, en muchos casos valiosa, y se trata de tener un rigor en el control técnico de prospección y excavación. Sin embargo, no se parte de un marco teórico definido que permita ubicar la investigación, y, por lo general, son estudios descriptivos de segmentos del todo social. Estarían más cerca —y algunos lo están— del neopositivismo o del empirismo.

5. La corriente marxista es minoritaria y se ha dado en forma esporádica sin una continuidad evidente. Hay investigaciones de diferentes tendencias, y aplicadas a alguna sociedad específica, o análisis del proceso de desarrollo social vistos de una manera muy general. En realidad, aún no se cuenta con una visión totalizadora del México prehispánico con base en los datos arqueológicos e históricos vistos desde la perspectiva del materialismo histórico.

Para finalizar, no pensamos haber agotado este tema, sino que puede ampliarse y aun criticarse lo aquí mencionado. Es solo un paso más para conocer nuestra arqueología y sus tendencias, y saber hacia donde va, lo que podríamos reducir a una pregunta: Arqueología, ¿para qué y para quién?

# La evolución de las culturas\*

Miguel Othón de Mendizábal\*\*

---

La posición filosófica de los historiadores y arqueólogos de México y de los extranjeros que sobre nuestro país escribieron, fue en el pasado, como era natural, metafísica: enfocaron momentos culminantes de la evolución de los grupos indígenas y los estudiaron estáticamente, como fenómenos más o menos aislados en el espacio o en el tiempo. Las exploraciones estratigráficas y el estudio científico de la arquitectura, de la religión, de las cronologías, de las lenguas, vinieron a poner de manifiesto

relaciones de antecedente a consecuente o de causa a efecto entre dichos fenómenos y conexiones e interferencias culturales registradas a través de grandes extensiones geográficas y de sucesiones de niveles geológicos centenarios, lo cual obliga a quien quiera penetrar profundamente en la esencia de los múltiples desarrollos de la vida indígena, a adoptar una posición dialéctica.

Como es inevitable, dada la enorme complejidad de esta clase de estudios, las opiniones de los arqueólogos mo-

\* Capítulo del trabajo "De la Prehistoria a la Conquista", tomado de *Obras Completas*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1946.

\*\* El autor nació y murió en la Ciudad de México (1890-1945). Entre los cargos que ocupó tenemos: Director del Museo Nacional; Asesor del Departamento de Asuntos Indígenas; Jefe de et-

nólogos del Museo Nacional; Jefe de laboratorios de Antropeografía del Instituto Politécnico Nacional, así como uno de los más prominentes fomentadores de la enseñanza técnica y funcionamiento de la Escuela de Medicina Rural del mismo plantel. Sus obras completas fueron publicadas en México en los años de 1946-1947.

dernos sobre los movimientos de pueblos, los tipos de cultura peculiares de cada corriente, e incluso de cada grupo migratorio, y de sus influencias recíprocas —lo que podríamos llamar la dinámica de la historia— han estado y están aún divididas, en particular por la tendencia, muy humana, que hace considerar a los hombres de ciencia que la civilización objeto de su estudio especializado, es el centro de irradiación cultural más antiguo, más poderoso y elevado. Hay necesidad, a pesar de ello, de ofrecer un concepto sintético, aunque sea provisional, de la evolución de las culturas indígenas. Aceptando por anticipado que cualquiera hipótesis sobre el particular nunca podrá tener comprobación objetiva suficiente, aventuro aquí una que he venido elaborando lentamente, a través de numerosas investigaciones monográficas, con el apoyo de la arqueología (monumentos, esculturas, cerámica) de la paleoetnografía y de la etnografía actual. Esta hipótesis, además de estar de acuerdo sustancialmente con las más genuinas fuentes históricas, ha permitido ser reducida a una expresión gráfica, lo que demuestra, por lo menos, que no es ilógica. No rechazo, naturalmente, la posibilidad de que nuevos datos vengan, si no a destruirla en absoluto, sí a modificarla.

GENEROS DE VIDA,  
REGIMENES ALIMENTICIOS,

## TECNOLOGIA Y ORGANIZACION SOCIAL

### *Los arcaicos*

Los vestigios arqueológicos arcaicos, a pesar de las diferencias que presentan de región a región y aun de nivel a nivel en una misma excavación estratigráfica, muestran sin embargo características comunes que han permitido darles una denominación genérica. Forman, puede decirse, un horizonte cultural homogéneo.

Las deducciones que podemos sacar de estos vestigios, con referencia a la vida de sus autores, son, con las reservas del caso, las siguientes: los arcaicos eran sedentarios y vivían en aldeas, más o menos populosas, atendidos al cultivo del maíz, practicado sin duda por el procedimiento de estaca, en uso hasta la fecha en nuestras costas, pues no se han encontrado instrumentos de otro material que pudieran haberles servido para el caso. Hay serias razones para creer que a los arcaicos se debió igualmente el cultivo del frijol, la calabaza o el chile, así como que hayan sido los primeros domesticadores del guajolote o pavo americano, así como del perro comestible llamado *itzcuintepotzotli* y *xoloizcuintli*. Debemos suponer que complementarían su dieta eventualmente con la recolección de frutos espontáneos, con la pesca con red y con la caza de pequeños animales de pelo o pluma por medio de la resotera de

hule, de la cerbatana y de la honda (la presencia entre los vestigios arcaicos de esferas de barro y piedra de diversos calibres, en muchos casos funerarios, lo indica claramente). Conocían ya, sin duda alguna, el arco y la flecha, aunque parece que no fueron muy hábiles en su manejo, por lo cual no perseguían a los animales grandes: la *Relación de Michoacán* nos refiere que los antiguos pobladores de esa región no supieron quitar la piel a un venado hasta que fueron enseñados por los conquistadores chichimecas, habilísimos flecheros.

Por estas razones, es muy probable que para su indumentaria y su abrigo se sirvieran de fibras de agaves, tan abundantes en México, pues es poco probable que utilizaran el algodón, ya que esto hubiera implicado el conocimiento del hilado, y, naturalmente, la posesión del instrumento adecuado para tal labor, el *malacate*, que no se encuentra entre los vestigios arcaicos.

Si reputamos como arcaicos a los grupos que quedaron incrustados dentro de los grandes complejos culturales que en épocas protohistóricas e históricas se formaron, y que permanecieron y permanecen aún aislados, independientes económica y culturalmente de nosotros, como los tlapanecos, popolacas, zoques, seris, etc., tenemos suficientes datos para conjeturar que estaban organizados en clanes totémicos, en diverso estadio de evolución, alcanzando algunos de ellos incluso la organización en clases matrimoniales, correspondientes a un totemismo

individualizado, que en México revisitó la peculiar forma del *nahualismo*. Salvo los seris, entre los que se había conservado con pureza la filiación uterina, la mayoría de los grupos arcaicos habían alcanzado el régimen patriarcal. Entre ciertos grupos de Tamaulipas estaba en uso la "covada", es decir, la simulación de los dolores puerperales, por el hombre como una manifestación ostensible de la transmisión de su sangre y su linaje al niño, lo cual demuestra una reciente transición entre uno y otro estado.

No nos es posible decir si las gentes arcaicas llegaron a México procedentes de Norteamérica, de Suramérica, o de entrambas partes, lo cual es probablemente más exacto; pero hay suficientes datos para decir, frente a las numerosas y notables semejanzas, que tuvieron mayor intercambio cultural con el Sur. Múltiples son, asimismo, los elementos culturales de los pueblos suramericanos y de los arcaicos de México que nos permitirían suponer una influencia malayo-polinésica, como lo ha puesto de manifiesto el Dr. Paul Rivet, que desde hace largos años ha venido acumulando sólidos testimonios que lo prueban. Entre los arcaicos de México además del uso de la cerbatana, desconocida de las culturas nórdicas, hemos podido encontrar algunas costumbres o implementos que podrían tomarse como resultado de esta influencia. Entre los más notables, en mi concepto, figura el "balancín" para cargar, que los españoles de la expedición de Nuño de

Guzmán en el occidente de México encontraron en uso entre los pobladores de la extensa zona que se extiende entre el río de Santiago, Estado de Nayarit y el norte de Sinaloa, así como en la isla de Tiburón y la costa sonorense fronterera, habitada por los serís, en donde subsiste todavía, y que obligó a los conquistadores a modificar el empaque de su impedimenta, arreglada de acuerdo con el sistema general de cargar de los indígenas, sobre la espalda, deteniendo la carga con una faja de cuero o jarcia cruzada por la frente o el pecho.

### *Las migraciones náhoas*

Las primeras invasiones del Norte conocidas por nosotros, son las de los grupos de la gran familia náhoa, que poseían una cultura conectada con la de los indios "pueblos" del noroeste de los Estados Unidos. Organizados en tribus divididas por lo común en cuatro clanes o barrios para el intercambio matrimonial, durante sus rudas peregrinaciones, llenas de peripecias dolorosas, se fueron destacando de entre sus sacerdotes-caudillos que lucharon más denodadamente por la salvación de su grupo, los héroes epónimos, que con el transcurso del tiempo se transformaron en dioses tribales primero, y posteriormente, en advocación antropomorfa de los númenes principales de las altas culturas, cuando su influjo político y económico fue extendiéndose

en una extensa zona del territorio mexicano.

A su arribo al centro de México, la economía de esas primeras tribus náhoas, que habían ido dejando núcleos más o menos importantes de su misma filiación a través de su larga ruta migratoria por la vertiente del Océano Pacífico, estaba basada en el cultivo del maíz. Nos inclinamos a creer que desde aquella época el frijol, la calabaza, el chile, el algodón y el tabaco constituían ya un elemento importante en su vida; así como que buscaban las salinas como punto de apoyo geográfico. La tierra era poseída en común por los miembros de cada clan o barrio, pero era usufructuada privadamente por las familias cultivadoras, aun cuando los lazos de solidaridad de clan y de tribu eran tan fuertes, que todos contribuían, en trabajo o en especie, a la atención de las necesidades colectivas. Al establecerse en el Valle de México se percibe ya entre ellas un principio de organización política y de culto religioso, lo que implicaría, sin duda ninguna, los gravámenes obligados para el sostenimiento de las nacientes superestructuras sociales.

Es seguro que en determinado momento de su desarrollo las tribus náhoas vivieron en "casas grandes" y en construcciones de acantilados, pues existen aún en Chihuahua, Durango y Zacatecas vestigios de estos tipos de construcción, característicos en el suroeste de los Estados Unidos; pero estas estructuras obedecían, principal-

mente, a necesidades de defensa contra las acometidas de las hordas, y cuando se vieron libres de ellas, como los náhoas establecidos en Sinaloa, Nayarit y Jalisco, las sustituyeron por casas de diversas formas y materiales, análogas probablemente a las que usaban en la época de la Conquista y usan aún las tribus de la familia pimana, tan estrechamente conectadas culturalmente con ellos.

A su llegada al Valle de México, los náhoas de Cuautitlán, avanzada de este gran movimiento migratorio, conforme refieren sus anales, construyeron chozas de paja, en tanto que los náhoas de Tollantzinco, al decir de don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, construyeron una "casa grandísima" en donde cabía toda la gente. La explicación de esta diferencia tecnológica en los pueblos de una misma filiación y de análogo nivel cultural, podemos encontrarla, tal vez, en la diversa región de procedencia inmediata de unas y otras, pues los cauces de estas migraciones fueron dos: uno por la vertiente del Pacífico y otro por la vertiente oriental de la Sierra Madre Occidental.

El culto religioso de los náhoas, de carácter colectivo y en lugares especialmente destinados al efecto, es una de las características distintivas de los grupos de la familia nahuatlana, aún los menos evolucionados, como los acaxes, xiximes, sabaybos y tebecas, que habitaban en la época de su conquista las sierras de Sinaloa y Durango, en oposición a las tribus pimanas ve-

cinas, que carecían en absoluto de culto colectivo y de lugares destinados a las ceremonias religiosas. Los primeros templos de estos grupos náhoas eran simples chozas de troncos de árboles o de adobe, techados con paja. Practicaban el culto en el interior de estos edificios y sus dioses, algunos, objetivados ya en figuras antropomorfas, eran advocaciones principalmente de elementos de la naturaleza y de las actividades de la vida que se iban multiplicando al compás de las transformaciones del régimen de producción, que obligaba a una progresiva división del trabajo. Consideraban dioses al Sol, a la Luna y a Venus, pero en calidad de patronos de los elementos fundamentales: fuego, agua, tierra y aire y no los reverenciaban como astros propiamente dichos, ni tuvieron conciencia de su naturaleza ni se interesaron por estudiar en sus movimientos, la causa real de los fenómenos que producían, porque su mentalidad era asociativa, prelógica. En mi concepto, los primeros grupos náhoas que llegaron al Valle de México poseían un nivel cultural semejante a los de los grupos afines del Occidente a que me he referido.

#### *Las hordas chichimecas*

Las causas del movimiento de pueblos indígenas de Norte a Sur deben haber sido múltiples y, sin duda, variables en cada caso concreto; pero la más poderosa y general fue la pre-

sión ejercida sobre los grupos sedentarios por las hordas nómadas cazadoras recolectoras de las praderas de la América del Norte, que siempre llenaron su déficit alimenticio a costa de los agricultores, fenómeno que se prolongó hasta mediados del siglo XIX. Las hordas cazadoras desempeñaron en la América del Norte el mismo importante papel histórico que las hordas desprendidas de los pueblos pastores en Asia, Africa y Europa.

En seguimiento de los náhoas emigrantes, tal vez arrojados, a su turno, por otras hordas cazadoras, de las praderas de los búfalos, se desplazaron hacia el sur de la Altiplanicie las hordas de las familias otomiana, atapascana y coahuilteca que se disputaron sin cesar el disfrute de sus áridas llanuras, amagando de continuo a los pueblos agricultores. En la época de la Conquista sus territorios de recorrido llegaban por el Mediodía hasta el río Lerma, abarcando la mayoría del Estado de Guanajuato, la totalidad del de Querétaro y una importante zona del Estado de Hidalgo.

Vivían atentos a la caza de toda clase de animales, incluso de reptiles y de insectos en las regiones menos favorecidas; cosechaban sistemáticamente los frutos espontáneos de la comarca y recolectaban raíces y gran variedad de yerbas comestibles. Algunos pescaban con flecha o a mano, cuando se les presentaba la ocasión; pero otros, tal vez por un "tabú" peculiar de las culturas subárticas, con las que tenían una conexión más o menos remota,

particularmente atapascanas, no comían el pescado, aun cuando lo pescaban para aprovechar sus espinas.

Pernoctaban bajo los árboles o en abrigos de ramas y, cuando su permanencia en determinada región era más larga, habitaban en cuevas o en pequeñas chozas pajizas por lo común de la más primitiva forma cónica. Su indumentaria era de pieles de animales, sin curtir entre los de la familia otomiana, según se desprende de las tradiciones, de los códices y de narraciones de los primeros españoles con los que estuvieron en contacto. Los de la familia atapascana que presentaban importantes manifestaciones de la cultura subártica, sabían curtir los cueros, y algunos, como los grupos apaches, habían alcanzado singular perfección en esta industria. Desconocían en absoluto la cerámica, caso común entre los nómadas; pero fabricaban, en cambio, artefactos muy perfectos de mimbre, cañas y otros materiales. El tallado y pulido del sílice, la obsidiana, piedras duras, y el perfecto acabado de los astiles de sus saetas, completaban el precario cuadro de su tecnología. Por lo que se refiere a desarrollo artístico, sólo tenemos noticia, aparte del decorado de sus cestos y del ornato de sus flechas, de los complicados dibujos de los tatuajes. Los apaches solían bordar, con espinas de puercoespín o con otros materiales, las admirables gamuzas que empleaban en su indumentaria. Su organización era francamente patriarcal y existía entre ellos una estricta

ta división sexual del trabajo, que reservaba para el hombre el ejercicio de la guerra y de la caza y para la mujer las rudas faenas domésticas.

Tenían sin duda, un concepto preciso de sus derechos territoriales y los defendían celosamente; pero carecían en absoluto de la noción del derecho de propiedad individual, pues la posesión de bienes muebles y aun de sus mujeres obtenidas por compra, sólo se podía conservar por la fuerza, sin que hubiera ninguna ley ni costumbre que salvaguardara el derecho adquirido. No conocían autoridades civiles y los caudillos guerreros, primeros en el peligro y últimos en el reparto del botín, no tenían más función que la dirección de las operaciones militares. Carecían de cultos religiosos colectivos y sacerdocio propiamente dicho, pues el hechicero-curandero ejercitaba sus funciones como una actividad económica, con frecuencia peligrosa. Adoraban solamente al sol, al que dedicaban la primera caza que lograban en su diaria lucha por la vida.

### *Complejos culturales*

Ante el choque de las tribus náhoas y las hordas cazadoras-recolectoras, los arcaicos se reconcentraron hacia el sur, particularmente en los estados de Nayarit, Jalisco, Michoacán y México. Este primer contacto fue naturalmente violento deviniendo en forma progresiva, en una convivencia más o menos pacífica, que produjo, por el intercambio y la elevación de la densidad

demográfica, los primeros complejos culturales y dio margen a la superación acelerada del estadio de evolución de unos y otros.

En Michoacán, dominado por las hordas cazadoras-recolectoras, la cultura arcaica predominó sobre sus conquistadores, permitiendo el desarrollo muy notable de la civilización que llaman los arqueólogos tarasca. En el mismo caso podemos colocar el territorio de los matlaltzincas, en donde se realizó, probablemente, la incorporación de los primeros grupos de la familia otomiana a la vida sedentaria y agrícola de los arcaicos. En el sur del Estado de Hidalgo, en el Valle de México y en las regiones vecinas de Puebla y Morelos se impuso la cultura náhoa; pero en los tipos de cultura teotihuacana que el Dr. Gamio llama de transición, en cerámica pretolteca, descubierta últimamente por el profesor E. Noguera, vemos claramente la influencia cultural de los arcaicos.

Fue, sin embargo, a la llegada de las migraciones orientales, los olmecas de Sahagún, que lograron preponderar a su vez, más por la inteligencia que por la fuerza y el número, sobre los complejos culturales anteriores, en los estados de Hidalgo, Morelos, Puebla y Tlaxcala, cuando se combinaron los elementos materiales y espirituales que dieron por resultado la civilización tolteca o teotihuacana. Simultáneamente, según hemos dicho, otros grupos olmecas poblaron las regiones mixteca, zapoteca y maya; se impusieron, a su turno, sobre los grupos

arcaicos dispersos en todo el sur de nuestro territorio, formando los complejos culturales de los que se derivaron los tres más importantes centros de civilización además de la teotihuacana y la olmeca-huasteca o totonaca de la América del Norte.

A pesar de las múltiples diferencias de detalle que presentan estas culturas en su peculiar desarrollo, a las que contribuyeron en forma poderosa las posibilidades geográficas y los recursos materiales de cada región, ofrecen analogías fundamentales, como son el uso de la pirámide como elemento importantísimo de su arquitectura, el plan general de sus grandes ciudades sagradas, la orientación esencial de sus religiones politeístas, panteístas, con reminiscencias frecuentes del toteísmo ancestral; pero con una común superestructura astronómica, que se tradujo en las brillantes concepciones de sus calendarios, basados en un profundo conocimiento de los fenómenos celestes, producto de una mentalidad fuertemente lógica.

Como es lógico, la formación de los grandes estados teocráticos que pudieron dar cima a empresas de la magnitud patente en las numerosas ruinas que han despertado la admiración del mundo en los últimos años, fue precedido de una profunda transformación en el régimen de producción del clan o barrio primitivo, que vamos a estudiar en los toltecas o teotihuacanos, sobre los que, si bien incorporados a los ritos religiosos, poseemos informaciones precisas y altamente de-

mostrativas. En Teotihuacán se había constituido una clase teocrática privilegiada, en torno del numen de las migraciones olmecas, según se desprende claramente de las tradiciones que consigna Sahagún: "Tenía Quetzalcóatl (es decir, su sacerdocio) todas las riquezas del mundo de oro y plata y piedras verdes llamadas Chalchihuites, y otras cosas preciosas, y mucha abundancia de árboles de cacao (el cacao servía como moneda al mismo tiempo que era, como bebida y alimento, el máspreciado manjar). . . y los dichos vasallos de Quetzalcóatl estaban muy ricos y no les faltaba cosa alguna ni había falta de maíz, ni comían las mazorcas del maíz desde pequeñas, sino que con ellas calentaban los baños como con leña". Existía en esa teocracia, podemos concluir nosotros, con sobra de fundamento, una profunda desigualdad social, que fue origen de las conmociones más profundas.

"Creían los antiguos, que el que era próspero, rico y bien afortunado, que era conocido y amigo del dicho Quetzalcóatl", nos refiere la misma tradición; así, las multitudes miserables, que atribuían el bienestar de las clases privilegiadas al apoyo directo del dios Quetzalcóatl, se congregaron en torno de Tezcatlipoca, el numen rival y auxiliados por grupos independientes de filiación náhoa y por las hordas de los chichimecas pames, destruyeron la teocracia teotihuacana y expulsaron a los partidarios del dios de los "ricos y bien afortunados" hacia el oriente de

Puebla, hacia Veracruz, la Mixteca, Tabasco, Yucatán, Chiapas y la América Central. Allí llevaron, como una proyección de esa deidad, que siempre representó para los indígenas la bondad, las actividades útiles y constructivas y la sabiduría, la magnífica influencia cultural, particularmente en el orden plástico, que nos ha dejado inestimables reliquias artísticas, como las del postrer Chichén-Itzá, en todas las regiones en donde buscaron refugio.

Los "restos de los toltecas" que quedaron dispersos en el centro de México después de la destrucción de Teotihuacán, transmitieron, en parte, la cultura de la eximia teocracia desaparecida a las tribus agricultoras de la familia náhoa, a las que conocemos con el nombre particular de nahuatlacas (gente que habla claro el náhoa), que fueron ocupando sucesivamente esa región, y, bajo el dominio político de las hordas guerreras chichimecaspames, que les impusieron tributos y prestaciones, se fueron distribuyendo las tierras de cultivo en torno de los grandes lagos del Valle. Posteriormente como consecuencia de la conquista de Azcapotzalco, el sencillo régimen de producción del *calpulli* se vio modificado por un estatuto verdaderamente feudal, en beneficio de los guerreros chichimecas que, agrupados en torno de los primeros caciques locales, pertenecientes a su misma filiación, pugnanaban por constituir una superestructura aristocrática.

La confederación azteca-acolhua-tepaneca, resultado de las luchas entre los grupos antagónicos nahuatlacas del Valle de México, cada uno de los cuales poseía una superestructura del linaje de los chichimecas, inició la conquista de extensos territorios en todas las direcciones, llegando por el Norte a la Huasteca, a Colima por el Occidente, al Océano Pacífico y al Atlántico por el Sur y Oriente.

Salvo el pequeño Estado de Tlaxcala, al que había salvado de la total destrucción la necesidad de tener un campo de entrenamiento para los guerreros jóvenes, en donde surtirse de prisioneros para los sacrificios; el señorío de Michoacán y el Meztitlán, que aunque todavía resistían victoriosamente los embates de los ejércitos coaligados, veían ya cercano su fin como estados independientes, todos los grupos indígenas, grandes y pequeños, habían sucumbido al empuje de la triple alianza, o estaban a punto de sucumbir como los zapotecas. Las colonias militares aztecas avanzaban protegiendo a sus activos mercaderes y recogiendo los tributos, hasta Xocochco, cercano a la frontera con Guatemala. Allí esperaban la oportunidad de nuevas conquistas sobre los pueblos de la familia maya-quiché, que presentaba a la llegada de los conquistadores españoles, un espectáculo de completa decadencia cultural y de grave desorganización política.

## BIBLIOGRAFIA

- Anales Antiguos de México y sus Contornos. *Anales de Cuautitlán*. En Anales del Museo Nacional, época 1ª, T. II.
- Bárcena, Ing. Mariano. *El hombre Prehistórico de México*. En Anales del Museo Nacional. 1ª. época. T. II, (pág. 44).
- Beuchat, Henri. *Manual de Arqueología Americana*. Madrid, 1918.
- Blaringhem. *Note sur l'origine du maiz. Metamorphose de l'Euchloena en Zea, obtenu par Benito de Toledo*. Aun. Sci. Nat. Bot. 6, 245-263, 1924.
- Burbank, Luther. Proc. Ind. Sci. V. 34, 1924. S. Kora, Cal.
- Caso, Dr. Alfonso. *Las Estelas Zapotecas*. México, 1934. *Idolos huecos de tipo arcaico. Las Tumbas de Monte Albán*. México, 1934.
- XXI Congres International des Americanistes. La Haye, 1924. *The Origin and Spread of Agriculture in America*. XIX Congress of Americanists. Washington, 1917.
- De Nadaillac, Le Morquis. *L' Amerique Prehistorique*. Paris, 1883.
- Gamio, Dr. Manuel. *Las Excavaciones del Pedregal de San Angel y la Cultura Arcaica del Valle de México*. 2ª. Ed. México. 1920. *La Población del Valle de Teotihuacán*. México, 1922. (Introducción y Artes Menores. Los Pequeños Escultores).
- Gándara, Dr. Guillermo. *El teocintle como planta originaria del maíz*. Trabajo presentado a la Academia Nacional de Ciencias "Antonio Alzate" en octubre de 1933. (Aparecerá en los Anales de dicha Sociedad).
- Hamy, E. T. *Anthropologie du Mexique*. Mission Scientifique du Mexique. 1ª. parte. París, 1884.
- Handbook of the American Indians. Washington, 1907. Artículo *Maize*.
- Hardlicka, S. *Skeletal Remains*. En *Bureau of American Ethnology*. Washington. Bulletin No. 33, (págs. 32-35).
- Harsberger, J. W. *Maize: a Botanical and Economic Study*. Filadelfia, 1903.
- Herrera, Dr. Alfonso M. *El Hombre Prehistórico de América*. En *Memorias de la Sociedad "Antonio Alzate"*. T. IV. México, 1893, (págs. 41 y 42).
- Ixtlilxóchitl, Fernando de Alva. *Relaciones*. Ed. Chavero, México, 1891.
- Khankhoje, Pandurang. *Nuevas Variedades del Maíz*. México, 1930.
- León, Dr. Nicolás. *Relaciones de Michoacán. Los Tarascos*. México, 1904. Parte primera.
- López y Parra, Rodrigo. *El teocintle. Origen del maíz*. Secretaría de Fomento. México, 1908.
- Marquina, Ing. Ignacio. *Estudio Arquitectónico Comparativo de los Monumentos Arquitectónicos de México*. México, 1929.
- Mendizábal, Miguel O. de. *La Cronología Náhoa*. Museo Nacional, México, 1922. *Ensayo sobre las Civilizaciones Aborígenes Americanas*. Vol. I. México, 1924. *La Evolu-*

- ción Religiosa de los Pueblos Indígenas*. En "Contemporáneos" Núm. 8. México, 1929. *Influencia de la Sal en la Distribución de los Grupos Indígenas de México*. México, 1929. *La Evolución del Noroeste de México*. México, 1930. *Los Otómies no fueron los Primeros Pobladores de México*. México, 1933.
- Noguera, Prof. Eduardo. *Extensiones Cronológico-culturales y Geográficas de las Cerámicas de México*. México, 1932.
- Palacios, Enrique Juan. *Ixtlán*. En Boletín de la Universidad Nacional, México, 1932. *La Prehistoria de América*. (En prensa). *El Calendario y los Jeroglíficos Cronográficos Mayas*. Ed. Cultura, México, 1933.
- Sahagún, Fr. Bernardino de. *Historia General de las Cosas de Nueva España*. T. III. Ed. Bustamante. México, 1830.
- Spinden, Herbert J. *The Population of Ancient America*. American Geographical Society. New York, 1928. *New World Correlations*.
- Vaillant, Dr. George C. *Excavations of Zacatenco*. New York, 1930. *Excavation of Ticoman*. New York, 1931. *Excavation of Gualupita*. New York, 1933, (Anthropological Papers of the American Museum of Natural History).
- Villada, Dr. Manuel. *El Hombre Prehistórico del Valle de México*. En Anales del Museo Nacional. 1ª. época. T. VII. México, 1903.
- Weatherwax, Paul. *The Evolution of Maize*. Univ. de Indiana. Bul-Torrey Bot. Club 45. 1918.

# La evolución de las culturas indígenas de México y la división del trabajo\*

Miguel Othón de Mendizábal

---

Al arribo de los españoles a playas mexicanas, el panorama de la vida indígena presentaba diferencias profundas de uno a otro extremo de nuestro actual territorio. En la región septentrional de la Altiplanicie mexicana, al norte del río Lerma y en la parte de la vertiente del Golfo de México correspondiente al Estado de Tamaulipas, bandas nomádicas, que con frecuencia se agrupaban en hordas agresivas, se disputaban enconadamente los extensos territorios esteparios, caracterizados por una vegetación xerofítica —agaves, cactáceas, prosopis,

condalias y yucas— peculiar del clima subdesértico que predomina en los Estados de Hidalgo, Guanajuato, Zacatecas, San Luis Potosí, Chihuahua, Durango, Coahuila y Nuevo León. Estos pequeños grupos móviles, que hablaban multitud de lenguas pertenecientes a las familias lingüísticas atapascana (apache, toboso, etc.), hokana (coahuilteca, cuachichi?, y tamaulipeca?) y otomiana (pame, chichimeca —jonaz y otomí—), vivían de la caza y de la recolección de raíces y frutos silvestres.

La zona noroeste de la vertiente occidental de la República estaba poblada por diversas tribus pertenecientes a la división pimana de la gran familia yuto-azteca, que tenían una organización territorial y una economía basada ya en la agricultura; pero sin que la

\* Artículo publicado en *Obras completas*, México. Talleres Gráficos de la Nación, 1946.

caza, la pesca y la recolección hubieran dejado de constituir parte muy importante en su sostenimiento económico. Eran grupos que habían fijado su residencia, más o menos sólidamente, en determinadas regiones, desde las mesetas y cañadas de la Sierra Madre, hasta los esteros de la costa, generalmente en las márgenes de los grandes ríos como el Yaqui, el Mayo y el Fuerte.

Al sur del río Sinaloa habitaba una serie de pueblos en los que la agricultura había alcanzado un desarrollo preponderante dentro de la economía local. Entre estas agrupaciones podemos constatar la existencia de una incipiente organización política, y algunas, incluso formaban ya pequeños estados propiamente dichos. Hablaban también lenguajes pertenecientes a la división pimana; pero era común entre ellos el conocimiento de la lengua náhuatl, que en muchas de las regiones de México desempeñó el importante papel de *lingua franca*, es decir, de lengua común, en la que se podían entender, para necesidades de orden práctico seguramente, individuos de los lenguajes más diversos.

Más al meridión, en los actuales territorios de Jalisco y Colima, por el occidente, y al sur del curso superior del río Pánuco por oriente, los pequeños estados políticos propiamente dichos, luchaban por acrecentar sus territorios a costa de sus vecinos o por defenderlos de las asechanzas de las grandes naciones en formación, particularmente de la alianza azteca-acolhua-tepaneca (Te-

nochtitlán, Texcoco y Tacuba), que aceleraba, tenaz e implacablemente, el proceso de concentración del poder y de la unificación cultural en el centro y sur de México.

Cada una de estas regiones, más aún, cada uno de los pequeños grupos locales, presentaba modalidades importantes en su desarrollo cultural, incluso los pertenecientes a una misma filiación étnica situados en estadios diversos de la evolución de una misma cultura.

Tanto en los pequeños estados, como en las grandes naciones, salvo circunstancias geográficas desfavorables, el sostenimiento económico estaba basado principalmente en la agricultura; y el cultivo del maíz, del frijol, de la calabaza, del chile, del algodón y del cacao, constituía la actividad económica preferente, cuando no única, de los individuos. En algunas regiones donde lo impusieron las condiciones del clima y del suelo, el cultivo del maguey llegó a ser importantísimo. Estos grupos agrícolas y sedentarios, con gran desarrollo en sus industrias cerámicas y textiles, principalmente, habían proporcionado la base económica necesaria para el desarrollo de las altas culturas y el elemento humano tecnológicamente apto para ser utilizado en sus magnas realizaciones arquitectónicas, escultóricas y pictóricas.

De una manera general, podemos afirmar que los contactos entre las diversas colectividades indígenas —bandas, tribus, pueblos o naciones— no

fueron nunca amistosos; interminables guerras de fronteras alternadas con períodos transitorios de paz, eran la característica más saliente de las relaciones entre los grupos limítrofes, hasta que los ejércitos de la Triple Alianza, del Calzontzin (Señor de Michoacán) o del gran cacique de Zaachila, liquidaban las diferencias entre los contendientes, sometiéndolos al mismo yugo. Sin embargo, las necesidades económicas se habían impuesto sobre el ambiente de discordia perenne, estableciendo nexos comerciales, esporádicos o periódicos, entre los diversos grupos de la población indígena.

La tendencia general de todo grupo indígena, era, naturalmente, satisfacer lo mejor posible sus necesidades alimenticias e indumentarias por medio de la explotación de los recursos locales; dentro de cada familia, incluso, el esfuerzo combinado de todos sus miembros se encaminaba también a satisfacer sus propias necesidades; pero como por lo común no lo podían lograr íntegramente, tanto por carecer su área geográfica de ciertos recursos naturales, como solía ocurrir en el caso de la sal y la obsidiana; como por no ser su clima y su suelo adecuados para determinados cultivos; como el del algodón o el cacao, las economías consuntivas fueron perdiendo su hermetismo y dando los primeros pasos, más o menos rápida y firmemente, en la economía de cambio, que, además de proporcionarles los elementos necesarios para completar sus necesida-

des elementales, fue origen de estimulantes aportaciones culturales.

Aun los cazadores-recolectores, que vivían en un estado de evolución muy primitivo, solían entablar relaciones con sus vecinos sedentarios, mediante el trueque de pieles curtidas y sebo de animales por productos agrícolas. La sal y los esclavos fueron también artículos muy importantes en las transacciones comerciales, que se suponían con frecuencia, cuando el hambre, consecuente de cacerías o de guerras infortunadas, obligaban a las miserables bandas a agruparse en hordas terribles, para lanzarse sobre los poblados sedentarios y saquear sus graneros.

El intercambio comercial en las tribus de organización territorial y en los pequeños estados, se limitó, en un principio, a transacciones entre vecinos, pues el simple tránsito de comerciantes por una jurisdicción ajena era motivo de desconfianza y aun de violenta hostilidad. En los pequeños estados de economía avanzada, las transacciones comerciales entre los individuos de la colectividad se realizaban ya de manera permanente o periódica y en lugares especialmente destinados a tan importante objeto. Los estados indígenas que llegaron a alcanzar un desarrollo comercial más importante, fueron los que integraban la alianza azteca-acolhua-tepaneca, pues su hegemonía, fundada en el poder militar, les permitió rebasar rápidamente los mercados fronterizos y transitar, aunque no sin peligro de vidas y haciendas, por territorios ex-

tranjeros. Fuertemente estimuladas, particularmente por los pochtecas (comerciantes) de Tlaltelolco (barrio comercial de Tenochtitlán, en donde estaba el mercado de ese nombre, sin duda el más importante de la América prehispánica), las sencillas operaciones iniciales de trueque se convirtieron en un verdadero comercio internacional de gran cuantía, que irradió por los diversos rumbos, hasta lugares muy lejanos, particularmente en el sureste, donde las factorías mercantiles de la Triple Alianza habían avanzado, a principios del siglo XVI, hasta Xicalanco, población mexicana ubicada en la frontera entre Tabasco y Campeche y hasta el Xoconochco, en la frontera de Guatemala. Reflejo de la importancia económica de estas actividades fue la situación de privilegio social y político de que gozaron los pochtecas de Tenochtitlán y Tlaltelolco, quienes desempeñaban, además, las delicadas funciones de observadores en los países que recorrían, e incluso de embajadores de su nación. Sin embargo, un factor desfavorable, la enorme tributación en especie, limitó el comercio interior en los países más avanzados política y culturalmente, pues un gran volumen de productos agrícolas o manufacturados, que hubieran dado gran actividad a las transacciones, llegaban a manos de la población con mayor capacidad económica —los grandes señores y las diversas jerarquías de funcionarios y empleados militares, sacerdotes, judiciales y administrati-

vos— por vía de prestaciones, mercedes e incluso salarios en especie.

El régimen de producción y las condiciones del trabajo variaban, naturalmente, en función del desarrollo cultural y de la organización de los diversos grupos. Los cazadores-recolectores de la Altiplanicie disfrutaban libremente de los recursos que les brindaba la fauna y la flora de sus territorios de recorrido; pero éstos tenían que ser aprovechados conforme a normas establecidas de acuerdo con la alternativa de las estaciones, las costumbres de los animales, las épocas de recolección de los diversos frutos silvestres, y la distribución y capacidad de los agujajes. Su nomadismo, en consecuencia, no era arbitrario o caprichoso, como generalmente se supone, sino sujeto a itinerarios precisos y a calendarios fijos. La necesidad de conocer minuciosamente las condiciones de sus territorios de recorrido y de disfrutarlos sin contradicción, dió nacimiento entre ellos a un fuerte sentimiento de soberanía y a un concepto claro de su derecho territorial, que defendieron enérgicamente en guerras enconadas, como la de los apaches y comanches, que duraron siglos.

La división del trabajo entre los nómadas tenía una base exclusivamente sexual, correspondiendo a la mujer, a más de las duras faenas domésticas propiamente dichas, el transporte del pobre menaje en los movimientos de la banda, el curtido de las pieles, la confección de la indumentaria o el

calzado y el tejido de las cestas; así como la recolección de frutos o raíces y los pequeños trabajos agrícolas que, a imitación de los sedentarios vecinos, comenzaban a realizar, algunas de ellas, en la proximidad de sus aduares. Para el hombre, además de la guerra y de la caza, sus actividades predilectas, el tallado y pulimiento de artefactos de piedra, la fabricación de flechas y, eventualmente, la honrosa y productiva función de hechiceros-curanderos, a la que se dedicaban ciertos individuos por propia iniciativa o por reputarlos la comunidad investidos de los poderes ocultos necesarios para ponerse en contacto con las fuerzas desconocidas que, según su concepto, regían los destinos del mundo.

En este estadio del desarrollo económico, cada familia o banda disponía íntegramente del fruto del esfuerzo común, que era distribuido entre los individuos de diversos sexos y edades de acuerdo con ciertas normas que desconocemos y que seguramente variaban de una región a otra; pero sin que tuvieran que hacer partícipes de él a ninguna jerarquía de jefes o funcionarios, pues como correspondía a su organización prepolítica, carecían de autoridades civiles, sacerdotales y aun militares, que gozaran de privilegios económicos dentro del grupo étnico.

Las tribus de organización territorial del noroeste, además de la división sexual del trabajo, común a todos los grupos indígenas de México, presentan una división regional de actividades,

de acuerdo con las posibilidades del marco geográfico correspondiente a cada grupo. Así vemos, por ejemplo, a los habitantes de la costa, en la desembocadura del río Fuerte, especializarse en la pesca de estero; en tanto que los tehuecos y zuaques, pobladores del curso medio del citado río, dedicaban preferentemente su actividad a los trabajos agrícolas y a la pesca del río, y, por último, los montañeses de su curso superior, además de sus cultivos en cañadas y mesetas, practicaban la caza en gran escala. Como los cazadores-recolectores, estos grupos humanos carecían de superestructuras políticas o administrativas que gravitaran económicamente sobre el trabajo de la comunidad. Entre estas tribus no existía la propiedad privada agraria y todos los individuos tenían derecho a usar para fines agrícolas todas las tierras útiles, dentro de los límites de su territorio; pero la distribución de las pequeñas aldeas a lo largo de los ríos y la conveniencia para sus habitantes de cultivar los terrenos más aproximados a ellas, produjo, naturalmente, el resultado práctico de que los individuos poseyeran, o, con mayor precisión, disfrutaran de hecho, indefinidamente, determinadas tierras de cultivo. La existencia de graneros individuales nos permite suponer que el producto del trabajo agrícola era disfrutado libremente por cada familia cultivadora. Sin embargo, los sistemas colectivos de caza y de pesca, la primera mediante rodeo y la segunda por medio de

nasas o por envenenamiento con "barbasco" (ramas y hojas de ciertos árboles cuyo jugo es venenoso o estupefaciente para los peces) en los remansos de los arroyos, habían impuesto la costumbre del disfrute colectivo de la caza y de la pesca.

Los primeros indicios de la desigualdad económica y social, se presentaban esporádicamente entre algunos de los grupos de organización territorial, cuando, por diversas razones, la autoridad comenzaba a concentrarse en incipientes instituciones religiosas o en determinados linajes de origen militar, que habían acumulado suficiente poder para romper en su favor el régimen igualitario de la tribu, en relación con el disfrute de la tierra, e imponer determinadas prestaciones a los miembros de su colectividad. Entre estas comunidades el disfrute del producto del trabajo en la parcela familiar seguía siendo libre; pero todos sus miembros no privilegiados se veían obligados a destinar parte de su fuerza de trabajo en beneficio de los representantes de sus nacientes instituciones políticas.

En los grupos de organización política propiamente dicha, pequeños estados y grandes nacionalidades en proceso de formación, las instituciones religiosas, militares y administrativas, adquirirían mayor o menor importancia en función de la densidad demográfica, del desarrollo económico y, en términos generales, de la evolución cultural alcanzada por los elementos étnicos que los integraban.

En estos núcleos de concentración política se constata un hecho interesante, que podemos considerar general en la evolución cultural del Universo: la elevación acelerada del nivel de cultura en función de la concurrencia en determinada región, limitada por causas geográficas —desiertos, montañas abruptas, mares, etc.— o históricas —la existencia de fronteras enemigas celosamente defendidas— de diversos grupos étnicos, bajo una dirección política centralizada.

En efecto, lentísima, cuando no imposible, resultaría la evolución de una cultura primitiva hacia la cultura, como resultado del simple desarrollo de sus propios recursos o de aportaciones esporádicas o permanentes de pueblos vecinos. La elevación de la densidad demográfica, requisito indispensable para alcanzar estadios superiores de organización y cultura, no rendiría sus frutos dentro de las condiciones igualitarias de la tribu y solamente acarrearía el empobrecimiento colectivo y determinaría la necesidad de expansión territorial.

Para que la elevación de la densidad demográfica se convierta en factor favorable a la evolución cultural, se requiere imprescindiblemente la explotación intensa e inteligente de los recursos naturales, que solamente se logra mediante una adecuada división del trabajo, imposible de lograr en una sociedad primitiva en la que todos sus miembros disfrutaran de iguales derechos. El lento proceso del progreso humano a través de la

prehistoria, de la protohistoria y de la historia, ha tenido como base una división progresiva y cada vez más desigual e injusta del trabajo. Hay trabajos duros, peligrosos, desagradables y poco remunerativos, frente a actividades gratas y provechosas, que requieren poco desgaste físico. ¿Cómo distribuir, dentro de un grupo étnico de régimen igualitario, y partiendo de un grupo étnico uniforme desde el punto de vista de su capacidad, de su preparación tecnológica y de su acervo de nociones culturales, las diversas categorías de trabajo, socialmente ineludibles, con un criterio equitativo?

Las sociedades primitivas, por el libre juego de las causas históricas encontraron la solución del grave problema, antes de que tuvieran conciencia precisa de su existencia; pero basada, desgraciadamente, en la violencia y la injusticia: las invasiones y las luchas de fronteras determinaron eventualmente la dominación de unos grupos por otros, quedando sometidos los vencidos a una situación de inferioridad. La autoridad eventual y transitoria de los jefes militares, que se hizo permanente por la necesidad de contar en todo momento con un aparato de fuerza que hiciera posible la detención de los territorios conquistados y la explotación por medio del trabajo de sus habitantes; y la instauración de funcionarios administrativos que reglamentaran y distribuyeran el producto del trabajo de la colectividad vencida en beneficio de la colectividad vencedora, crearon los primeros organismos

de concentración del poder, que culminarían en instituciones políticas propiamente dichas. Bajo estas condiciones, los vencedores descargaron sobre los vencidos los trabajos más rudos y establecieron la desigualdad en el disfrute de los bienes de consumo y de uso, iniciando el largo proceso de las desigualdades económicas, que se fue ahondando progresivamente en el transcurso del tiempo.

En determinados lugares especialmente favorables para el desarrollo de la vida humana, como en el Valle de México, este fenómeno se acentuó por la concurrencia de tres o cuatro elementos étnicos distintos, que por vía de la guerra fueron sometidos, dentro de una organización política unitaria, a normas particulares, es decir, a obligaciones y derechos específicos para cada grupo étnico y quedaron dentro del conjunto situados como estratos de una misma sociedad, constituyendo un régimen de castas. La división del trabajo en estos casos se hizo fácil y aun necesaria por la diversidad física y cultural de los distintos elementos étnicos constitutivos, y, paralelamente, las desigualdades de orden económico se hicieron una consecuencia de la situación social que a los individuos de cada estrato correspondió dentro de la organización política.

En esta etapa del desarrollo económico y social de un complejo cultural, el individuo dejó de percibir íntegramente el fruto de su trabajo; agricultor, cazador, pescador, tejedor, alfare-

ro, orfebre o lapidario, ya no dispuso libremente del producto de su esfuerzo, sino que elaboró principalmente para pagar sus tributos en especie, o se agotó en el trabajo forzado y sin retribución de las prestaciones que hacían producir la tierra ajena y elaboraban las materias primas controladas por las clases privilegiadas. Así comenzaron a afluir a Tenochtitlán, a Texcoco o a Azcapotzalco los variados productos de la agricultura de todos los climas del centro y sur de México y de las industrias domésticas de todos los pueblos sojuzgados por los conquistadores infatigables. Y así también, en las grandes ciudades indígenas, los talleres de los artesanos —orfebres, lapidarios, tejedores, trabajadores de pluma, etc.— transformaron en beneficio de los señores el oro, la diorita, el algodón y la pluma rica, impuestas como tributo a las remotas comarcas de Guerrero, Oaxaca, Veracruz y Chiapas.

A principios del siglo XVI, en estos poderosos centros de población y de cultura, un número cada vez mayor de individuos, pertenecientes a las clases privilegiadas, habían dejado de producir y aumentado sus consumos, en la medida que lo demandaban las crecientes necesidades del ritual religioso, de la vida señorial, de las brillantes instituciones militares, de los múltiples organismos judiciales o administrativos y de la general elevación del estándar de vida de sus agentes y servidores directos.

Ciertamente que, en compensación a la carga creciente impuesta a los trabajadores del campo y de la ciudad que desempeñaban la totalidad de las actividades económicamente productivas, las clases privilegiadas se reservaron —aparte de la guerra y del culto religioso, cuya dirección asumieron privativamente, como fundamento de su supremacía— el ejercicio de las artes, las ciencias y en general de todas las manifestaciones más elevadas de la cultura. Ciertamente, también, que sólo a base de liberación de la urgencia cotidiana de satisfacer, por el propio esfuerzo, las necesidades materiales de la vida, pudieron los artistas concebir las grandes obras arquitectónicas y escultóricas; los sabios descubrir los secretos medicinales de las plantas estudiar los movimientos reales y aparentes de los astros y coordinar sus admirables calendarios civiles y religiosos, cuya sabiduría nos transmitieron a través de los admirables relieves ejecutados en basalto y de sus misteriosos pictogramas jeroglíficos. ¡Cruel trayectoria de la evolución cultural, fundada en la violencia, la desigualdad y la injusticia, que la humanidad ha recorrido, desde la prehistoria hasta la implacable acción del capitalismo imperialista, y que sólo podrá ser modificada en el futuro, por una organización de la vida que permita realizar el progreso material, intelectual e incluso moral, sin castas irredentas y sin clases explotadas!

# Las etapas adoptadas para el programa de historia de América\*

Pedro Armillas\*\*

---

El problema de establecer períodos generales, válidos para la totalidad de América, es complejo por: a) las grandes diferencias en grado de desarrollo de las culturas indígenas en diferentes partes del Continente en el transcurso del tiempo; b) la falta de información sobre la historia de los cambios culturales acaecidos en extensas zonas del mismo.

Los americanos más antiguos eran recolectores, cazadores y pescadores. Pero desde antes de iniciarse el tercer milenio antes de Cristo había comen-

zado el cultivo de plantas en algunas regiones del Continente, provocando el consiguiente cambio de las formas de vida basadas en la economía recolectora al estado cultural de los cultivadores de aldeas. Posteriormente, en dos distintas áreas de América se desarrollaron las formas más complejas de organización sociocultural que se designa con el nombre de civilización, en sentido estricto. En la costa peruana el nacimiento de la civilización está asociado con el desarrollo de técnicas de cultivo intensivo, especialmente de canales de riego; en el altiplano mesoamericano verosíblemente existe la misma relación entre el desarrollo de técnicas de agricultura y los orígenes de la civilización; pero no está comprobado, puesto que la posible antigüedad de los sistemas de cultivo intensivo (acequias, chinampas, terrazas) exis-

\* Capítulo tomado del libro *Cronología y Periodificación de la Historia de América Precolombina*, suplemento de la Revista *Tlatoani*, México, 1957.

\*\* Investigador de la Universidad de Illinois, Carbondale, EE.UU.

tentes en esa área cuando llegaron los conquistadores españoles no ha sido investigada todavía.<sup>1</sup> Las fechas aproximadas de esos cambios culturales —del estado de recolección-caza-pesca al de cultivadores de aldea, y de éste a la civilización— han sido adoptadas como criterios de periodificación general para todo el Continente en el Programa de Historia de la América Indígena que está en preparación como parte del proyecto del Programa de Historia de América de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia.<sup>2</sup>

La adopción como criterio de periodificación de las revoluciones culturales que ocurrieron en ciertas regiones no significa ignorancia de las diferencias existentes con las áreas atrasadas. Se justifica por el hecho de que cada una de esas revoluciones generó procesos de transculturación (por difusión de ideas, difusión material o movimientos de pueblos) que in-

fluyeron decisivamente en los desarrollos culturales posteriores de extensas áreas del Continente. El hecho de que los impulsos originados en las regiones occidentales de la América intertrópica hayan sido los principales agentes de transformación cultural en extensas áreas del Continente justifica la denominación América nuclear, aplicada a esa zona. Las zonas culturales donde el estado preagrícola persistió hasta el momento de su descubrimiento, conquista y colonización por los europeos se encontraban en posición marginal con respecto a ese núcleo.

Los períodos generales establecidos aplicando esas ideas han sido los siguientes:

1. Etapa preagrícola, desde la llegada de los primeros inmigrantes a suelo americano —hace, probablemente más de 25 mil años— hasta los comienzos del cultivo de plantas, ca-

<sup>1</sup> La relación entre el aprovechamiento de los recursos hidráulicos y los orígenes de la civilización en la costa norte del Perú es bien conocida. Véase, para detalles, Gordon R. Willey, *Prehistoric Settlement Patterns in the Virú Valley, Perú*, Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology, Bulletin 155, Washington, 1953.

<sup>2</sup> Redactado por el autor, como Coordinador del Período Indígena. La redacción preliminar fue discutida por espe-

cialistas representativos de diversas regiones del Continente en una Conferencia de Mesa Redonda reunida en la ciudad de México en octubre de 1954, y comunicada para su aprobación a los colaboradores del Período Indígena del mencionado proyecto que no asistieron a la reunión. La redacción definitiva será publicada próximamente por la Unión Panamericana como guía para la investigación y la enseñanza.

3000 A de C, o antes, en la América intertrópica.<sup>3</sup>

2. Etapa protoagrícola. Cultivadores de aldeas en la zona nuclear, mientras el resto del Continente seguía ocupado por pueblos recolectadores-cazadores-pescadores de diversos tipos culturales. Expansión del cultivo desde los centros originales hacia el suroeste y el este de los Estados Unidos, e indudablemente también en Suramérica, aunque allí no se conocen los detalles de la historia fuera de la costa peruana y los Andes centrales; ca 3000 a 500 A de C.

3. Desde la aparición de las civilizaciones de Mesoamérica y del área Andina, ca 500 A de C, hasta 1500 D de C. Desarrollo progresivo, aunque con crisis y regresiones locales, de las civilizaciones mencionadas; difusión de elementos culturales originados en las zonas de civilización a las áreas adyacentes. Expansión de los cultivadores de aldeas de diversos tipos y niveles culturales hasta ocupar casi la totalidad de las zonas cultivables sin arado; persistencia de culturas marginales de recolectores-

cazadores-pescadores, incluyendo en esta clasificación los grupos marginales internos, arrinconados en zonas desfavorables de recursos limitados, y los marginales externos de los Grandes Llanos, la Gran Cuenca, la región del Pacífico, los bosques septentrionales y las costas árticas (en Norteamérica), y el Gran Chaco, la Pampa, la Patagonia y el archipiélago chileno (en Suramérica).

El estado cultural correspondiente a la primera de esas etapas es comparable al del Paleolítico superior y el Mesolítico del Viejo Mundo; la etapa protoagrícola corresponde al Neolítico; el desarrollo de las civilizaciones indígenas americanas de Mesoamérica y del Área Andina se equipara—desde el punto de vista de la tipología cultural, sin implicaciones de conexión histórica— con el de las antiguas civilizaciones de Mesopotamia, Egipto, Pakistán o China.<sup>4</sup>

<sup>3</sup> La fecha 3000 A de C ha sido adoptada provisionalmente, con base en nuestro conocimiento positivo actual. Se espera que futuros descubrimientos obligarán a aceptar una fecha algo más antigua para los comienzos del cultivo en América.

<sup>4</sup> Para un estudio comparativo desde este punto de vista véase: Julian H Steward, "Cultural Causality and Law: A Trial Formulation of the Development of Early Civilizations", en *American Anthropologist*, Vol. 51. Núm. 1, Menasha, 1949, p. 1-27. Esa formulación sirvió de base para el programa del *symposium* "Comparison of Early Irrigation Civilizations" en la reunión de Tucson de la American Anthropological Association (1953); los estudios presentados en aquella ocasión han si-

Dentro de esos períodos generales es posible establecer subdivisiones temporales para zonas más o menos amplias, como se verá en los capítulos siguientes, pero ninguna de validez general para todo el Continente.<sup>5</sup>

do publicados con el título *Las civilizaciones antiguas del Viejo Mundo y de América*, Estudios Monográficos, I, Unión Panamericana, Washington, 1955. Véase también: *The Ways to Civilization*.

<sup>5</sup> Willey y Phillips han propuesto recientemente un sistema clasificatorio con 6 divisiones: 1) Etapa lítica temprana; 2) Arcaica; 3) Preformativa; 4) Formativa; 5) Clásica; 6) Posclásica; las dos primeras son preagrícolas, la tercera y la cuarta corresponden aproximadamente con la idea de la etapa protoagrícola. La utilidad taxonómica del sistema es evidente; pero su validez

histórica es dudosa; además, el hecho de que conceptos tales como etapas clásicas y posclásicas sólo tienen aplicabilidad al desarrollo de las civilizaciones de Mesoamérica y del área andina central confirma lo indicado en el texto. Cf Gordon R Willey y Phillips, Phillips, "Method and Theory in American Archaeology, II: Historical-Developmental Interpretation", en *American Anthropologist*, Vol. 57, Núm. 4, Menasha, 1955, págs. 723-819. Aparte de la cuestión metodológica ese trabajo constituye una rica mina de información y contiene brillantes percepciones.

## Periodificación\*

Roger Bartra\*\*

---

La visión de la historia en épocas o períodos ha sido uno de los instrumentos más utilizados para comprender el desarrollo. Habíamos dejado el desenvolvimiento de las teorías clasificatorias en el momento en que se comienza a clasificar a la historia misma; cuando se plantean las primeras tesis del evolucionismo social.

La conocida periodificación de salvajismo, barbarie y civilización fue

concebida y utilizada por primera vez por A. Ferguson (1724-1816), un economista, historiador y moralista protestante escocés; creía que la corrupción de la sociedad de su tiempo estaba fincada en la búsqueda del enriquecimiento individual, y buscaba en el estudio de las sociedades sin clases primitivas la clave para solucionar el mal de su tiempo. Denominaba *salvajismo* a la época en que los hombres eran cazadores y pescadores, no tenían propiedad privada e imperaba una gran libertad e igualdad entre los seres humanos. Durante la *barbarie* los hombres comenzaron la cría de ganado, crearon la propiedad privada sobre los animales, y empezaron a surgir individuos ricos que acapararon los puestos importantes de la organización social.

Adam Smith (1723-1790), quien utilizó esta misma periodificación, introdujo elementos más firmes en su

\* Tomado del libro *La Tipología y la Periodificación en el Método Arqueológico*, en donde la II parte está dedicada a la periodificación. El libro fue publicado originalmente por la Sociedad de Alumnos de la ENAH como suplemento de la revista *Tlatoani*, Núm. 5, México, 1964.

\*\* Investigador del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.

estructuración, abandonando la posición del moralista que busca un estado salvaje en el que se encuentra el remedio a los males de su sociedad. Si Ferguson veía en la búsqueda de la riqueza la razón de la decadencia, Smith, economista, planteó causas objetivas independientes de la voluntad humana —la organización militar, en especial— como razones de la decadencia. Adam Smith dividió los tiempos primitivos según la forma en que se procuraban la alimentación; así, el salvajismo, fue la época de los cazadores y pescadores, la barbarie, la de los pastores nómadas y la civilización marcó el nacimiento de la agricultura y la sedentarización provocó el surgimiento de ciudades; se origina el comercio, se intensifica la división del trabajo y —como consecuencia de todo ello— surge la organización militar fuente del malestar de los hombres.

Hasta aquí los historiadores se habían limitado a periodificar basándose en una sola característica. Lewis H. Morgan, con un criterio evolucionista, concibió una periodificación basada en varios criterios, pues sostenía que el progreso se desarrollaba uniformemente en todas partes de la sociedad. De esta manera se puede utilizar como criterio de periodificación tanto la economía como la organización social, las formas de parentesco o el nivel de las fuerzas productivas. Como dice Parain: "Morgan descompone la historia primitiva en una multitud de desarrollos paralelos".<sup>1</sup> A pesar de tener una concepción mecánica e idea-

lista de la historia, Morgan va más allá, que sus antecesores: postula con claridad la periodificación —ya clásica— de salvajismo-barbarie-civilización, y subdivide cada período en tres etapas.

La mejor manera de resumir aquí las concepciones de Morgan es citando la recapitulación de sus ideas en sus propias palabras:

- "I. Estadio inferior del salvajismo. Desde la infancia del género humano hasta el comienzo del período siguiente.
- II. Estadio medio del salvajismo. Desde la adquisición de una subsistencia a base de pescado y el conocimiento del uso del fuego hasta el comienzo del período siguiente.
- III. Estadio superior del salvajismo. Desde la invención del arco y la flecha hasta, etc.
- IV. Estadio inferior de la barbarie. Desde la invención del arte de la alfarería hasta, etc.
- V. Estadio medio de la barbarie. Desde la domesticación de animales en el hemisferio oriental, y en el occidental, desde el cultivo del maíz y plantas por

<sup>1</sup> Parain, Charles. *La periodificación de la sociedad primitiva*. 1964.

el riego, con el uso del adobe y piedra, hasta, etc.

VI. Estadio superior de la barbarie. Desde la invención de la fundición de mineral de hierro, y el empleo de implementos de hierro, hasta, etc.

VII. Estadio de civilización. Desde la invención de un alfabeto fonético y el empleo de la escritura hasta el tiempo presente".<sup>2</sup>

Posteriormente F. Engels tomó esta misma periodificación, tratando de darle una vertebración más científica. No obstante, su concepción es esencialmente la misma que elaboró Morgan.

Los científicos materialistas modernos han retomado esta periodificación, y dándole mayor claridad y mayor elasticidad, la aplican con excelentes resultados en los estudios de sociedades primitivas.

Por otro lado se han elaborado periodificaciones que permanecen al margen de las concepciones materialistas de la historia; se ha combinado con la clasificación clásica de las Tres Edades, con sus culturas tecnológicas propias, pero lo que más frecuentemente se ha utilizado —en base a tesis relativistas— son periodificaciones

diferentes para cada cultura. Los historiadores idealistas no han planteado, por regla general, la existencia de una historia universal. Las tesis del relativismo cultural —producto de una concepción general difusionista— plantean que la extrema variedad existente es resultado de una heterogeneidad básica del desarrollo, y, también, que todas las poblaciones son igualmente dignas de consideración y que sería absurdo observarlas dentro de un marco del desarrollo universal, pudiendo ellas mismas llegar a un alto grado de desarrollo. Esta tesis es un eco de los intereses del neocolonialismo que busca solamente que las poblaciones subdesarrolladas permanezcan como tales y trata de evitar que entren en el ámbito del mundo contemporáneo.

Las tesis elaboradas por los científicos materialistas, en la medida en que comprueban la regularidad general del desarrollo histórico, demuestran la posibilidad del progreso para todas las poblaciones. Además de la tesis elaborada por las teorías marxistas siguiendo la línea de Morgan, existen dos periodificaciones importantes más dentro del campo de las teorías materialistas: la de Gordon Childe y la del Irmgard Sellnow. En el cuadro 1 presentamos una comparación de las tres periodificaciones mencionadas con la que han utilizado los arqueólogos occidentales, más frecuentemente para Europa, y con la de Morgan.

Lo que se ha pretendido con este cuadro no es mostrar una equivalen-

<sup>2</sup> Morgan, Lewis H. *La sociedad primitiva*. pág. 59.

CUADRO 1

Clásica	Morgan	Childe	Sellnow	Marxista
Paleolítico inferior	Salvajismo	inferior	Salvajismo	Comunidad Primitiva
Paleolítico medio		medio		
Paleolítico superior		superior		
Mesolítico				
Neolítico	Barbarie	inferior	Barbarie	Barbarie
Edad del Bronce		medio		
		superior		
Edad del Hierro	Civilización	Civilización	Edad del Bronce	Período de descomposición
.....			Antigua edad del hierro	
			Feudalismo	
		Capitalismo		
		Socialistas	Esclavistas	
			Feudales	
		Capitalistas		
		Socialismo		
		Comunismo		

cia sincrónica en el tiempo sino una comparación de conceptos.

El arqueólogo verdaderamente científico, al caracterizar una sociedad, debe ubicarla en el marco general del desarrollo de la historia universal. Hemos visto cómo el estudioso de la sociedad debe elaborar una visión de conjunto —un todo multifacético— con el caudal de datos que maneja, en base a la ley fundamental que rige a la sociedad. Pues bien, es basándose en el descubrimiento de esas leyes que los científicos sociales deben elaborar el cuadro de la evolución general de las sociedades. Así, en la medida en que se investiguen las características de las sociedades, se afinará el cuadro de la evolución general, el cual, a su vez, es un instrumento básico para la comprensión de sociedades concretas.

En el cuadro que presentamos no se observa una discrepancia radical entre las diversas periodificaciones; las diferencias más notables son entre la periodificación clásica y las demás. El criterio que ha regido estas clasificaciones es el desarrollo y características de la economía de las sociedades.

Gordon Childe divide la historia en tres grandes períodos, según las características de la producción de bienes materiales; así el salvajismo se caracteriza por una economía *recolectora de alimentos* (caza, pesca), la barbarie por una economía *productora de alimentos* (agricultura) y la civilización por la *producción de excedentes* en la economía lo cual provocó la posibilidad de mantener una población urba-

na de artesanos especializados, comerciantes, sacerdotes y escribas. Este período continúa al través de las etapas greco-romana, feudal y capitalista.

Irmgard Sellnow, historiadora alemana,<sup>3</sup> basa su periodificación principalmente en el nivel de las fuerzas productivas, motivo por el cual resulta de una utilidad extraordinaria para los arqueólogos.

Hemos tratado de resumir su periodificación en el cuadro 2.

La periodificación marxista plantea la clasificación en función de las características de las relaciones que se establecen entre los hombres durante el proceso de bienes materiales.<sup>4</sup> Si bien se considera que son las relaciones de producción las que dan su carácter a las diferentes épocas de la historia, es el desarrollo de las fuerzas productivas el que motiva el paso de las sociedades de una etapa a otra. Durante el primer período, la comunidad primitiva, no existía la explotación de unos hombres por otros porque entonces no se producía más que lo suficiente para subsistir. Durante los períodos subsiguientes el hombre produce más de lo necesario para subsistir, el plusproducto, que es despojado a los hom-

<sup>3</sup> Reseña de sus teorías en Parain, Charles, *op.cit.*

<sup>4</sup> *Manual de Economía Política de la Academia de Ciencias de la URSS* (1958) y Kuczynski, Jurgen: *Breve historia de la economía*. 1961.

CUADRO 2

PERIODOS Prehistórica

Características

<p>PERIODO ANTIGUO</p>	<p>Paleolítico antiguo</p>	<p>FABRICACION SENCILLA DE HERRAMIENTAS                      Recolección y caza                      Empleo colectivo de las fuentes de mantenimiento                      Los hombres viven en grupos dispersos                      Comienza a aparecer una vaga idea de la propiedad personal</p>	
<p>PERIODO MEDIO</p>	<p>Paleolítico reciente</p>	<p>FABRICACION DE HERRAMIENTAS DESTINADAS A LA ELABORACION DE UTENSILIOS NECESARIOS PARA LA CAZA Y LA RECOLECCION</p>	<p>Economía colectiva                      Propiedad individual                      Organización gentilicia                      Utilización individual de las fuentes de mantenimiento                      Familia patriarcal                      Trueque, en lugar secundario y frecuentemente efectuado bajo formas colectivas o ceremoniales</p>
	<p>Mesolítico</p>	<p>FABRICACION DE HERRAMIENTAS DESTINADAS A FORMAS ESPECIALIZADAS EN LA BUSQUEDA DE ALIMENTO. LA PESCA ADQUIERE UNA GRAN IMPORTANCIA Y LA RECOLECCION SE HACE MAS SISTEMATICA</p>	
<p>PERIODO TARDIO</p>	<p>Neolítico</p>	<p>FABRICACION DE HERRAMIENTAS EMPLEADAS NO SOLAMENTE EN LA EXPLOTACION DE LA NATURALEZA SINO TAMBIEN EN LA PRODUCCION: AGRICULTURA PRIMITIVA, CERAMICA, TEJIDO</p>	
<p>DE DESCOMPOSICION</p>	<p>Principios de la edad de los metales</p>	<p>FABRICACION DE HERRAMIENTAS DESTINADAS A RAMAS ESPECIFICAS DE LA PRODUCCION                      Separación de la agricultura y la cría de ganado nómada                      Separación de la agricultura y la artesanía                      Formación de clases sociales</p>	

bres por una minoría; en esta larga época encontramos varias formas sociales sucesivas: la *esclavitud*, cuya característica es la existencia de individuos que pertenecen a un amo para el cual trabajan y al cual entregan todo cuanto producen; el *feudalismo*, que se reconoce por la existencia de siervos libres que son parte del fundo y son vendidos junto con él, y cuyo producto del trabajo no pertenece al señor, aunque se reserva una parte para él; el *capitalismo*, en el cual hay trabajadores libres que venden su fuerza de trabajo al capitalista, dueño de los medios de producción, quien les paga por ello una cantidad menor a lo que vale lo que producen, apropiándose de la plusvalía e incrementando con ella su capital. La época del *socialismo* se caracteriza por un auge de las fuerzas productivas y por unas relaciones entre los hombres que excluyen la explotación y el saqueo.

Consideramos que la periodificación que elaboraron Morgan y Engels no ha sido hasta hoy esencialmente superada. Los arqueólogos e historiadores contemporáneos no han hecho más que refinar su estructuración y enriquecer su contenido. Creemos nosotros que son los cambios cualitativos en el desarrollo de la sociedad los que deben marcar los límites de los períodos, y por ello nos inclinamos a aceptar el punto de vista de los marxistas contemporáneos que postulan que son las relaciones de producción las que definen un período. El desarrollo de las fuerzas productivas,

tomado aisladamente, no da una visión de las etapas, pues representa solamente un cambio parcial, es necesario ver el desarrollo de las formas sociales de la producción.

Los científicos que han permanecido al margen del desarrollo de las concepciones materialistas dialécticas —herederas de la periodificación de Morgan—, no han adelantado mayormente en la comprensión de la historia humana como un fenómeno universal.

Un ejemplo de ello es el conglomerado caótico de periodificaciones que se han hecho para Mesoamérica. Hemos tratado de resumir en un cuadro —con fines ilustrativos— las diversas periodificaciones de la historia mesoamericana (cuadro 3).<sup>5</sup>

Con este tipo de periodificaciones no se puede llegar a ningún lado. Por ejemplo, el esquema de Phillips y Willey es inoperante porque ha sido constituido sobre bases subjetivas que ni reflejan la realidad arqueológica, ni son producto de un sistema lógico de ideas. Los dos primeros períodos están caracterizados sobre bases tecnológicas (Lítico temprano y Arcaico); el tercer y cuarto período —el Preformativo y el Formativo— incluyen en su definición elementos de orden socioeconómico (cultivo, vida sedentaria); el

<sup>5</sup> Los datos utilizados para conformar este cuadro fueron tomados del libro de Olivé N., J.C.: *Estructura y dinámica de Mesoamérica*. 1958.

CUADRO 3  
PERIODIFICACIONES DE LA HISTORIA MESOAMERICANA

Morgan	Spinden	Bernal	Caso	Vaillant	Steward	Armillas	Phillips y Willey
Salvajismo	Pre-arcaico	Prehistórico	Prehistórico	Culturas primitivas	Preagrícola	Preagrícola	Lítica antigua
		Salvajismo	Primitivo				
Barbarie	Arcaico	Cerámico de la época arcaica	Arcaico	Culturas medias	Principios de agricultura básica	Proto-agrícola	Arcaica
	Post-arcaico	Del crecimiento	Formativo		Evolutivo básico		Pre-formativo
					Evolutivo regional		Formativo
Civilización		Clásico Histórico	Clásico Tolteca Histórico	Civilizaciones completamente independientes	Floreciente regional	Civilizaciones mesoamericanas y andinas	Clásico Post-clásico
		.....	.....		.....		Imperio y conquista

período Clásico se establece sobre bases completamente subjetivas como son la "excelencia estética", el "climax religioso" y el "florecimiento general"; el sexto y último período, el Post Clásico, es una trasplatación del concepto de Redfield según el cual la vida "civilizada" se caracteriza por el urbanismo, la secularización y la heterogeneidad de la cultura. Sobre bases tan dispersas, dispares y poco homogéneas, se ha tratado de levantar el edificio de la evolución humana. Las otras periodificaciones de Mesoamérica adolecen de defectos semejantes a la que acabamos de describir.

Consideramos que los arqueólogos auténticamente científicos deben continuar enriqueciendo la periodificación postulada por Morgan, guiados por el interés de establecer las leyes del desarrollo de la historia universal. Este ideal está íntimamente ligado con una de las tareas más importantes de nuestra época: la lucha por la creación de una nueva sociedad organizada racionalmente. Como afirma Gordon Childe: "... yo sigo considerando como el verdadero ideal de la historia o de la ciencia de la cultura aquel que sea capaz, por lo menos en cierto grado, de predecir el futuro y guiar nuestros pasos hacia él".

Los últimos años han presenciado el proceso de articulación de la ciencia con la estructura de la sociedad. En algunos países se ha militarizado y burocratizado, en otros la ciencia se ha convertido en uno de los motores

primordiales del auge y del progreso. Si la ciencia arqueológica quiere encontrar una función positiva en la sociedad, debe señalar con vigor, dentro de sus posibilidades, el camino del progreso.

#### BIBLIOGRAFIA\*

Academia de Ciencias de la U.R.S.S. *Manual de Economía Política*, Ed. Grijalbo. México, 1958.

Ascher, Robert, *Experimental Archaeology*, American Anthropologist N.S. Vol. 63. Núm. 4, 1961.

Bennett, Wendell, *Area Archaeology*, American Anthropologist, N.S. Vol. 55, Núm 1, 1963.

Childe, V. Gordon, *Reconstruyendo el pasado*, U.N.A.M., 1958.

*Archaeological Ages as Technological Stages*, The Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland, 1944.

*Sociedad y conocimiento*. Ediciones Galatea Nueva Visión. Buenos Aires, 1958a.

*La arqueología como ciencia social*. Suplementos del Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos,

\* La bibliografía corresponde a todo el libro y no sólo a la segunda parte que hemos reproducido.

- págs. 297-310. 2a. serie, Núm. 17. U.N.A.M., 1959.
- Arqueología y Antropología*, Suplementos del Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos, págs. 311-321. 2a. serie, Núm. 17. U.N.A.M., 1959a.
- ¿Qué sucedió en la historia?* Ediciones Leviatán. Buenos Aires, 1960.
- Progreso y Arqueología*, Editorial Dédalo, Buenos Aires, 1960a.
- Engels, Federico, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1953.
- Ford, James A., *The Type Concept Revisited*, American Anthropologist, N.S., Vol. 56, Núm. 1, 1954.
- Gladwin, W. W. y H. S., *A method for the Designation of Cultures and their Variations*, Globe, Arizona, 1934.
- Glyn, Daniel E., *A Hundred Years of Archaeology*, Gerald Duckworth & Co. Ltd. London, 1952.
- Gorodzov, V. A., *The Typological Method in Archaeology*. American Anthropologist. N.S., Vol. 35, núm. 1, 1933.
- Gortari, Eli de, *Introducción a la lógica dialéctica*, Fondo de Cultura Económica, México 1959.
- Grahame, Clark, *Archaeology and Society*, Methuen & Co. Ltd. London, 1957
- Archaeological Theories and Interpretation: Old World*. págs. 361-386 de *Anthropology Today*. The University of Chicago Press, 1960.
- Kuczynski, Jurgen, *Breve historia de la economía*, Editorial Platina, Buenos Aires, 1961.
- MacWhite, Eóin, *On the Interpretation of Archaeological Evidence in Historical and Sociological Terms*, American Anthropologist, N.S. Vol. 58, núm. 1, 1956.
- Mongait, Alexandr, *La arqueología en la U.R.S.S.*, Academia de Ciencias de la URSS. Instituto de Historia de la Cultura Material. Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1960.
- Morgan, Lewis H., *La sociedad primitiva*, Editorial Pavlov, México, 1945.
- Olivé Negrete, Julio César, *Estructura y Dinámica de Mesoamérica*, Acta Antropológica I: 3 E2, S.A.E.N.A.H., México, 1958.
- Phillips, Phillip y Willey, G.R., *Method and Theory in American Archaeology: An Operational Basis for Culture-Historical Integration*, American Anthropologist, N.S. Vol. 55, 1953.
- Method and Theory in American Archaeology II: Historical Developmental Interpretation*, American Anthropologist, N.S., Vol. 57, Núm. 4, 1955.
- Redfield, Robert, *The Primitive World and its Transformations*. Cornell University, 1953.
- Rouse, Irving, *Prehistory in Haiti*. A

- Study in Method*, Yale University Publications in Anthropology, Núm. 21, New Haven, 1939.
- On the correlation of Phases of Culture*, American Anthropologist, N.S., Vol. 57, 1955.
- The Strategy of Culture History*, Anthropology Today, págs. 57-77. The University of Chicago Press, 1960.
- Steward, Julian H., *Types of Types*, American Anthropologist, N.S., Vol. 56, Núm. 1, 1954.
- H., *Evolution and Process*, Anthropology Today, págs. 313-327, The University of Chicago Press, 1960.
- Swanson Jr., Earl H., *Theory and History in American Archaeology*, págs. 120-124 de Southwestern Journal of Anthropology, Vol. 15, Núm. 2, University of New Mexico. Albuquerque, 1959.
- Taylor, Walter W., *A Study of Archaeology*, American Anthropologist, Vol. 50, Núm. 3, Part 2 (Núm. 69 of the Titles in the Memoir Series of the American Anthropological Ass.), 1948.
- White, Leslie A., "*Diffusionism vs. Evolution*": *An Anti-Evolutionist Fallacy*, American Anthropologist, Vol. 47, 1945.
- Willey, Gordon R., *Archaeological Theories and Interpretation: New World.*, Anthropology Today, págs. 361-386. The University of Chicago Press. 1960.

# Hacia una arqueología social\*

(Reunión en Teotihuacan, octubre de 1975)

---

---

## INTRODUCCION

En 1974, salió a la luz, en Lima, Perú, el libro de Luis G. Lumbreras, *La Arqueología como ciencia social*, obra de la que dice el autor:

“La primera parte, la más importante del libro, es un bosquejo sobre el método en Arqueología, resultado de un curso dictado en la Universidad de Concepción (Chile), en el verano de 1972. No es un texto “pensado” ni planificado, sigue el orden de las conferencias dictadas en

Concepción y las que posteriormente hemos dictado, desordenadamente, en la Universidad de San Marcos de Lima...”

Circulando casi de mano en mano, este libro llegó a distintos lugares de América Latina, llevado por varios colegas, o bien se obtuvo mediante petición directa al autor, por correo, ya que no ha sido distribuido por editorial alguna ni por consorcio librero. Pronto se pudo percibir la efervescencia que causaban los enunciados de

\* La segunda parte de este trabajo intitulada “El desarrollo de la Antropología en América Latina”, fue elaborada por los arqueólogos J.L. Lorenzo, quien fue el coordinador del escrito; Luis Lumbreras; Eduardo Matos; Julio Montané; Mario Sanoja y otros. Corres-

pondió la redacción a Antonio Pérez Elías y Joaquín García-Bárcena. Las partes III, y IV, fueron elaboradas por José Luis Lorenzo. La primera edición fue del Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1976.

Lumbreras entre los arqueólogos profesionales latinoamericanos, muchos de ellos, desde hacía tiempo, en busca de una justificación real de su trabajo. Parte no menor fue la que correspondió a los estudiantes de arqueología, sobre todo los de aquellos países donde se intenta encontrar una arqueología partícipe de los problemas sociales y que, curiosamente, creían haberlo logrado en la llamada *New Archaeology*, al menos en los procedimientos, ya que no en las ideas. Este intento de reconciliar lo antagónico, el neopositivismo con la dialéctica materialista, generó las naturales confusiones. El hecho es que, desde años atrás, en algunos arqueólogos estaba presente cierto sentimiento de irrealidad en sus actividades profesionales, a la vez que, cada día con mayor vigor, destacaba la incongruencia de nuestra posición progresista frente a una teoría y una práctica neocolonialistas.

Con motivo del XL Congreso Internacional de Americanistas, reunido en Lima, en 1970, Lumbreras convocó a un simposio sobre el tema *Formaciones autóctonas de América*, durante el cual fue posible intercambiar impresiones, evaluar experiencias y situar los puntos básicos de la problemática arqueológica americana. Unos cuantos de los asistentes se mantuvieron después en relación y trataron, dentro de sus posibilidades, de aclarar dudas y precisar conceptos, a la vez que se indagaba en las formas de aplicación práctica de los nuevos postulados.

Fue entonces cuando llegó a nuestras manos la obra mencionada. Sin hacer un análisis crítico, todavía por efectuar, teníamos en nuestro poder un material en el que se había reunido el cuerpo más completo, hasta esa fecha, de la teoría en la que con mayor o menor fortuna estábamos actuando.

En el libro, al retomar la esencia de lo que V. Gorgon Childe señalara en su obra *La Arqueología como ciencia social* (1946), se afirma la obligatoriedad de hacer una arqueología de sentido histórico, se puntualiza claramente la separación de la Antropología colonialista y sitúa la Arqueología en el campo en que su existencia se hace comprensible, real: la del materialismo histórico. Es cierto que quedaba por resolver nada menos que el aspecto práctico, el cómo responder a esos postulados en el proceso de la investigación y ante los datos disponibles. Algo se decía al respecto entre los arqueólogos interesados, pero en todos estaba la duda de qué se consideraría utilizable para lograr una correspondencia cabal y qué sería necesario modificar, abandonar inclusive, para cumplir tal propósito.

De aquí que, bajo el patrocinio del Instituto Nacional de Antropología e Historia, de México, en octubre de 1975, nos reuniéramos unos cuantos para discutir el tema. Se trataba de fijar primero el aspecto teórico en sus elementos principales y, de ahí, encontrar la manera de aplicarlos. Como éste fue el tema mayor, no era posible agrupar a muchos participantes y fue

preciso reducir la asistencia (también por causas logísticas) de tal manera que, a sabiendas de que se arriesgaba ser acusados de elitismo, se tuviera la posibilidad práctica de llegar a algo concreto en el corto tiempo en el que íbamos a estar juntos. También se prefirió buscar cierto aislamiento. Por esto, aprovechando los servicios de campamento que el INAH tiene en Teotihuacán, allí tuvo lugar esta primera reunión de trabajo.

El grupo de trabajo se integró con los siguientes arqueólogos, por orden alfabético:

José Luis Lorenzo\*,  
Luis G. Lumbreras\*\*,  
Eduardo Matos,  
Julio Montané\*\*\* y  
Mario Sanoja\*\*\*\*.

No se incluyen los nombres de otros asistentes por no haber libertad de expresión en sus países.

Además, Guillermo Espinosa, matemático; Antonio Flores, biólogo; Joaquín García-Bárcena, arqueólogo e ingeniero industrial; Lauro González Quintero, biólogo, y Arturo López, actuariólogo, ofrecieron charlas presentando los puntos de vista de los campos

de sus especialidades. Asistió eficazmente Pilar Arnaiz, como secretaria; para ella nuestro agradecimiento más sincero.

Los resultados de nuestras discusiones, del diálogo respetuoso, pero sin cortapisas, es lo que aquí se entrega. Esperamos que aquello fue una toma de conciencia y posición de unos cuantos, al llegar a muchos más, sea objeto de las naturales críticas y observaciones. Con ello se enriquecerá y se habrá dado un paso adelante.

## I. INFORME GENERAL DE LA REUNION

De acuerdo con la pauta que se convino entre los asistentes, primero se discutieron durante dos días los puntos de la tesis general, buscando, sobre todo, un acuerdo en lo referente al valor de las categorías que se tendrían que manejar. Uno de los casos más discutidos fue el concepto de "cultura", hubo consenso en que se trata de un término polivalente que quizá pueda emplearse como instrumento de trabajo, pero cuyo contenido desorienta en ciertas ocasiones, es insuficiente en otras y, en última instancia, puede prescindirse de él, aunque se aceptó que no sería fácil dejarlo de emplear en nuestro vocabulario, debido a la costumbre.

En esta primera fase de trabajo también se reconoció la necesidad de exponer, en el sentido histórico, el des-

\* Investigador del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México.

\*\* Profesor de la Universidad de San Marcos, Lima, Perú.

\*\*\* Investigador del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México.

\*\*\*\* Profesor e Investigador de la Universidad Central de Venezuela.

arrollo de la Arqueología en América Latina; de antemano fue admitida la dificultad de hacerlo sin cometer errores, puesto que, por el momento, no se tenía a la mano la información bibliográfica necesaria, así como faltaba la formación personal requerida.

Los dos días siguientes se dedicaron a escuchar exposiciones ofrecidas por diversos científicos, representantes activos de las disciplinas que funcionan en directa relación con la Arqueología; Pedología, Química, Climatología, Biología, Paleontología, Geomorfología, Geología, Cronología y Cibernética. La presencia de estos investigadores en la reunión provocó un análisis crítico del conjunto de la práctica arqueológica. Se observó claramente que las llamadas ciencias auxiliares de la Arqueología han sobrepasado en mucho la posición marginal en la que eran tenidas para convertirse en aspecto fundamental de la investigación arqueológica y que todas las ciencias arriba indicadas y algunas más, son partes tan necesarias a la Arqueología como la Estratigrafía o la Etnografía. En la mente de todos los participantes y expresada de diversos modos quedó muy clara la necesidad de buscar con más ahinco sistemas y procedimientos que se adecúen a las necesidades de la Arqueología Social, en la inteligencia de que todavía falta mucho y que, inclusive, habrá que descubrir por la experimentación, nuevos caminos.

En mayor o menor grado, en todos los países de América Latina exis-

ten los elementos primarios para la aplicación, en la Arqueología, de diversas ciencias, aunque se tropieza con el obstáculo de las estructuras académicas o estatales, cuya organización, si bien puede permitir a la Arqueología el uso parcial y temporal de diversos científicos y laboratorios, todavía no alcanza a entender que se trata, en realidad, de una situación interdisciplinaria y no multidisciplinaria. Por lo tanto, hay que considerar tales ciencias como parte especializada de la Arqueología misma, razón por la cual deben integrarse estructuralmente para lograr un mejor rendimiento, a la vez que se aumenta la comprensión de los problemas propios y se generan las necesarias líneas de investigación y aplicación.

Se vio la necesidad de contar con un órgano propio de expresión, que se publique con regularidad, de formato cómodo y económico, sin lujo editorial, pero sin sacrificar la calidad necesaria para una buena información. En vista de ello, los presentes formaron entre todos un Consejo Directivo, que quedó abierto al ingreso de nuevos miembros, en los cuales se tendrá en cuenta la representación regional más que otra cosa; este Consejo Directivo tendrá sede en México. También se integró el Comité Editorial, con sede en Venezuela, por ahora; pero planteado de tal manera que pueda ser trasladado de acuerdo con las circunstancias de orden diverso que suelen afectar a las publicaciones. Se esbozó el sistema editorial que deberá aplicarse, el cual consiste en que

el Consejo Directivo reciba los originales, enviados por el representante nacional o, en su defecto, directamente por los autores, y copias de estos manuscritos serán enviadas a los miembros del Consejo, para someterlos a análisis. De ser aceptados se enviarán a Venezuela para su edición. Como existen graves dificultades cambiarias en algunos países, se piensa recurrir a los Bonos de la UNESCO para establecer la necesaria relación económica, en lo que se refiere a suscripciones, compras y demás.

También se consideró la posibilidad de que se publiquen, en cada país en que hubiese delegación, los que llamamos "suplementos" que serían la expresión local de lo que tratamos de llevar al cabo. El nombre de la revista será *Arqueología Social*.

Los dos últimos días se emplearon en redactar este documento, en conjunto y en continuo intercambio de críticas, dudas e ideas.

Las partes que integran esta publicación fueron preparadas de la siguiente manera. Primero se hizo un esquema general, previa discusión, de los puntos que debía contener cada sección. En esta discusión se elaboraba la temática en grado suficiente para permitir la división del trabajo entre todos, de acuerdo con los conocimientos de cada uno; de esta forma, en unos casos un tema quedaba asignado a uno solo y en otros a dos. Elaborados en borrador, se copiaban y distribuían entre todos dando tiempo para leerlos y anotarlos; luego el autor lo leía en voz

alta, ante todos, y se comentaba, criticaba y anotaba hasta encontrar la expresión más satisfactoria para la mayoría, tanto en contenido como en forma.

El texto, por lo tanto, refleja un consenso general y, aunque en algunos aspectos hubo divergencias notables, en aras de buscar la mayor claridad posible no se incluyeron los puntos de vista divergentes, optándose por aceptar el de la mayoría.

El conjunto de aportaciones fue reunido en una versión preliminar y rehecho varias veces hasta encontrar una versión más satisfactoria del conjunto; luego fue puesto en manos de Antonio Pérez Elías, quien efectuó una revisión general y además dio la forma que ahora tiene al Capítulo II. Joaquín García-Bárcena tuvo a su cargo la integración completa del Capítulo III, que también fue revisado por Antonio Pérez Elías para unificar el estilo. Pérez Elías no participó en las reuniones pero comparte la tesis expuesta y su calidad de profesor de Historia Económica y Social en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México facilitó una mayor integración del capítulo a su cargo. La personalidad de García-Bárcena como especialista en las ramas científicas que participan en la Arqueología es su mejor carta de presentación.

Sin lugar a dudas y pese a nuestros esfuerzos, son perceptibles estilos distintos, así como ciertas repeticiones temáticas. Esta autocrítica

no exime de responsabilidad al coordinador ni a los redactores.

## II. EL DESARROLLO DE LA ARQUEOLOGIA EN AMERICA LATINA

### 1. *Epoca de la dominación colonial*

Con la presencia del hombre en el continente americano se inició un proceso de desarrollo que va desde las formaciones sociales más antiguas hasta la expansión conquistadora de sociedades que, como la de los aztecas y los incas, trataron de imponer un sistema económico y político sobre otros grupos vecinos. Este proceso se transformó sustancialmente con el descubrimiento y la colonización de América por los europeos.

España y otras potencias occidentales comenzaron la conquista que culminó con el sometimiento de los diversos grupos americanos a Europa. Pero no sólo el triunfo de las armas caracterizaría este momento, sino la imposición de nuevas formas de explotación económica y de organización política regidas por ideologías totalmente extrañas a los pueblos indígenas y que éstos fueron obligados a aceptar.

Necesidad imprescindible del proceso de la colonización europea fue obtener conocimientos acerca de los pueblos recién conquistados. No es

extraño que todo el siglo XVI se caracterizara por los trabajos que han dejado los diferentes cronistas de Indias, los cuales constituyen hoy fuentes básicas de información; pero, en su momento, sirvieron para establecer un sistema de explotación de los recursos naturales y la fuerza de trabajo indígena, adecuado a los intereses de los gobernantes metropolitanos y a las ambiciones de los colonizadores mismos. En este modelado de la organización económica, política y social en las Indias tuvieron papel importante los representantes de la Iglesia Católica Romana—regulares y seculares— junto con los portadores civiles y eclesiásticos de la ideología imperial. Algunos de éstos pretendieron justificar las brutalidades de los primeros conquistadores y encomenderos que sacrificaban poblaciones enteras de indígenas para obtener oro, plata, perlas, y piedras preciosas. El argumento se apoyaba en poner en duda que los indios fuesen seres humanos poseedores de un alma y, en consecuencia, concluir que no eran dignos de ser tratados como tales; pero triunfaron los más inteligentes, quienes lograron convencer a los gobernantes de que la mayor riqueza de las Indias era la tierra y la explotación "racional" de la mano de obra indígena y esclava.

El cristianismo emprendió su labor evangelizadora con la intención de cambiar la mentalidad de estos pueblos y lograr que aceptaran resignadamente y se amoldaran a las nuevas formas

coloniales de vida y de trabajo. Sin embargo, muchos grupos se obligaron a marginarse en regiones muy aisladas y de escaso interés para los colonizadores, donde continuaron su desarrollo propio.

Es muy significativo que hacia el siglo XVII decayera el interés por el pasado de los grupos que habitaban nuestro continente. De hecho ya habían sido dominados los centros mayores de poder de los grupos indígenas y se efectuaba la consiguiente expansión territorial precisamente desde esos centros y con apoyo de tropas de los mismos naturales. Existen al respecto documentos de importancia, de los conquistadores y de los evangelizadores, en todo semejantes a los del siglo XVI.

Las naciones europeas colonizadas habían consolidado sus imperios en América hacia la mitad del siglo XVII. Sin embargo, Colón mismo jamás se imaginó transportar en sus carabelas todas las contradicciones económicas, políticas y sociales que señoreaban sobre la Europa de su tiempo y que condicionarían después la conquista y la colonización.

Mezcladas con las propias del desarrollo y de las tradiciones indígenas —más las importadas con los esclavos de África— durante tres siglos de mestizaje en todos los órdenes de la sociedad, tales contradicciones se desarrollarían, dentro del molde impuesto por las administraciones coloniales, con peculiares formas y manifestaciones, conforme crecían las po-

blaciones mestizas y se agregaban las generaciones de “indianos” (criollos americanos) que acabarían por considerar estas tierras como suyas propias y por desafiar al dominio imperial.

El mestizaje y el desarrollo colonial habían producido en América Latina, un grupo de naciones, cada una con características propias surgidas de sus composiciones étnicas y de la naturaleza de sus recursos, de tal manera que el régimen imperial prohibió los elementos de su destrucción.

Pero las pretensiones de independencia podían hallar apoyo ideológico y político sólo en la medida en que lograsen ahondar en el pasado americano para probar la ilegitimidad de la ocupación europea y la legitimidad de sus derechos nacionales. Así, el interés por la investigación —y la exaltación— de ese pasado se convirtió en una nueva necesidad con diferente perspectiva.

## *2. Epoca de la emergencia de las burguesías criollas*

El régimen colonial generó formas y relaciones de producción que permitieron la formación de estratos irregulares de burgueses y pequeños burgueses dependientes del sistema establecido y manejado desde las metrópolis; pequeños propietarios agrícolas, ganaderos y mineros, transportistas (dueños de recuas y líneas de diligencias), comerciantes y propie-

tarios de talleres artesanales, todos hallarían insoportable el enorme cúmulo de reglamentaciones y restricciones impuestas para proteger los privilegios de las clases gobernantes: los grandes hacendados y propietarios de fundos mineros, los "señores de ganados" los militares de alta graduación y los jefes del clero católico, bajo el amparo de los intereses metropolitanos.

Hacia el siglo XVIII, el crecimiento de las contradicciones y pugnas entre ambos grupos, agudizadas por el sistema colonial monopolista, desembocó en la organización de movimientos insurreccionales, por un lado y, por otro, en una gran receptividad hacia las corrientes de la Europa burguesa revolucionaria de aquel entonces. El curso de este proceso condujo al planteamiento de la emancipación de las colonias, fenómeno político acompañado de gran agilidad en el cuestionamiento de la realidad americana.

En este marco resurgió el interés por el estudio del pasado indígena como parte importante del instrumental para el sustento del proceso emancipador. Se intentó reevaluar, dentro de las ideas de la Ilustración, los logros civilizadores de las poblaciones nativas mediante el estudio de los documentos coloniales y reivindicar como patrimonio propio las obras del pasado. Entonces se organizaron los primeros museos nacionales y se proclamó, en algunos casos mediante leyes, la protección de los

restos materiales de los pueblos prehispánicos.

Concluida la etapa de la lucha armada en contra de los europeos, en cada país latinoamericano predominó la tarea de consolidar gobiernos independientes. La preocupación política, esto es, la de lograr sistemas que permitiesen disfrutar y desarrollar los recursos materiales y humanos arrebatados al Imperio en provecho de las nuevas clases gobernantes, criollas o mestizas, se sobrepuso a la necesidad de introducir las reformas económicas básicas. De aquí que estos países surgieran a la vida independiente entre constantes pugnas por el poder político que causaron un debilitamiento económico, en algunos casos muy grave, y endeudados con las potencias europeas y con la americana recién surgida, los Estados Unidos, la cual disputaba a España y Portugal, que a su vez se disputaban entre sí, el dominio sobre los pueblos emancipados de América Latina. Esta vez, el imperialismo se movía bajo un nuevo signo: el de la nueva sociedad capitalista y financiera.

En tanto que el interés por el pasado americano decaía en los gobiernos de criollos y mestizos, crecía en los nuevos países imperiales que deseaban llenar el vacío dejado por sus antecesores en América Latina. La investigación histórica y antropológica de la región —y por ende la Arqueología— quedó casi totalmente en manos extranjeras de ingleses, franceses, alemanes y aun de algunos norteamericanos.

Las tareas de excavación, rara vez patrocinadas por los gobiernos latinoamericanos, se orientaron hacia la búsqueda de restos que magnificaran el citado patrimonio, de modo que las pocas publicaciones que aparecieron en aquel entonces, dedicadas a las antigüedades americanas, constituyen en realidad una suerte de catálogo de objetos de valor monumental o estético o ambas cosas, acompañados de consideraciones no necesariamente derivadas del análisis de dichos restos. Por otra parte, el sistema capitalista mismo, implantado en Europa, propició el desarrollo de un mercado para tales objetos como lo había hecho para los procedentes de otros países coloniales de larga trayectoria histórica y antiguas civilizaciones. Así, el saqueo añadió un incentivo más a los estudios del pasado americano.

Una vez que la burguesía agraria de América Latina logró consolidar su dominio económico y político se constituyó en oligarquías nacionales que adoptaron modelos europeizantes de desarrollo en nombre del "progreso", un concepto derivado del liberalismo burgués y reforzado más tarde por el positivismo que se puso de moda en la región hacia fines del siglo XIX. Sin embargo, ni la trayectoria histórica de estas oligarquías herederas del sistema colonial de explotación económica, ni su tardía e insuficiente experiencia como clase gobernante, ni mucho menos su capacidad financiera muy inferior a los niveles exigi-

dos para un desarrollo capitalista autónomo, les permitirían hacer frente, con buen éxito, al empuje expansionista de las naciones industriales de Europa y de los Estados Unidos. A pesar de algunas resistencias nacionalistas, esas oligarquías acabaron por aceptar un *status* de meros proveedores de productos agrícolas y materias primas para los países industrializados, a cambio de que éstos aportaran, mediante préstamos e inversiones directas, los recursos financieros que, según se suponía, alimentarían el anhelado "progreso".

De esta manera, el *status* colonial se produjo en nuevos niveles y condiciones. Las burguesías agrarias readoptaron antiguos privilegios y prebendas. Con la excepción, tal vez, de México, el clero católico recuperó su poder económico y político. El nuevo orden fue garantizado por los militares, quienes, en la mayoría de las ocasiones, se adueñaron de las administraciones públicas al servicio de las burguesías agrarias y de los intereses imperialistas.

Hacia fines del siglo pasado y comienzos del actual, la independencia política resultó condicionada por una cada vez mayor dependencia económica. El llamado "progreso" se manifestaba, por una parte, en inversiones para asegurar la mayor producción, a los costos más bajos posibles, de materias primas agrícolas e industriales de exportación y los transportes adecuados de éstas hacia los lugares de embarque; por otra parte, en obras

públicas de carácter municipal concentradas en los grandes centros urbanos, en lujosos edificios públicos y privados de estilo europeizante y en otros derroches y ostentaciones de las clases privilegiadas.

Con algunas excepciones de intelectuales, lo autóctono fue considerado "primitivo", de acuerdo con la valoración de la sociedad capitalista "civilizada" de Europa, lo cual se ajustaba al afán de "modernidad" de las burguesías latinoamericanas —que adquirieron fundamental desprecio por todo "lo indio"—, además de compaginarsse con la situación económica y social degradante en que fueron colocadas las clases sujetas a la nueva explotación.

Tal desprecio por lo autóctono se reflejó en una indiferencia casi absoluta de los gobiernos latinoamericanos por el estado de sus pueblos, al cual unos cuantos se asomaban más por curiosidad o pedantería que por afán de conocimientos. En cambio el interés de los europeos y norteamericanos en ese renglón se acrecentaba paulatinamente conforme se percataban de la utilidad que ello podía aportarles, tanto para afianzar y proteger sus intereses, como para confirmar y exhibir su papel de "civilizadores", la justificación histórica legítima de su penetración económica y cultural imperialista.

Fue en esta época que, al amparo de teorías evolucionistas y positivistas, surgieron las primeras "escuelas" antropológicas y arqueológicas y los

fundadores europeos de las mismas, con el predominio consecuente del difusionismo, esto es, de la idea de los efectos "civilizadores" de la difusión cultural desde centros de gran desarrollo autónomo, justificadora del imperialismo de ese tiempo. También entonces los arqueólogos y los aficionados a las "antigüedades americanas" comenzaron a llenar los museos de Europa y de los Estados Unidos con los objetos prehistóricos y coloniales saqueados en los países de América Latina.

### 3. *Época de insurgencia de las clases populares*

A principios del siglo XX, la nueva situación de dependencia económica y cultural respecto de Europa y de los Estados Unidos propiciaba, en América Latina, luchas sociales bajo el signo de las corrientes revolucionarias europeas y en el momento en que el sistema capitalista se enfrentaba a la crisis que lo llevaría a la primera guerra mundial. Por otra parte, las relaciones económicas de América Latina con las metrópolis industriales, junto con sus relaciones internas de producción, habían favorecido el surgimiento de nuevos estratos burgueses nacionales que no alcanzaban los privilegios de las antiguas burguesías agrarias tradicionales ni de los demás estratos superiores ligados con los intereses financieros imperialistas. El monopolio del poder político y de

las oportunidades económicas que detentaban estos últimos provocó el enfrentamiento de los primeros, quienes readoptaron la ideología liberal democrática burguesa —que decían “traicionada” por las viejas clases dirigentes— y así se agenciaron el apoyo de las clases populares que integraban campesinos, obreros, artesanos y pequeños propietarios agrícolas, industriales y comerciantes, cada una con sus demandas y exigencias de reivindicaciones propias.

En los países latinoamericanos que habían logrado alguna incipiente industrialización, sobre todo con mano de obra de origen europeo, las luchas eran por la consecución de derechos laborales y mejoras económicas según los modelos de la socialdemocracia, el sindicalismo “tradeunionista” y el anarquismo libertario (anarcosindicalismo), donde los intereses de los campesinos ocupaban un segundo término o eran ignorados, y en lo político se pugnaba por el voto universal y secreto y la democracia parlamentaria. En tales países, el evolucionismo reformista de los socialdemócratas resultaba ser denominador común.

En las naciones en que era predominante una estructura agraria latifundista, las luchas sociales se produjeron con especial vigor entre los campesinos ligados a la tierra, los jornaleros agrícolas y los pequeños terratenientes. El ejemplo más claro sería la Revolución Mexicana de 1910-1917 que amalgamó la reivindicación de la tie-

rra por los campesinos y los derechos de los trabajadores con el liberalismo parlamentario de la pequeña burguesía.

De nueva cuenta se fortaleció el sentimiento nacionalista en apoyo del cuadro ideológico de los nuevos estratos burgueses y de aquella alianza con las clases populares. Sus exponentes, en nombre de la razón y de la ciencia, prohicieron corrientes de pensamiento liberales y nuevos enfoques hacia lo que comenzaron a llamar “el problema indígena”. Así consideraron indispensable revalorar el pasado latinoamericano y las trayectorias históricas de estos países para reforzar su derecho a un desarrollo económico capitalista en condiciones de mayor independencia respecto de las naciones imperialistas.

La reforma universitaria de 1918, en Córdoba, Argentina, se extendió con mucha rapidez en América Latina al calor de las nuevas corrientes ideológicas. Entre ellas se hallaron el indigenismo exaltado por la Revolución Mexicana, con sus proyectos de reforma agraria, y las nuevas inquietudes emanadas del influjo ideológico de la Revolución Soviética. Siguió una época de enconados y profundos debates entre las concepciones socialdemócratas y sindicalistas, por una parte, y las derivadas del marxismo, por la otra, mientras declinaban las doctrinas anarquizantes y el movimiento obrero se dejaba dominar por el “tradeunionismo” inglés y norteamericano.

De esta manera se produjo un movimiento innovador en las ciencias sociales latinoamericanas representado, entre varios otros, por Gamio en México y por Tello y Valcárcel en Perú. Sus exponentes reaccionaron contra el difusionismo y la Arqueología se orientó, en gran medida, hacia la investigación de los impresionantes monumentos prehispánicos con el propósito de patentizar que los pueblos de América Latina, en todas las épocas, habían sido y eran capaces de realizaciones propias y de un desarrollo autónomo. El conocimiento del pasado también adquirió nuevas dimensiones y aun aplicaciones en muchos proyectos indigenistas y de reformas sociales dirigidos a modificar el *status* colonial para fortalecer la posición de las nuevas burguesías nacionales.

En los países donde los indígenas y los mestizos han sido minorías de poco peso en la composición étnica, con predominio de la población de origen criollo, las luchas sociales se han manifestado con signo proletario urbano, lo cual se reflejaría en los enfoques de la Sociología, la Psicología y Psiquiatría, la Criminología, la Antropología Biológica y otras disciplinas, en la forma de una especie de nacionalismo "hispanista", de evidente factura criolla, que veía un peligro para la "nacionalidad" en la creciente inmigración de europeos no hispanos. En estos países, la Arqueología no ha sido considerada importante y su práctica se mantuvo en pautas tradicionales.

Pero donde los elementos étnicos indígena y mestizo constituyeron la mayoría de la población, el centro principal de las luchas sociales ha sido la cuestión agraria, lo cual se manifestó en mayor desarrollo de las ciencias antropológicas —la Arqueología, entre ellas— y de la Historia, en las cuales influyeron poderosamente las corrientes indigenistas que derivaron hacia un esquema de reforma agraria de inspiración prehispánica y corte pequeño burgués.

La etapa de entreguerras (1918-1938) se caracterizó por una agudización creciente de las crisis internacionales del capitalismo; por el surgimiento de los Estados Unidos como potencia imperialista de primer orden, la cual reclamaba dominio exclusivo sobre América Latina frente a las potencias europeas; por la Revolución Socialista Soviética y su consolidación en casi todo el antiguo imperio de los zares, y por el establecimiento de regímenes fascistas en Italia, Alemania, Japón y España que disputarían el dominio del mundo capitalista y amenazaban con destruir el socialismo soviético y los movimientos revolucionarios inspirados en el marxismo.

La ofensiva nazifascista constituyó grave peligro en América Latina por cuanto significaba importante apoyo a los sistemas dictatoriales de orden militar o civil. El falangismo español resucitó la doctrina llamada de la "hispanidad", sobre la base del "origen común" de las naciones latino-

americanas respecto de la “madre patria” y la región católica, con el propósito de reconstituir el antiguo imperio de España en oposición al imperialismo “anglosajón y hereje protestante”, y con el auxilio eventual del Eje Nazifascista.

Desde luego, estas renovadas luchas interimperialistas en lo internacional provocaron ofensivas reaccionarias en cada país de América Latina e hicieron resurgir antiguas teorías difusionistas en las ciencias sociales —incluida la Arqueología— cuyo desarrollo llegó a la irracionalidad del racismo militante, como el de la llamada “escuela histórico-cultural”, por ejemplo.

#### 4. *Epoca de la consolidación del imperialismo norteamericano y de las trasnacionales*

La segunda guerra mundial produjo fenómenos que hicieron variar el curso de la política imperialista y de las luchas internas en los países coloniales. La consigna de “antes que nada, derrotar al fascismo” y el hecho de que la Unión Soviética se viese involucrada en la guerra al lado de las democracias burguesas, alentaron el fortalecimiento —y la formación, donde no los había— de partidos políticos y organizaciones revolucionarias, reformistas y sindicales.

Esto ocurrió en América Latina donde esas organizaciones, sobre todo las sindicales, fueron propiciadas, además, por el desarrollo de una indus-

trialización nacional al amparo de las urgentes demandas de productos llamados “estratégicos” y bienes de consumo mediato e inmediato y del incentivo de precios especulativos e inflacionarios. Crecieron, así, las poblaciones activas de trabajadores y el estrato burgués “nacionalista”, lo mismo que las llamadas “clases medias” en sus diferentes estratos.

A grandes rasgos, al término de la segunda guerra mundial, el panorama era el siguiente:

1. El campo del socialismo se amplió notablemente en Europa y Asia.
2. Las naciones imperialistas europeas, muy debilitadas, tuvieron que enfrentarse a los movimientos anticolonialistas en sus respectivos dominios, al mismo tiempo que cedían la primacía económica a los Estados Unidos, único país beligerante que resultó indemne en su territorio y poderoso acreedor de una Europa destrozada y emprobecida.
3. Los monopolios norteamericanos iniciaron un proceso de absorción y de alianzas con los monopolios europeos vencidos o vencedores arruinados, que no fue otro el objetivo fundamental detrás del llamado *Plan Marshall* y de otros que le siguieron.

Esta “cocacolización de Europa” —así bautizaron los franceses tal pro-

ceso— fue el origen de las hoy conocidas como “empresas trasnacionales”, cuya tarea primordial ha consistido en reconstruir el dominio imperial capitalista sobre la base, no esta vez de un nuevo reparto territorial del mundo, sino de un reparto proporcional de utilidades según las regiones de influjo económico establecidas y el monto de las inversiones aportadas por cada empresa. Pronto se vio que estos arreglos favorecerían abrumadoramente a las empresas norteamericanas, lo cual obligó a las europeas, por medio de sus gobiernos, a concertar subalianzas entre ellas para nivelar, en alguna medida, la correlación de fuerzas. Tal ha funcionado el Mercado Común Europeo.

Así resolvió el capitalismo imperialista su gran crisis de posguerra. Los países metrópoli han considerado, desde entonces, más barato y conveniente ceder —“con dignidad”, por supuesto— ante los movimientos de liberación política en sus colonias, siempre que pudieran conservar un influjo económico y financiero determinante para los negocios de las trasnacionales.

El otro gran problema de los imperialistas era contener la expansión del socialismo, lo cual preocupó a las democracias burguesas desde poco antes de que terminara la guerra. En 1945, el inglés Winston Churchill llamó “cortina de hierro” al boicot total decretado contra los países socialistas y de democracia popular, en tanto se desataba una gran campaña anticomunista en todo el mundo —dirigida principalmente por los Es-

tados Unidos— que se conoció como la “guerra fría”.

Todos estos factores repercutieron de diversos modos en América Latina. Libres de sus antiguos competidores, los Estados Unidos lograron afianzar un dominio económico y político casi total en la región. En algunos países donde la industrialización acrecentó las burguesías nacionales, con intereses propios, las corrientes indigenistas y nacionalistas adquirieron nuevo vigor, muy en consonancia con movimientos en favor de reformas agrarias y el rescate de los recursos naturales de manos extranjeras. Por esto, los consorcios trasnacionales —los norteamericanos precisamente— abandonaron o parecieron abandonar su antiguo interés por realizar nuevas inversiones en industrias extractivas o primarias para volcarse con ímpetu en las industrias de transformación y en establecimientos comerciales con técnicas y métodos de competencia que ninguna de las empresas nacionales latinoamericanas podía resistir. Estas se declaraban en quiebra o eran absorbidas por aquellos consorcios.

En las naciones donde prevalecieron las condiciones de la posguerra, los consorcios extranjeros se vieron favorecidos prácticamente con el monopolio virtual de los recursos del suelo y del subsuelo mediante concesiones gubernamentales. Así, nuevas y antiguas formas de ocupación imperialista se adueñaron de América Latina, unas veces al amparo de dic-

taduras militares y otras en virtud de arreglos económicos y políticos convenientes con las burguesías locales y sus gobiernos.

A lomos de la penetración económica cabalgó la penetración cultural. Todos los medios de difusión, de persuasión y de coerción económica, política y social fueron puestos al servicio del nuevo *status* y de los objetivos políticos norteamericanos: proteger los intereses de sus trasnacionales y preservar al continente de la contaminación del "comunismo internacional". Se inventaron la Organización de los Estados Americanos y los pactos de "ayuda" técnica, económica y militar; en esta vez, la vieja y desprestigiada palabra "progreso" se convirtió en "desarrollo económico y social": las grandes y pequeñas burguesías locales, los estratos medios urbanos —mantenidos en la ilusión de un nivel de vida burgués— las viejas y nuevas burguesías agrarias y las surgidas de los negocios burocráticos y de las administraciones públicas se han manifestado deseosas de aceptar el nuevo *status* en nombre de ese "desarrollo" y el *american way of life* como modelo de "modernización" que las trasnacionales dicen garantizar con sus inversiones y sus técnicas de producción.

Desde luego, todo ello también fue transferido a la ocupación intelectual y científica bajo los mismos signos de dependencia y al servicio del "desarrollo económico y social", *american style*, en las industrias de

inversión extranjera o "mixta" en las universidades y centros de educación superior, en los laboratorios de investigación técnica y científica... Y, por supuesto, las ciencias sociales —la Arqueología entre ellas— no escaparon a esa penetración.

La Arqueología y otras disciplinas de la Antropología se vieron invadidas de teorías *neos* —neodifusionismo, neopositivismo— y de criterios norteamericanos para explicar el "atraso cultural" de los pueblos latinoamericanos en términos de aquella concepción del "desarrollo" capitalista y se produjeron estudios sobre las "culturas *folk*" y los fenómenos de "transculturación" y "relaciones interétnicas", así como los efectos del desarrollo industrial sobre las "culturas nativas", todo lo cual distorsionó por completo el sentido nacionalista de las corrientes indigenistas. Las fuentes de inspiración de estos trabajos —y muchas veces la dirección de los mismos— se hallaron en los institutos y las universidades de los Estados Unidos, donde se realizaban los proyectos y se aportaban fondos para su ejecución. Salvo pocas excepciones, los investigadores latinoamericanos se veían reducidos a meros auxiliares de los extranjeros designados para cada proyecto; y quienes intentaban mantener su autonomía de criterio, o se hallaban privados de recursos, o acababan por plegarse a los modelos importados.

Esto ocurrió en el campo específico de la Arqueología, donde el

conocimiento del pasado prehispánico fue desligado casi por completo de la realidad actual latinoamericana, hasta convertirlo, de nueva cuenta, en objeto de mera curiosidad al servicio de empresas turísticas nacionales e internacionales y del comercio de piezas arqueológicas estimulado por los coleccionistas de "antigüedades" y el afán de acrecentar los acervos de los museos europeos y norteamericanos.

Frente a todo ello, al lado de las corrientes verdaderamente nacionalistas, reformistas y revolucionarias que representaban los intereses populares, desde la quinta década del siglo, varios arqueólogos, antropólogos y otros profesionales de las ciencias sociales comenzaron a cristalizar criterios contra aquella situación de dependencia que cada vez ha sido más intolerable.

##### 5. *Epoca de los movimientos nacionales de liberación*

El resumen histórico hasta aquí llevado tiende a demostrar, pese a las fallas y omisiones que toda síntesis arriesga, que la Arqueología y las ciencias sociales en América Latina han estado condicionadas por intereses casi siempre ligados a diversas formas de dominio imperialista, excepto en algunos períodos en que movimientos nacionalistas lograron alcanzar el poder público, en cuyo caso prevalecieron los intereses de la clase social

gobernante que, por razones obvias, tiende a imponer su ideología sobre las más amplias capas de la población. La Arqueología y las ciencias sociales han sido convertidas en auxiliares de tales tipos de penetraciones.

En los 20 años últimos, la conciencia de tales hechos se ha extendido en cada vez mayor cantidad de arqueólogos y científicos sociales, en la medida en que los movimientos anticoloniales de los pueblos han avanzado en sus propósitos liberadores. La heroica resistencia y el triunfo del pueblo vietnamita; las revoluciones en Egipto, Argelia, Angola y otros pueblos africanos; la Revolución Cubana; el intento socializador de Salvador Allende en Chile; todo ello, más incontables manifestaciones de rebeldía contra el *status*, muchas de ellas promovidas por las clases gobernantes mismas de los países del llamado "tercer mundo" —incluidos los latinoamericanos—; todo, pues, ha fortalecido, en intelectuales y científicos de América Latina, la necesidad de examinar y reflexionar sobre su papel en la actual coyuntura histórica y sobre la naturaleza, los métodos, y, principalmente, los objetivos y propósitos de sus respectivas actividades profesionales.

Durante los 20 años últimos han aflorado y renovado luchas por la tierra y la soberanía nacional sobre los recursos naturales; por las libertades políticas en cada país; por más justas y equitativas relaciones internacionales en todos los órdenes; por elimi-

nar la explotación irracional y exhaustiva de la fuerza de trabajo; por mejores niveles de vida económica y cultural de las mayorías populares... Estas luchas implican, en América Latina como en todas las naciones sujetas al dominio imperial y reaccionario, la exigencia de profundas reformas económicas, políticas y sociales cuya consecución significa necesariamente, un enfrentamiento constante con las fuerzas empeñadas en mantener el *status* y el predominio de sus intereses y privilegios.

Dada la evidente realidad fundamental de este planteamiento, la disyuntiva ante los arqueólogos —y los demás científicos sociales— resulta muy clara y atañe a los criterios que deben normar el trabajo arqueológico, tanto en sus concepciones teóricas como metodológicas, para alcanzar fines muy concretos de *utilidad social*. A la Arqueología como “ciencia para el conocimiento del pasado” por el conocimiento mismo, sin tener en cuenta el “para qué” ni el “para quién”, se opone cada vez más la conciencia de que su “utilidad social” no debe ser sólo para placer de turistas, negocio de saqueadores, regodeo de coleccionistas privados, ni para llenar las bodegas de los museos nacionales y extranjeros.

No basta afirmar —como algunos pretenden, a la luz del “cientificismo” norteamericano— que la Arqueología es una técnica, o un conjunto de técnicas, para alcanzar un conocimiento científico del pasado y quedarse en

meras descripciones prolijas y precisas; o bien, si el arqueólogo lo considerase oportuno y conveniente, aplicarles alguna de las teorías *neos* de interpretación, sin atender, ni poco ni mucho, al destino y la “utilidad social” que puedan depararse a las conclusiones.

Los pueblos de América Latina que mantienen movimientos nacionales de liberación —en alianza o en contra de las políticas de sus respectivos gobiernos— buscan afianzar sus luchas en sus trayectorias históricas propias y afirmar sus identidades autónomas e independientes frente a la acción enajenante del imperialismo y la “trasculturación” de sus clases privilegiadas. De la misma manera, las clases populares constituyen una sociedad explotada con intereses ajenos a la llamada “sociedad de consumo” cuya existencia y expansión resultan hoy indispensables para sostener los sistemas de explotación de los recursos y de la fuerza de trabajo. De aquí que los arqueólogos deban preguntarse si sus trabajos, a sabiendas o no, han servido hasta hoy sólo a esa “sociedad de consumo”, o lo que sería peor, a sólo la capa elitista de la misma.

No es el caso discutir aquí si las ideas de Vere Gordon Childe en Arqueología fueron posibles gracias a la decadencia de la “voluntad imperial” británica, aunada a la gran difusión que han ganado las teorías marxistas en todos los campos de las ciencias sociales, sobre todo en Europa. Es el hecho que su rebelión

en contra de las teorías y prácticas arqueológicas tradicionales, para llevar la Arqueología sobre nuevos cauces más apegados a la racionalidad del saber científico, abrió caminos insospechados para intentar una Arqueología con nuevos criterios teóricos y metodológicos, tanto en América Latina como en los demás países que padecen opresiones imperiales y reaccionarias.

Por otra parte, en los Estados Unidos surgió una creciente tendencia a preferir, entre las teorías *neos*, la del "neopositivismo lógico" en Arqueología, más o menos correspondiente a la ya mencionada postura "cientificista"; sin embargo, conforme se han desenvuelto los conflictos revolucionarios en América Latina y en el resto del mundo, el pragmatismo científico ha perdido eficacia en cuanto a la "utilidad social" que desearían otorgarle los portadores de las culturas imperiales; pero los arqueólogos latinoamericanos tampoco han hallado enfoques teóricos congruentes con los intereses populares.

Dicho de otro modo: la adopción de una teoría aplicable a la investigación arqueológica supone un sustento ideológico y una consecuencia metodológica en el investigador. Si éste se atiene, por ejemplo, al "neopositivismo lógico" y su método es verdaderamente científico, sus conclusiones tendrían validez científica, aunque, como muy a menudo sucede, invalidasen postulados de la ideología

imperante en las clases gobernantes, en cuyo caso éstas tratarían de desvirtuarlas, acallarlas o ignorarlas; pero, puestas al alcance de las mayorías populares, servirían para estimular y apoyar sus movimientos de reformas sociales. En verdad, solamente los arqueólogos trasculturados por las tesis imperiales parecen tener en cuenta estas posibilidades y cuidarse mucho de caer en tales supuestas "desgracias".

Dadas las consideraciones que se desprenden y coligen de tan somera visión de las condiciones históricas que han determinado el quehacer arqueológico y su situación actual en América Latina, los arqueólogos reunidos para examinarla acordaron exponer lo que sería la práctica de una verdadera Arqueología Social sobre fundamentos teóricos revolucionarios.

### III. LA PRACTICA DE LA ARQUEOLOGIA SOCIAL

A estas alturas se percibe con claridad la situación de las arqueologías latinoamericanas y se hacen evidentes las diferencias de sus respectivos desarrollos. En gran medida, se norman por el aspecto externo de los materiales mismos. Es fácil comprobar un aparente adelanto en los países donde abunda la arqueología de carácter monumental, entendido éste por las grandes expresiones arquitectónicas, por los objetos muebles agraciados por su

valor estético o por la riqueza del material de que fueron hechos. Esta distorsionada concepción ha determinado que se destine gran cantidad de recursos materiales y humanos a la excavación y reconstrucción de tales manifestaciones culturales que, en el mejor de los casos, han aportado sólo una visión muy parcial de las sociedades que las produjeron, puesto que se refieren únicamente a las clases superiores de las mismas. Los monumentos se restauran de acuerdo con métodos tradicionales que poco se han modificado y depurado. Por desgracia, con demasiada frecuencia, sólo quedan edificios que han sido sometidos a un proceso que, más que restauración, debe denominarse construcción, además de materiales en las bodegas y las vitrinas de los museos y lo que podría llamarse un "vacío social", un desconocimiento de la vida concreta de las sociedades que produjeron aquellos edificios y estos objetos.

De aquí que los mejores museos arqueológicos, magníficos por su arquitectura, su costo y sus instalaciones, se queden en exhibiciones de arte antiguo, arqueológico si se quiere, pero nunca de la Arqueología, que debe abarcar el conjunto de las expresiones de las sociedades, de su medio, de su tiempo.

Así, pues, estas arqueologías no van más allá de ser organizaciones administrativas, carentes de los planteamientos teóricos necesarios para el trabajo científico y que fundan la jus-

tificación de su existencia en una correlación simplista entre el volumen de la obra realizada y los recursos atribuidos. De aquí que el buen éxito profesional se mida de igual modo, aunque se tienen en cuenta, también, la riqueza de las tumbas y las ofrendas halladas, el lujo del libro editado para dar a conocer los hallazgos y otros merecimientos semejantes. Sin embargo, debe reconocerse, en quienes aplican esta clase de arqueologías, la habilidad en el manejo de gran cantidad de trabajadores manuales y la capacidad para remover y desplazar grandes masas de escombros, además de la notable desenvoltura que demuestran en el trabajo práctico.

En los países donde los objetos muebles y restos arquitectónicos no son espectaculares, la Arqueología, carente de medios económicos suficientes, es un extraño juego intelectual de gran intensidad teórica con frecuencia extraviada, generadora de obras en las que se manifiesta indudable capacidad descriptiva, impuesta por las características mismas de sitios y materiales que se manejan con gran severidad analítica formal, pero sin relación ni participación en los procesos históricos nacionales.

Quede bien claro que es muy engañoso el concepto, así entendido, de pobreza o riqueza arqueológica. En cada país latinoamericano existe una arqueología que es parte inalienable de la historia continental y de la historia de cada pueblo en particular y que, por lo tanto, posee un valor arqueológico único por

lo que contiene y representa. La connotación de riqueza o pobreza puede referirse sólo a los resultados científicos de las investigaciones arqueológicas y depende de un planteamiento teórico bien establecido y cumplido y de la aplicación de la metodología adecuada en cada caso. Si el arqueólogo es consciente de su compromiso, su investigación debe orientarse al estudio de las sociedades americanas que, desde el pasado más remoto y dentro de sus trayectorias históricas, incluidas las complejas relaciones interétnicas en su dinámica de desarrollo, son la raíz y esencia de los pueblos latinoamericanos. Nada de Esto han podido aportar ni en los países aparentemente "ricos" ni en los supuestamente "pobres".

En América Latina, la práctica de la arqueología debe ser obligación del Estado, ya que, en la mayoría de los países de la región, las leyes protectoras del patrimonio cultural —que debería llamarse patrimonio social— así lo ordenan, de acuerdo con el espíritu de las constituciones respectivas. Sin embargo, la formación de los arqueólogos profesionales debe quedar en manos de las instituciones de educación superior.

El organismo responsable de las actividades arqueológicas debe ser autónomo y provisto de la suficiente fuerza jurídica para ordenar y hacer cumplir la revisión, por arqueólogos, de todo proyecto de obras públicas o privadas que pudiese afectar estos materiales del pasado; la interven-

ción de los arqueólogos en los trabajos para el rescate de los objetos arqueológicos y la información en ellos contenida; la modificación de proyectos que impliquen la destrucción parcial o total, o cambios sustanciales, en monumentos o restos de importancia, con la facultad de establecer las zonas de protección necesarias y de suspender los trabajos que dañen o destruyan testimonios arqueológicos. Tal organismo debe disponer de medios económicos suficientes, a cuyo abasto deben participar los presupuestos de las obras públicas y privadas que lo obliguen a entrar en acción.

Desde luego, resulta indispensable un personal suficiente y eficiente que incluya investigadores y técnicos, no sólo en Arqueología, sino también en otras ciencias, a las que se ha dado en llamar auxiliares, pero que con más propiedad, deben designarse como interdisciplinarias. El personal debe contar con las instalaciones y equipo necesarios para el desarrollo de su trabajo. La Arqueología más avanzada ha mostrado la necesidad de unidades de laboratorio que deben ser propias, puesto que la práctica indica que no son utilizables los laboratorios de otras instituciones cuyos fines son distintos y cuyo personal e instalaciones no están especializados en la dirección requerida por la Arqueología.

Ante el problema de la, al parecer, inexorable destrucción de los restos materiales de la historia latinoamericana-

na, tanto prehispánica como posterior, causada por el modelo de desarrollo adoptado por los gobiernos, es preciso dedicar al rescate del pasado la mayor parte de los recursos destinados a la Arqueología, lo cual de ningún modo significa el abandono de otras investigaciones comprendidas en programas de mayor amplitud para encontrar respuestas a problemas básicos de la Antropología.

Antes de pensar en trabajos integrados de Arqueología es necesaria la identificación de las sociedades o formaciones sociales que, en el curso del tiempo, ocuparon lo que ahora son los territorios nacionales latinoamericanos. En cada caso, esta identificación ha de ser precedida de un análisis crítico del estado nacional, regional o local de la Arqueología, de modo que este conocimiento constituya una base firme de la planeación de los trabajos para establecer, así, la estrategia mayor, indudablemente a largo plazo, pero con conciencia del valor y de la necesidad de cada uno de los movimientos tácticos. Esta primera fase de identificación permite, a la vez, realizar un censo arqueológico indispensable para la defensa del patrimonio cultural, ya que difícilmente puede defenderse aquello cuya existencia se ignora. Desde luego, el procedimiento de identificación no debe confundirse con una catalogación de entidades arqueológicas estrictamente como tales.

La defensa del patrimonio cultural implica, también, exigir la devolución

de los objetos arqueológicos de América Latina que han sido saqueados por extranjeros. Todo permiso de excavación, o aun de recorrido, que se otorgue a personas o entidades extranjeras, deberá estar condicionado a la devolución de estos objetos arqueológicos y a que los planteamientos del trabajo propuesto sean compatibles con los requisitos y propósitos fundamentales de la investigación arqueológica en América Latina y complementarios de éstos.

Uno de los objetivos más urgentes de nuestras deliberaciones fue el intentar la definición de una arqueología que en la práctica resulte eficaz para servir los intereses nacionales y populares de cada país latinoamericano. Nos percatamos de que no es posible, por ahora, producir un manual de técnicas y sistemas comprobadamente aplicables; sentimos que se trata menos de inventar y descubrir nuevos modos de hacer, que de aplicar los ya existentes del modo más adecuado para lograr aquel propósito. Esto último exige efectuar trabajos experimentales con el objeto de descubrir qué procedimientos son los valiosos y el grado de su eficacia. Aquí se expondrán sólo un esquema general y algunas normas que consideramos fundamentales y que es preciso nutrir, en la práctica directa, con la experiencia de casos específicos de comprobada validez científica, hasta que constituyan el conjunto instrumental requerido.

Ya se mencionó la necesidad de realizar un análisis crítico del estado nacional, regional o local de la Arqueología que sirviese de base a la planeación de los trabajos. También se anotó la necesidad de identificar las sociedades que han ocupado, en el curso del tiempo, los actuales territorios nacionales latinoamericanos.

La identificación debe comenzar por la localización de los restos que existan en la superficie y debe guiarse por las tres coordenadas establecidas por V. Gordon Childe: la espacial, la temporal y la corológica. Muchas veces el conocimiento de la arqueología de un área no alcanza la misma profundidad respecto a cada uno de estos tres componentes, lo cual implica la existencia de trabajos tendientes a remediar esta situación ya que cada componente debe conocerse, en principio, en igual nivel.

Los medios más eficientes para realizar esta clase de trabajo varían según las regiones y los tipos de sociedad. Pueden citarse, sin que el orden signifique mayor o menor importancia, el estudio de las fuentes coloniales y posteriores, el análisis de toponímicos, la observación estereoscópica de fotografías aéreas o el uso de imágenes espectrales obtenidas desde un avión; pero el medio de aplicación más general y quizá más efectivo es el recorrido directo y la toma de muestras del material de superficie, dentro de pautas lógicas y de acuerdo con la realidad de lo que cada área y cada sitio contienen.

El establecimiento de sistemas capaces de producir una idea del carácter de un sitio por los materiales y formas de superficie sería, quizá, la clave del futuro trabajo. Deben establecerse técnicas capaces de ponderar las diferencias entre sitios y de calificar, a la vez, el contenido de cada uno, de manera que las recolecciones superficiales tengan un valor real. Los sistemas de muestreo "al azar", aunque válidos en Estadística, son ineficientes en la Arqueología, pues ésta puede disponer de huellas aparentes que permitan guiar el muestreo a modo de obtener una representación adecuada de las dejadas por los fenómenos sociales desarrollados en cada sitio. Hay mucho que aprender de los sistemas de muestreo, por ejemplo, de la Botánica o de la Geografía.

Todo trabajo arqueológico de superficie y, de hecho, cualquier trabajo arqueológico en general, requiere de gran claridad en la definición del propósito de aquello que se intenta investigar. La aplicación de los llamados "modelos", siempre rígidos, tan caros al neopositivismo, no conduce a esta finalidad. Es curioso, y conveniente señalarlo, que en todos los casos en que a un área se han aplicado estos "modelos", se ha tenido, como referencia básica, el conocimiento arqueológico tradicional de la misma. Sin embargo, es preciso convenir en que el sistema es utilizable, a condición de que se trate de "modelos" flexibles, modificables tantas veces como lo requieran nuevos datos o

nuevas interpretaciones de los mismos y establecidos sobre la base de un reconocimiento del área en la que van a ser aplicados. Sólo de esta manera el "modelo", con las simplificaciones que su construcción requiera, correspondería con la realidad.

El uso de "modelos" suele ir acompañado de análisis matemáticos y estadísticos, con frecuencia muy elaborados. A este respecto debe recordarse que las matemáticas y la estadística son sólo herramientas cuyo uso requiere de un conocimiento de las capacidades y limitaciones de las mismas y que, como tales, son incapaces de producir respuestas a preguntas que no han sido clara y concretamente formuladas.

Un reconocimiento de superficie y el muestreo correspondiente aportan una idea de las dimensiones espacial y cronológica del material arqueológico presente en el área; pero, en principio, no informan acerca de la dimensión temporal. Para adquirir información sobre ésta, el procedimiento más general —en la mayoría de los casos, el único aplicable— es la excavación de pozos de cateo. Aunque hay una serie de técnicas de fechamiento, en su mayoría desarrolladas por otras ciencias, aplicables a diferentes clases de materiales, el conocimiento cronológico depende en última instancia, en todos los casos, de la correlación estratigráfica entre las muestras fechadas y los materiales cuya situación temporal interesa conocer. La estratigrafía misma es,

además, el principal medio de lograr información cronológica relativa; de aquí deriva su importancia. Por esto mismo, la excavación debe seguir la estratigrafía real. No es aceptable, una excavación por estratigrafía métrica, ya que, a menos que la estratificación real sea completamente horizontal, se tiene el grave riesgo de producir una mezcla de materiales de distinta posición cronológica. La subdivisión métrica es deseable para excavar capas naturales de gran espesor.

De un recorrido con toma de muestras superficiales y pozos de cateo se obtienen elementos de juicio que permiten la selección de las partes o unidades que han de excavar intensiva y extensivamente. La excavación, en realidad, presenta pocos problemas de fondo, pero muchos de forma.

Debe tenerse en cuenta que el material propiamente arqueológico —cerámica, lítica, arquitectura y otras manifestaciones materiales de una sociedad— es sólo una parte de la información que una excavación puede y debe aportar. Aun este material, en las condiciones en que se recupera, muestra alteraciones respecto a sus características originales, que son las que verdaderamente interesa conocer. Para llegar a éstas deben entenderse los procesos fisicoquímicos causantes de las alteraciones, lo que requiere de estudios sedimentológicos y pedológicos en relación con la excavación misma.

Es también prudente recordar que una sociedad no existe en un vacío, sino que forma parte del medio que

la rodea. Cualquier reconstrucción de una sociedad que no tenga en cuenta este hecho adolecerá de fallas. Es necesario, pues, obtener toda la información posible acerca del medio natural y de las modificaciones del mismo atribuibles a la presencia humana, entre las que merecen destacarse las derivadas de la domesticación de plantas y animales. No debe olvidarse, sin embargo, que el medio es dinámico y que, al igual que la sociedad puede producir modificaciones en el medio, el medio puede también limitar las posibilidades de cambio en la sociedad, o constreñirlas a ciertas direcciones.

De lo expresado hasta aquí se colige la necesidad de la participación de botánicos, zoólogos, geomorfólogos, petrógrafos, pedólogos y otros especialistas, no sólo durante la excavación, sino también en las etapas previas a la misma y en las posteriores de elaboración de los datos obtenidos.

Son características importantes del material arqueológico —y también del estudiado por las ciencias interdisciplinarias—, las dimensiones espacial, temporal y corológica, de acuerdo con la designación de Childe. Para su conocimiento es indispensable un rigor absoluto en el registro de datos, en especial de los referidos a la posición espacial. También es deseable el auxilio de otras ciencias en la interpretación de estos datos en términos de espacio, tiempo y relación.

Una excavación es, ante todo, una fuente de datos sobre las sociedades

del pasado, fuente explotable por sólo una vez, puesto que la excavación implica la destrucción del sitio excavado. De aquí la necesidad de utilizar todos los medios que la técnica actual permita en la obtención y registro de esos datos, cuya validez determina, en buena parte, la confiabilidad de los conocimientos que se obtengan acerca de la sociedad. Una norma indispensable de la buena práctica sería no excavar un sitio en su totalidad, puesto que los medios de que hoy se dispone no permiten rescatar *toda* la información deseable acerca de la sociedad. La experiencia de los años últimos indica que en el futuro se tendrán procedimientos más efectivos de estudio que habrán de facilitar la obtención de datos que hoy escapan a la investigación.

Aunque el fin primordial de toda excavación es lograr informes sobre las sociedades del pasado, esto no implica que, en ciertos casos, se descuide la consolidación y restauración de lo descubierto, o bien, la preparación del sitio para fines turísticos, a los que deberían siempre anteponerse los fines educativos. Esto requiere, en primer lugar, que la restauración sea conducida de acuerdo con el cuerpo teórico más avanzado a este respecto y, en segundo término, que no se pierda de vista que el fin principal del trabajo arqueológico es el conocimiento de las sociedades del pasado del cual las manifestaciones materiales más restauradas son sólo una parte, con frecuencia no la más importante.

En la etapa de análisis de materiales, quienes manejan los de orden arqueológico han de mantener una relación constante con quienes se encarguen de lo correspondiente a las ciencias interdisciplinarias, tanto para identificaciones concretas que los arqueólogos soliciten, como para que éstos perciban en la sociedad investigada, con los informes de aquéllos, las formas de explotación de los recursos, la tecnología, los factores de orden natural, las modificaciones que la sociedad producía en su ambiente y las que éste, con sus cambios, pudo producir en lo social. Esta interrelación requiere de una concordancia de propósitos en las investigaciones de los diversos campos y de un buen planteamiento de las preguntas de los arqueólogos tanto a los científicos de otras ramas como a sí mismos. Con cierta frecuencia, si las respuestas no pueden obtenerse por medios estrictamente arqueológicos, pueden lograrse por adaptaciones de técnicas de otras disciplinas, lo cual reafirma la necesidad de la comunicación constante entre arqueólogos e investigadores de otras áreas.

Por principio, los sistemas de manejo de los materiales arqueológicos están siempre contenidos en los materiales y datos mismos. Ante la larga lista de posibles atributos que cada elemento constitutivo del material arqueológico contiene, es preciso delimitar su orden de importancia de acuerdo con lo que se busca, pero teniendo en cuenta la invalidación

que supone forzar estas premisas y en la inteligencia de que los atributos no pueden ser otros que los evidentes. Esto, que es válido para cada elemento, deja de tener valor si no se atiende, al mismo tiempo, no sólo la asociación y el contexto en que se haya presentado, sino también el conjunto funcional, aunque fuese de presencia dispersa, al que perteneciese el elemento. Desde luego y en todo caso, la fase descriptiva, a la vez cualitativa, debe cumplirse con todo rigor, de manera que pueda pasarse con seguridad a la cuantitativa, para después, en sus agrupaciones por frecuencias, volver a lo cualitativo.

Dentro de la posición teórica que se propone sería posible obtener información directa sobre los *medios* de producción, que ofrecería bastantes datos sobre los *modos* de producción, lo que a su vez serviría como base para inferir formas o formaciones sociales, aunque debe admitirse que habría insuficiencia de datos para entender las *relaciones* de producción.

El conocimiento de una sociedad y de un medio ambiente del pasado requerirá del uso del método comparativo. Así como los datos referentes a la flora, la fauna y otros componentes del medio ambiente antiguo no serían interpretables, sino de modo parcial, sin un conocimiento de las características actuales de este medio, los referentes a la sociedad y a sus relaciones con el medio ofrecerían

una visión también incompleta sin la comparación con el presente. A este respecto es de indudable importancia la comparación etnográfica, en especial por la contribución que ésta puede agregar al entendimiento de las *relaciones* de producción.

En América Latina se tiene abundante información sobre las sociedades existentes en el momento de la conquista europea, sociedades vivas de cuyas características y antecedentes se ocupa una parte de nuestra arqueología. Desperdiciar esta importante fuente de datos sólo conduciría a una visión parcial de las sociedades de entonces. Si el uso del método comparativo es importante para el estudio de las sociedades prehispánicas, lo es aún más para el de las sociedades posteriores, cuyo estudio también se halla dentro del campo de la Arqueología.

La Arqueología, desde sus inicios, se ha visto obligada a crear una serie de categorías analíticas mediante procedimientos de abstracción. En estos momentos se hace necesario revisarlas una por una y en su conjunto para confirmar su grado de validez respecto de lo que hoy se exige del material arqueológico, bajo una concepción dinámica del desarrollo histórico y social.

Obtener conocimientos científicos de validez es un aspecto fundamental del trabajo arqueológico; solamente así es posible reforzar la teoría y la práctica arqueológicas. Todo esto tiene que ser dado a conocer y difundirse en un lenguaje claro, concreto, serio y científico, por cuanto nuestros valores de expresión escrita, hablada y audiovisual tienen el compromiso histórico de adecuarse a los sectores populares mayoritarios a los que los conocimientos derivados de la Arqueología deben servir. La tarea de los arqueólogos latinoamericanos comprometidos con el presente es la de recuperar el sentido del desarrollo histórico que permita el reencuentro con el destino de sus respectivos pueblos.

En primer lugar se hace necesario difundir las razones de la actividad arqueológica, las causas de este quehacer científico, la manera como se realiza, la naturaleza de sus resultados y la necesidad de que todos los habitantes de América Latina tomen conciencia del valor real de la Arqueología y, por ende, se conviertan en los mejores defensores del patrimonio cultural en cada país. Es importante esta posición por cuanto son del todo impugnables las publicaciones que sirven sólo a determinados grupos o las que, producto de trabajos en América Latina, se editan sólo en idiomas extranjeros de difícil acceso. Sobre este punto, se debe propugnar una legislación que obligue a publicar, en el idioma propio del país

#### IV. DIVULGACION DE LOS CONOCIMIENTOS

donde se hubiese realizado el estudio, los resultados obtenidos por los grupos o personas extranjeras, de otras lenguas, con cargo a los presupuestos de sus proyectos. De lo contrario, se continuará en una situación típica de colonialismo; se coloca la materia prima —que está en el orden de las no renovables— en manos extranjeras para que sea devuelta ya elaborada y adecuada para la élite de la “sociedad de consumo”; se malgastan, así, materiales insustituibles con los que se cimentan y construyen valores científicos extraños a los intereses de América Latina a cambio de virtualmente nada.

Es preciso, asimismo, ampliar los mecanismos de difusión y divulgación de las publicaciones teniendo en cuenta que la mayoría de la población carece de acceso a estas fuentes de información. Para lograr verdadera difusión se necesitan, también, publicaciones sencillas, de bajo costo y, en algunos casos, en las lenguas indígenas. Debe estimularse la creación de museos locales que cumplan una función de enseñanza de acuerdo con el carácter particular de los pobladores de cada región y donde se muestre lo que representa lo regional en función del conjunto del país. Los museos de las grandes ciudades debe-

rían tener estas mismas funciones, ya que, en la actualidad, la mayoría de ellos sólo son lugares de exhibición de distintos aspectos exóticos o exclusivamente de nuestros antepasados.

Por lo tanto, en el uso de los medios de difusión, se deben tener en cuenta las diferencias de nivel cultural que existen en los pueblos de América Latina y preparar la expresión de conocimientos para distintos públicos. En primer lugar, para la comprensión de aquel cuya formación escolar no le proveyó de instrumentos mayores de análisis e integración; luego para un público que, aunque educado, no tiene relación con la Arqueología, pero que es susceptible de establecerla; por último, para la información de arqueólogos y profesionales de otras ciencias conexas e interesados en los problemas de la Arqueología.

Sin lugar a dudas, el fondo de la actividad arqueológica, pese a cualquier postura ideológica, seguirá recluido en la torre de marfil en la que hoy está si no se sabe encontrar las vías por las cuales la labor de los arqueólogos alcance a ser parte integrada del pensamiento de nuestros pueblos.

# Notas sobre el proceso de desarrollo en el centro de México\*

Eduardo Matos Moctezuma

## I

En estas páginas vamos a presentar algunas consideraciones sobre el proceso de desarrollo en el centro de México, a partir del cambio de sociedades igualitarias a sociedades estratificadas, de conformidad con la perspectiva del materialismo histórico. Para ello, será indispensable utilizar toda una serie de categorías que se apartan del concepto tradicional y del modelo evolutivo que se ha pretendido aplicar para Mesoamérica.

Para empezar, habíamos pensado hacer un análisis de las periodificaciones existentes para Mesoamérica. Sin embargo, hemos preferido dejarlo para otra ocasión, ya que, aunque este aspecto lo consideramos importante,

\* Los planteamientos que se presentan no los consideramos de ninguna manera definitivos, sino sujetos a revisión.

otros autores le han dedicado no pocas páginas y críticas. Por lo tanto, vamos a circunscribirnos a exponer nuestras consideraciones, de una manera preliminar, tratando primero de precisar algunas de las categorías que utilizaremos en el transcurso del trabajo, y, a continuación, su aplicación en un caso concreto: el centro de México, entendiendo como tal el área que forman los valles de México y poblano-tlaxcalteca, y también algunas regiones vecinas.

Principiaremos con el concepto de *totalidad*, el cual se entiende como el estudio de la *realidad social*, como un todo estructurado, ya que reviste una importancia fundamental para la comprensión de una formación económica-social determinada, y ésta, a su vez, dentro de un proceso de desarrollo social. No es posible comprender una sociedad si se estudian uno o varios aspectos parcialmente y se pierde de vista el concepto de *totalidad*, especialmente cuando se ha con-

siderado por parte de algunos autores, que esos hechos aislados permiten "entender" a la sociedad en conjunto. Así, nuestra disciplina, la arqueología, y más concretamente, la arqueología mexicana, durante mucho tiempo se dedicó a lo monumental, al centro ceremonial, olvidándose casi por completo de otras instancias que conforman el todo social. Esto dio pie para que en un principio se hicieran no pocas apreciaciones estilísticas basadas en estudios cerámico-arquitectónico, desde los que se pretendía interpretar el mundo prehispánico. Nuestra arqueología, tan llena de pozos y baches, se encajonaba en un callejón sin salida, en donde la falta de fundamentos teóricos impedía escapar. Para dejar claro lo anterior, diremos, siguiendo a Ludovico Silva, que:

"El método marxista de la totalidad considera que todas las manifestaciones de una sociedad forman un enrejado estructural, y que ningún 'plano' o 'aspecto' de la sociedad puede explicarse definitivamente si no es puesto en relación con el conjunto del cual forma parte".<sup>1</sup>

Ahora bien, esto nos lleva a plantear, conforme a la perspectiva del materialismo histórico, las categorías que a nuestro juicio nos permiten ana-

lizar desde el punto de vista de la totalidad, las sociedades prehispánicas.

Así, aplicaremos las categorías de *formación económico-social*, entendiendo como tal una sociedad determinada dentro de un proceso de desarrollo; por ejemplo, la formación teotihuacana entre los siglos I-VII dñe.\* Unido a lo anterior, la categoría de *modo de producción* es fundamental, ya que dentro de una formación económico-social pueden estar presentes varios modos de producción, y uno de ellos es el dominante. Y cabe aquí señalar, que valoramos a ambas categorías como objetos reales que tienen connotaciones abstractas (MP) y concretas (FES). Veamos qué nos dice G. Dhoquois, al referirse al modo de producción:

"La segunda solución, que me parece la correcta, consiste en considerar el concepto de modo de producción como un 'abstracto real', es decir, considerar que se trata de una estructura de la realidad, de una estructura real y verdaderamente presente en la realidad, que el análisis científico puede aislar, espe-

\* En el caso de algunas formaciones económico-sociales precapitalistas en que el dato arqueológico es el único con que se cuenta, además de los datos que proporcionan las ciencias auxiliares de la arqueología, los lapsos serán más grandes y es preferible tratar de estudiarlas en conjunto.

<sup>1</sup> Silva, Ludovico. *Anti-manual para uso de marxistas, marxólogo y marxianos*, Caracas, Monte Avila Editores, 1975, pág. 202.

cialmente en lo que puede denominar el 'tipo general' del modo de producción estudiado".<sup>2</sup>

Al tratar sobre el mismo asunto nos dice Silva:

"Considerar al modo de producción como no existente en la realidad, como un 'modelo', y a la formación social como lo contrario, es olvidar que, para Marx, tanto el uno, como la otra, tienen existencia real, y forman parte de los procesos reales . . ." <sup>3</sup>

Lo anterior nos lleva al examen de los conceptos de *fuerzas productivas*, *relaciones de producción* y *superestructura*, contenidos en las categorías anteriores, ya que ellos nos van a permitir entenderlos y caracterizarlos. Ahora bien, al estudiar modos de producción precapitalistas, es importante señalar el papel preponderante que desempeña la superestructura, por lo que consideramos presente a esta instancia, tanto en el modo de producción, como en la formación económico-social. Aquí volvemos a Silva cuando dice:

<sup>2</sup> Dhoquois, G. "La formación económico-social como combinación de modos de producción", en *La categoría de "Formación económico-social"*, México, Colección 1, Núm. 26, 1973, pág. 130.

<sup>3</sup> Silva, *op. cit.*, pág. 130.

"Los modos precapitalistas de explotación son imposibles de imaginar, e incomprendibles, sin lo político, lo patriarcal, lo religioso, etc. . . es decir, que el concepto de modo de producción abarca, encierra necesariamente todas estas esferas de la vida social . . ." <sup>4</sup>

Por su parte, Terray también hace ver cómo en los modos de producción que precedieron al capitalista, la superestructura es importante. Dice:

"Lo que caracteriza . . . los modos de producción que preceden a la producción capitalista es la presencia, entre los productores, los medios de producción y, llegado el caso, los no productores, de vínculos extraeconómicos, que no solo son la representación política e 'ideológica' de las relaciones de producción, sino que entran en la misma constitución de esas relaciones. Esta presencia es lo que nos permite afirmar la dominación, en esos momentos de producción, de la superestructura política e ideológica".<sup>5</sup>

Ya Marx enuncia cómo en modos de producción precapitalistas algunas de estas esferas pueden desempeñar un papel importante —no determinante— por lo que toca a la estructura; así lo vemos cuando responde en *El capital* a las críticas que

<sup>4</sup> Silva, *op. cit.*, pág. 129.

<sup>5</sup> Terray, Emmanuel. *El marxismo ante las sociedades primitivas*, Ed. Losada, Buenos Aires, 1971, pág. 144.

le hacen de su *Contribución a la crítica de la economía política*:

“Este periódico decía que mi tesis según la cual el régimen de producción vigente en una época dada y las relaciones de producción propias de este régimen, en una palabra, la estructura económica de la sociedad, es la base real sobre la que se alza la superestructura jurídica y política a la que corresponden determinadas formas de conciencia social’, y de que ‘el régimen de producción de la vida social, política y espiritual’, era indudablemente exacta respecto al mundo moderno, en que predominan los intereses materiales; pero no podía ser aplicada a la Edad Media, en que reinaba el catolicismo, ni a Atenas y Roma donde imperaba la política... Es indudable que ni la Edad Media pudo vivir del catolicismo ni el mundo antiguo de la política. Lejos de ello, lo que explica por qué en una era fundamental la política, y en la otra el catolicismo, es precisamente el modo como una y otra se ganaban la vida... Ya Don Quijote pagó caro el error de creer que la caballería andante era una institución compatible con todas las formas económicas de la sociedad”.<sup>6</sup>

Para nosotros, la superestructura toma su verdadera dimensión e importancia como parte dinámica que, a su vez, está actuando dentro de la estructura; y en el proceso histórico que estamos analizando, su papel fue

básico para la cohesión del grupo y la reproducción del Estado.

Volviendo al caso de Mesoamérica, y más concretamente, al centro de México, nos preguntamos: ¿con qué información contamos por el momento?, ¿es posible llegar con esa información a comprender las diversas formaciones económico-sociales y los modos de producción presentes? Con la información existente podemos, por el momento, presentar un panorama general del proceso de desarrollo que nos permita plantear hipótesis específicas a fin de solucionar problemas concretos que sirvan de punto de partida para investigaciones arqueológicas por realizar, las que deben estar dirigidas a resolver esos problemas concretos que nos ayudarán a conocer y a aproximarnos a la realidad. Cabe aquí citar las palabras de Mercedes Olivera, en su trabajo comprendido en el volumen *Estratificación social en la Mesoamérica prehispánica*, en el que dice:

“A pesar de los adelantos de la investigación de las instituciones prehispánicas, el conocimiento total de la sociedad global en la época prehispánica es una empresa casi imposible de lograr por ahora; es necesario ir trabajando poco a poco sobre cada lugar hasta llegar a completar un mosaico coherente. La intención de este trabajo es solo plantear algunos elementos concretos que nos ayuden a acercarnos cada vez

<sup>6</sup> Marx, *El capital*, tomo I, México, FCE, 1973, pág. 46.

más al conocimiento de esa realidad total".<sup>7</sup>

A continuación, vamos a presentar ese panorama general del cual se van a derivar conclusiones preliminares sujetas a revisión que nos servirán, en subsecuentes estudios, para el planteamiento de hipótesis de trabajos concretos.

## II

Establecido lo anterior, pasaremos a señalar algunos aspectos generales sobre el proceso de cambio en el centro de México. Así, vemos que existe un cambio fundamental dentro del proceso que podríamos caracterizar como el cambio de sociedades aldeanas no clasistas por sociedades con clases o estamentos\*, en donde el estamento superior va a tener el control general, creándose relaciones de explotación entre el Estado y las comunidades\*\*, en donde el primero surge co-

mo elemento coercitivo de control, apoyado en una serie de aparatos ideológicos y represivos que tenderán a darle cohesión y a tratar de lograr la reproducción del mismo.

Podemos situar tentativamente la presencia del Estado en su forma incipiente y de un nuevo modo de producción dominante en Mesoamérica, desde la formación olmeca. Como referencia, podríamos decir, en términos tradicionales, que para el centro de México esto ocurre desde el llamado preclásico medio-superior, en que, poco a poco, se irá conformando el nuevo modo de producción dominante, el cual se concibe no de manera estática, sino que pasará por diferentes fases internas de desarrollo, hasta llegar al momento de la formación mexicana, en donde, o bien estaríamos en una fase superior del modo de producción dominante, o bien en lo que podría considerarse como la transición a otro modo de producción. Con la conquista europea, este proceso se verá interrumpido.

Es decir, que no creemos que haya existido en todo ese proceso un cambio fundamental, cualitativo, comparable, por ejemplo, al cambio ocurrido de las formaciones aldeanas a las sociedades divididas en estamentos.

<sup>7</sup> Olivera, Mercedes. En *La estratificación social en la Mesoamérica prehispánica*, México, Col. SEP., INAH. 1976, pág. 183.

\* Usamos el concepto *estamento* como sinónimo de *clase social*, aplicado a sociedades precapitalistas. (Bartra, Roger. "Breve diccionario de Filosofía marxista", México, Ed. Grijalbo, 1973).

\*\* Ver a Marx, Karl. *Formaciones económicas precapitalistas*. Ed. Platina, Bue-

nos Aires, 1966. También puede revisarse Godeller, Maurice, *Teoría marxista de las sociedades precapitalistas*, Barcelona. Ed. Estela, 1971.

Ya con anterioridad habíamos esbozado esta idea, cuando nos referíamos al paso de sociedades igualitarias a sociedades estratificadas en la misma área que venimos estudiando:

“Aquí surge un nuevo modo de producción que estará presente hasta el momento de la conquista española, y que por sus características puede considerarse dentro del modo de producción asiático o tributario. Solo habrá cambio de tipo superestructural... Este cambio superestructural se caracteriza por la presencia más marcada de un militarismo... Sin embargo, creemos que todo ello bajo un mismo modo de producción y con variantes específicas de cada formación social”.<sup>8</sup>

Esta aseveración de que hay cambios superestructurales sin que la estructura económica se haya modificado, tenemos que entenderla en tanto que no sea toda la superestructura la que cambia, sino un aspecto de la misma, especialmente dentro de lo político o lucha por el poder. Así, tenemos que, tanto Marx como Gramsci, se refieren a ella. El primero lo hace cuando estudia algunas comunidades de la India y hace referencia a las sociedades asiáticas:

<sup>8</sup> Matos Moctezuma, Eduardo. “Proyecto Tula: objetivos y métodos”, en *Proyecto Tula*, México. Col. Científica 33, INAH., 1976, pág. 12.

“...Nos da la clave para explicarnos ese misterio de la inmutabilidad de las sociedades asiáticas, que contrasta de un modo tan sorprendente con la constante disolución y transformación de los estados de Asia y con su incesante cambio de dinastías. A la estructura de los elementos económicos básicos de las sociedades, no llegan las tormentas amasadas en la región de las nubes políticas”.<sup>9</sup>

El segundo autor es muy claro y conciso:

“La pretensión (presentada como postulado esencial del materialismo histórico) de exponer cada fluctuación de la política y de la ideología, como una expresión inmediata de la estructura, debe ser combatida teóricamente como un infantilismo primitivo...”.<sup>10</sup>

Continuando con nuestro tema, diremos que, con anterioridad, algunos investigadores habían planteado como un todo este momento. Tal es el caso, por ejemplo, de Armillas, quien en 1957, al presentar su periodificación para el continente americano, nos habla de las civilizaciones mesoamericanas y andina con un desarrollo progre-

<sup>9</sup> Marx, *El capital*, tomo I, México, FCE, 1973, pág. 292.

<sup>10</sup> Gramsci, Antonio. *El materialismo histórico y la filosofía de B. Croce*, México. Juan Pablos ed., pág. 101.

sivo con crisis y regresiones.<sup>11</sup> También está el caso de Willey, quien ve el cambio de agricultores que viven en aldeas a grupos que viven en ciudades. Así, su período urbano se caracteriza incluyendo clásico y postclásico:

“Para dicho autor, la transición entre estos períodos no llega más allá que a la de una concurrencia importante de un fenómeno que no es de ninguna manera primordial, desde el punto de vista de la historia de la cultura, a nivel general”.<sup>12</sup>

Si lo vemos desde un punto de vista parcial, estilístico, por ejemplo, desde luego que sí hay cambios, ya que las manifestaciones artísticas teotihuacanas, toltecas y mexicas, por citar solo algunas, presentan sus propios rasgos. Lo mismo ocurre si vemos otros elementos, como el patrón de asentamiento y el incremento del militarismo; pero creemos que no ocurre así si analizamos la *estructura* económica de esas formaciones.

Por lo demás, la división del llamado clásico y postclásico se ha basado en elementos estilísticos principal-

mente, si bien es cierto que varios investigadores han tratado de incluir otros aspectos que consideran de mayor importancia. Ahora bien, los términos mismos de clásico y postclásico se han prestado a confusión, como es el caso del área poblano-tlaxcalteca, en donde, en un momento, se llegó a plantear, que, con el apogeo de Teotihuacán y Cholula, es decir, del “clásico” tradicional, aquella región se encuentra en un “postclásico”, o sea, que ha ocurrido una “involución”\*, como dice García Cook.<sup>13</sup> Para nosotros, son las características del modo de producción que está provocando control de áreas, por una parte, y crecimiento interno, por otra, lo que trae aparejado un fenómeno de ruralización. Aquí volvemos al problema de la totalidad. He aquí un claro ejemplo que surge al tratar de ver los procesos regionales aislados y sin conexión con el proceso mayor. Si lo vemos regionalmente, no habrá explicación posible. Solo se podrá

<sup>11</sup> Armillas, Pedro. *Cronología y periodificación de la historia de América precolombina*, suplemento de *Tlatoani*, México. SAENAH, 1957.

<sup>12</sup> Citado por Litvak, Jaime. “En torno al problema de la definición de Mesoamérica”, en *Anales de Antropología*, México, UNAM, vol. XII, 1975.

\* Queremos señalar que el término *involución* es una aberración y carece de contenido ya que todo tipo de cambio está incluido dentro de un proceso general de desarrollo.

<sup>13</sup> García Cook, Angel. *El desarrollo cultural en el norte del valle poblano: inferencias.*, México, Departamento de Monumentos Prehispánicos, INAH., Núm. 1, 1976.

entender el problema visto en su totalidad\*.

Vamos a presentar dos aspectos que creemos vienen a reforzar lo que hemos venido planteando. El primero es el caso de la *caída* de Teotihuacán, ya que a partir de ese momento, conforme al modo de periodificación tradicional, se considera un cambio en el centro de México.

Si bien es cierto que este acontecimiento tuvo repercusiones importantes, una de ellas la lucha de diversos centros por obtener el control del altiplano, también es cierto que esa "caída" no fue una catástrofe, y que desde ella cambió todo lo establecido. Por una parte, Cholula, uno de los grandes centros rectores, continúa su propio desarrollo y controla una determinada área; igual ocurre con Xochicalco. Otros centros, como Tula y Culhuacan, etc. empiezan a tomar importancia propia y a tratar de expandirse, encontrando no pocas dificultades en su intento. En general, podemos decir que la decadencia de la formación teotihuacana fue un acontecimiento que tuvo por conse-

cuencia principal esa lucha por lograr la hegemonía del centro y de otras áreas, entre nuevos grupos y aquellos que ya estaban establecidos y consolidados. Es decir, que no debe pensarse en forma etnocéntrica y creer que el "mundo clásico" se viene abajo. Recordemos que en la zona maya algo similar ocurrirá 200 años más tarde. Además, es importante señalar la necesidad que hay de estudiar algunos subcentros teotihuacanos para conocer si estos desaparecen a la caída de la urbe, o si, por el contrario, continúan sobreviviendo. Tal es el caso de Tepeapulco, Huapalcalco y Azcapotzalco, para citar solamente algunos.

El segundo aspecto, que pensamos es muy significativo, es que, a medida que nuevos grupos van penetrando en el centro de México, estos se van "*mesoamericanizando*". Con este término queremos decir que estos grupos pasan a incorporarse al modo de producción dominante en calidad de explotados, y, en algunos casos, tratan de poder llegar a ser también explotadores. Varios ejemplos tenemos de lo anterior. Uno de ellos, es el caso de los grupos de que habla la "Historia tolteca-chichimeca"<sup>14</sup>, en el que vemos claramente cómo los toltecas recurren a pedir ayuda a grupos chichimecas más al norte que, según los datos, habitaban en cuevas, visten pieles, viven

\* Para concretar lo anterior, diremos lo que ya habíamos manifestado hace algunos años: "Las diferentes periodificaciones y esquemas de desarrollo que se han venido utilizando son inoperantes la mayor parte de las veces..." Matos Moctezuma, Eduardo, en *Cholula*. México, ed. Nueva Antropología, 1967.

<sup>14</sup> *Historia tolteca chichimeca*, México, INAH-CISINAH, 1976.

de la cacería, e inclusive hablan otra lengua, y se les promete que si ayudan a la conquista de Cholula, se les darán tierras y pasarán a ser señores. Logrado lo anterior, se establecen en el actual Estado de Puebla; pero quedando como tributarios de Cholula bajo el nuevo mando. De esto hablaremos más adelante. Otro ejemplo, podrían ser los chichimecas de Xólotl, que penetran en el valle de México hacia 1200 dñe. En el caso de los mexicas, parece ser que ya estaban "mesoamericanizados", es decir, que tributaban a grupos toltecas antes de su salida de Aztlán, y, al llegar al centro de México, primero están sujetos a otros grupos, los que les imponen tributo, y, poco después, ellos lograrán tener la hegemonía y el control de buena parte de Mesoamérica\*. Dicho en otras palabras, *estos grupos hacen propias las formas existentes, reproduciéndolas a su vez.*

Vamos a presentar a continuación algunas características que consideramos propias de estas formaciones, para lo cual utilizaremos las categorías mencionadas en un principio:

#### a) *Fuerzas productivas*

\* Ver el artículo de Carlos Martínez Marín, "La Cultura de los mexicas durante la migración. Nuevas ideas", en *XXXV Congreso Internacional de Americanistas*, vol. 2, México, 1964.

En general, hay un bajo nivel de las fuerzas productivas, especialmente en lo referente a la tecnología, como dice Bartra al referirse al modo de producción asiático:

"... Hay una mayor utilización de la fuerza productiva, *trabajo humano*, que de la fuerza productiva, *medios de producción*. Encontramos allí una superexplotación de la fuerza de trabajo que compensa la subutilización de las posibilidades tecnológicas".<sup>15</sup>

No obstante de que surgen nuevos instrumentos, podemos decir, en términos generales, que subsisten los de la etapa anterior trabajados con el mismo tipo de materias primas. El metal se utilizará muy tardíamente en la elaboración de adornos, y, en algunos casos, de instrumentos, aunque estos últimos no llegaron ni con mucho a suplantarse a los de piedra o madera. Sin embargo, en la tecnología agrícola sí vemos un avance con la utilización de las chinampas, o sus variantes, posiblemente desde Teotihuacán, si bien se conocen canales de riego desde la fase Tlatempa (1200-800 a.n.e.)<sup>16</sup> para el área poblano-tlaxcalteca y el valle de Tehuacán, por ejemplo. De la utilización de estas técnicas agrícolas tenemos mayor información hacia

<sup>15</sup> Bartra, *op. cit.* pág. 109.

<sup>16</sup> García Cook, *op. cit.*

los siglos XIV, XV y XVI, en el valle de México.<sup>17</sup>

Por otra parte, nos encontramos ante la presencia de diferentes productos elaborados, como textiles, alfarería, instrumentos . . . y también algunas actividades, como la de la construcción, en la que intervienen varios especialistas que están trabajando en diversos aspectos: producción de cal, albañilería, trabajos en madera, etc . . . Es importante investigar hasta qué punto muchas de estas labores las realizan especialistas de tiempo completo, o algunos de ellos se hacen organizados comunalmente\*.

Un aspecto importante será el del control de áreas que contienen materias primas importantes. Tal es el caso de los yacimientos de obsidiana y de áreas con presencia de manantiales con agua corriente todo el año, lo que hemos denominado "áreas verdes", que pensamos fueron fundamentales para el establecimiento de las principales urbes del centro de México, como Teotihuacán y Cholula<sup>18</sup>; áreas

ricas en calizas que se utilizan en la rama de la construcción, como es el caso del área de Tula, en donde vemos una presencia teotihuacana que posiblemente obedece a esto. El control de tierras y del producto de ellas fue quizá uno de los más importantes.

En cuanto a la fuerza de trabajo, empieza a haber un aumento demográfico en las grandes urbes, en donde la fuerza de trabajo se manifiesta plenamente en la construcción de templos y palacios del estamento dirigente, y sistemas agrícolas, calzadas, calles, plazas etc. . . todo lo cual debió de estar controlado por el Estado. Dice Marx, al referirse al modo asiático de producción:

"Las condiciones comunales para la verdadera apropiación por medio del trabajo, como sistemas de irrigación (muy importantes entre los pueblos asiáticos), medios de comunicación, etc., aparecerán entonces como obra de la unidad más alta, el gobierno despótico que se cierne por encima de las comunidades menores, las ciudades propiamente dichas surgen junto a estas aldeas, solo allí donde la ubicación es particularmente favorable para el comercio exterior, o donde el jefe del Estado y sus sátrapas cambian sus ingresos (el producto excedente) por trabajos que invierten como fondo de trabajo".<sup>19</sup>

*Cholula, México, ed. Nueva Antropología, 1967.*

<sup>19</sup> Marx, *Formaciones económicas pre-capitalistas*.

<sup>17</sup> Palerm, Angel.

\* Ver Teresa Rojas: "La organización del trabajo para las obras públicas: el coatequitl y las cuadrillas de trabajadores", ponencia presentada en la V Reunión de historiadores mexicanos y norteamericanos, Pátzcuaro, octubre de 1977.

<sup>18</sup> Matos Moctezuma, Eduardo. "Estudio de la agricultura y su relación con los patrones de asentamiento", en

Junto con el crecimiento demográfico dentro de las urbes, viene aparejado un proceso de ruralización en áreas aledañas, cosa que es evidente, tanto en el valle de México, como en el poblano-tlaxcalteca, especialmente durante el apogeo de Teotihuacán<sup>20</sup> y Cholula.<sup>21</sup>

### b) *Relaciones de producción*

Aquí tenemos cambios muy significativos en relación a la etapa anterior: se crean relaciones de explotación provocadas por la presencia de clases sociales o estamentos dentro de la sociedad. Estas relaciones se van a dar en dos variantes: interna y externa. La primera es aquella en que en el seno mismo de la sociedad los estamentos inferiores tienen que producir y pagar tributo al Estado, y la segunda se caracteriza por la imposición de ese Estado a otra comunidad o estado diferente de un tributo. La primera puede revestir un carácter religioso-administrativo, y la segunda, un ca-

rácter militar. Es aquí donde el Estado toma importancia como forma coercitiva de control y regulador de la sociedad. El Estado se presenta como "unidad superior", y algunas comunidades, como elementos de explotación\*.

Esto nos lleva a encaminar someramente el problema del tributo, para lo cual tenemos buena información a través de los cronistas y de algunas fuentes indígenas. Para ejemplificar sobre esto, vamos a utilizar los datos que nos proporciona Olivera en su trabajo del área Cuauhtinchan-Tepeaca. Esta autora nos informa, basada en documentos de los primeros años de la conquista provenientes de diversos Archivos, de cómo en esta región se

\* Al referirse Marx a sociedades precapitalistas y, en particular, al modo asiático, dice: "Se deduce de aquí que el producto excedente... pertenece a esa unidad más elevada... Este trabajo excedente se efectúa al mismo tiempo como tributo y como trabajo común para la gloria de la unidad, en parte para la del déspota, en parte para la de la entidad tribal imaginaria del Dios" (Marx, 1966). Por su parte, Godelier dice, al tratar sobre esto: "Sin embargo, se ha verificado un cambio esencial. El 'sobreproducto' que antes volvía directamente a la comunidad... va ahora... a la comunidad superior, que se apropia de una parte", Godelier, *op. cit.*, pág. 67.

<sup>20</sup> Parsons, Jeffrey. *Prehistoric Settlement patterns in the Texcoco region, México*, Memoirs of the Museum University of Michigan, Ann Arbor, E.U.A., 1971.

<sup>21</sup> Abascal, Rafael y otros. "La arqueología del suroeste de Tlaxcala", suplemento de *Comunicaciones*, Fundación Alemana para la Investigación Científica, México, 1976.

puede ver un sistema tributario que presenta dos etapas: la primera, del siglo XII a finales del XIV, como tributarios de Cholula, y la segunda, desde el siglo XV hasta la conquista española bajo el poder de Tenochtitlan. Del primer caso nos dice la autora:

“... las contradicciones fundamentales se daban en las relaciones de producción, es decir, entre los pillis dueños de las tierras y los mecehuales que con su fuerza de trabajo las cultivaban...”<sup>22</sup>

Más adelante, nos dice:

“... la relación entre la clase campesina y la aristocracia... se expresaba a través del tributo (sobre-producto permanente surgido del trabajo campesino) que tenían que entregar periódicamente los mecehuales a los pillis. Este consistía en productos agrícolas (maíz, frijol, cacao, etc.); animales (totoles); objetos artesanales (mantas, enaguas, huipiles, petates, etc.); trabajo agrícola, de construcción y doméstico en las tierras y casas de los señores, y servicios de guerra”.<sup>23</sup>

La segunda época bajo el control de Tenochtitlan revistió un carácter administrativo diferente que afectó la organización de las comunidades campesinas. Los mexicas dividieron la región de Cuauhtinchan en cinco

provincias, destruyendo así los señoríos chichimecas, y poniendo límites territoriales sin respetar la filiación étnica, además de regionalizar el tributo. Así leemos:

“La imposición de un tributo fijo e inaplazable a los habitantes de la región, junto con la sujeción al hueytlatoani mexica, impuso la necesidad de producir permanentemente un plusproducto que favoreció quizá la especialización de los individuos y de los pueblos, pues encontramos, por ejemplo, que algunos poblados mixtecos-popolocas de la región pagaban a los mexicas sus tributos en esteras, y quizá algunos pedreros de Tecali lo pagaran con piedras labradas”.<sup>24</sup>

En las dos épocas mencionadas, el señor local recibe el tributo para sí y también el que ha de enviar al Estado al que está sujeto. Es decir, se crea todo un sistema interno de control tributario que está determinando el papel que desempeña la comunidad respecto del pilli, el cual está revestido del poder que le delega el Estado en turno.

Ahora bien, volviendo a las grandes urbes en que se asienta el poder estatal, tenemos la presencia de una división del trabajo en la que los especialistas cubren diferentes ramas: por un lado, el estamento dirigente con sacerdotes, funcionarios y jefes militares, y por la otra, artesanos especializados en

<sup>22</sup> Olivera, *op. cit.*

<sup>23</sup> Olivera, *op. cit.*

<sup>24</sup> Olivera, *op. cit.*

ramas como alfarería, lítica, producción textil, albañilería, etc. . . y en el peldaño inferior, el campesino. En el caso de algunas comunidades aldeanas, la producción de determinados objetos no debió de realizarse por especialistas de tiempo completo, sino que se hacía a nivel familiar, distribuyendo el tiempo entre la producción agrícola y la artesanal.

Un lugar importante debió tener el intercambio comercial entre diferentes regiones, aunque valdría la pena analizar hasta qué punto los productos que se intercambian son suntuarios y para uso de una clase, o también implican materias primas fundamentales. En los centros rectores sabemos de la presencia de mercados donde se podía intercambiar productos. Tal es el caso de Teotihuacán, y más tarde, Tlatelolco-Tenochtitlan. En el caso del primero, es significativo el establecimiento de lo que se ha llamado "barrio oaxaqueño", posiblemente con esos fines.<sup>25</sup> En el caso de Tula, hemos planteado la existencia del mercado posiblemente en el llamado "Palacio Quemado", el que, desde luego, no funcionaba como palacio, o en la parte posterior del edificio de los atlantes, entre el juego de pelota Núm. 1 y este edificio.<sup>26</sup>

Queda aún por hacer referencia a un aspecto que es sumamente importante: el de la propiedad. Para esto, es necesario aclarar que la arqueología difícilmente puede proporcionarnos este tipo de información, si bien es cierto que el contexto general podría permitir inferir sobre el particular, especialmente referido al problema del tributo, es decir, a manos de quien va a parar el sobretrabajo del estamento inferior y de las comunidades.

### c) *Superestructura*

En las páginas anteriores, hemos hablado del Estado, por lo que, antes de continuar, queremos precisar que al Estado lo entendemos desde el momento que hay un estamento que está aprovechando para sí el sobretrabajo de otros, y que necesita crear toda una serie de aparatos ideológicos y represivos de control que le permita mantener esa situación. Dicho en otras palabras, en el momento que se presentan relaciones de explotación, el estamento explotador va a reforzar toda la superestructura para mantener ese estado de cosas. De esta manera, el *Estado está constituido por el estamento dirigente y los medios de que se vale para su reproducción (aparatos ideológicos y represivos)*.

Vamos a ver a continuación un poco más detenidamente dos de estos aparatos de Estado que son importantes: la religión y el militarismo.

<sup>25</sup> Millón, René. *Urbanization at Teotihuacan, México*, vol. L. University of Texas, Press, U.S.A.

<sup>26</sup> Matos Moctezuma, Eduardo. *Tula*, México, 1976.

Mucho se ha hablado de sociedades teocráticas primero y militaristas después. Nosotros pensamos que no se deben entender estos términos de manera absoluta, ya que actualmente se robustece más la idea de que ambos aspectos están íntimamente ligados y se fueron desarrollando conjuntamente. Podemos decir, siguiendo a Althusser,<sup>27</sup> que en Teotihuacán, y aún antes (Cuicuilco, Tlapacoya, etc.), el aparato ideológico religioso tiene preponderancia sobre el represivo militar, y posteriormente, el militar será preponderante sobre los otros; aunque en el proceso en general todos estos aparatos están actuando para el mismo fin. Para el caso de Teotihuacán, considerada por algunos autores como sociedad *teocrática*, y no militarista, en realidad tenemos que existe toda una serie de evidencias que permiten pensar de manera diferente. Ya Millón ha estudiado este aspecto y encuentra elementos significativos; entre otros, restos de muros en la parte norte de la ciudad<sup>28</sup>; producción de puntas de proyectil en villas que dependen de Teotihuacán, como dice Sanders de su excavación en el sitio TC-8:

“Un resultado sorprendente de la excavación, desde el punto de vista de la usual

pintura figurativa de la sociedad clásica mesoamericana, fue la clara indicación de un significativo aspecto militarista de la vida de la aldea. Puntas de proyectil en obsidiana eran comunes y funcionaban probablemente como puntas de lanza”<sup>29</sup>

Además tenemos comunidades que tratan de defenderse de la expansión teotihuacana o de Cholula. . . Este fenómeno es claramente perceptible en el área poblano-tlaxcalteca, en la fase Tenanyecac (100-650 dne), en donde existen varios sitios que “luchan por permanecer independientes”, es decir, que no buscan expandirse, sino defenderse de no ser tributarios de los grandes centros mencionados.<sup>30</sup>

Por lo anterior, mucho dudamos de esa “Pax teotihuacana”, de sacerdotes que a través del culto a sus dioses convencen desde un punto de vista religioso. Cosa muy diferente es que las contradicciones internas de estas funciones, unidas al control de tierras y sus productos, o de otras materias primas, haya ido, poco a poco, acentuando esa actitud militarista; pero, como decíamos, muy unido al aspecto religioso. En Tenochtitlan es evidente la importancia del guerrero en la sociedad: es un medio de adquirir tierras, de lograr *status*

<sup>27</sup> Althusser, Louis. *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*. México, Comité de publicaciones de la ENAH, 1975.

<sup>28</sup> Millón, *op. cit.*

<sup>29</sup> Sanders, William T. “Life in a Classic Village”, en *Teotihuacán*, onceava mesa redonda, Sociedad Mexicana de Antropología, México, 1966.

<sup>30</sup> García Cook, *op. cit.*

y de trascender después de muerto. La religión está actuando definitivamente\*.

Hay otros aspectos superestructurales que también están al servicio del Estado. El arte, en todas sus manifestaciones, está ayudando a transmitir toda serie de conceptos religiosos y de otro tipo, pero desde el punto de vista del estamento dirigente. Los logros en diferentes ramas del conocimiento son también monopolio de ese estamento, dirigidos a reforzar una jerarquización social.

### *Conclusiones preliminares*

Consideramos que las notas anteriores presentan, en lo general, dos aspectos fundamentales: por un lado, estudian las funciones prehispánicas desde la perspectiva del materialismo histórico, lo que implica revisar algunos conceptos del marxismo a la luz de nuevos aportes que, hoy por hoy, se dan, tanto fuera del ámbito de algunos países socialistas, como en su interior, aunque hay corrientes en las que tal pareciera que ya todo

está dicho y solo falta aplicarlo (dogmatismo). Por otro lado, lo anterior conlleva una crítica de las posiciones listancistas tradicionales que conciben a la historia como la "sucesión de sucesos sucedidos sucesivamente", es decir, las periodificaciones cuyo contenido no deja de ser un cúmulo de rasgos anárquicamente aglomerados, en donde no se establece una jerarquización de la información y en donde predominan los "hechos" y los elementos parciales de los que en algunos casos, se trata de partir para "comprender" el México prehispánico.

En el presente caso, hemos esbozado, a grandes rasgos, algunos planteamientos que creemos importantes en relación al proceso de desarrollo en el centro de México. Partimos de una teoría general y aplicamos algunas categorías que nos son necesarias, pero ahora falta lo más difícil: la comprobación o no de lo que estamos planteando. Para ello, es necesario acudir a la práctica —he aquí un reto a los arqueólogos marxistas— para la aplicación dentro de su disciplina de problemas concretos que permitan corroborar —o desechar— esos problemas. En su trabajo sobre "Etnohistoria y marxismo: una región periférica del imperio azteca" Pierre Beaveage señala que:

\* La manera en que está actuando la superestructura dentro de la estructura económica, en este tipo de formaciones, será motivo de un estudio posterior.

"Es el estudio etnológico profundo de las formas contemporáneas de estas sociedades el que proporcionará a la

etnohistoria su instrumento de análisis"<sup>3 1</sup>

Ahora bien, en el caso de la arqueología, se deben implementar los elementos que nos permitan, a través de los indicadores arqueológicos, llegar a la obtención de los datos indispensables para estar en posibilidad de responder a los planteamientos presentados.

En el trabajo, hemos hecho referencia a alguno de ellos, si bien es necesario precisarlos más y presentar los proyectos de investigación específicos, en donde algunos problemas deben ser tenidos en cuenta; como, por ejemplo:

- La producción, a nivel comunal, de la artesanía y la agricultura (excavaciones de casas campesinas y supuestos talleres).
- Estudio de subcentros (función del subcentro, grado de dependencia del centro rector, continuación de actividades después de la "caída" del centro, etc . . .)

Vamos a resumir a continuación lo que consideramos más importante de lo ya mencionado, con el fin de precisarlo mejor, ya que servirán de base para el posterior planteamiento de una hipótesis de trabajo general:

<sup>3 1</sup> Beaucage, Pierre, "Etnohistoria y marxismo: una región periférica del imperio azteca", en *Nueva Antropología*, Núm. 4, ENAH., 1976.

1. La parte medular del trabajo establece la posible presencia de un modo de producción tributario dominante, caracterizado por la existencia de clases o estamentos, uno de los cuales ostenta el control general, creándose relaciones de explotación a través del Estado, el cual está constituido por el estamento dirigente y los medios de que se vale para su reproducción (aparatos ideológicos y represivos). La contradicción fundamental será entre el Estado y las comunidades a través del tributo.

2. El tributo puede revestir dos formas: interna y externa. La primera, es el tributo aplicado a su propio estamento inferior, y el segundo, será el tributo aplicado a otras comunidades.

3. Este modo de producción aparecerá desde el momento en que un estamento aprovecha para sí el trabajo de otros (relaciones de explotación), lo que ocurre tentativamente desde la formación olmeca y del llamado preclásico superior, y pasará por diferentes fases internas de desarrollo hasta el momento de la llegada de los europeos, en que el proceso se verá interrumpido.

4. Los grupos que llegan al centro de México son incorporados al modo de producción dominante como explotados (tributarios), es decir, se *mesoamericanizan*.

5. Los cambios que se dan en ese lapso serán dentro de la superestructura (lucha de poder entre grupos del estamento dirigente). Entre los mexicas, vemos que la presencia del comerciante, junto con aspectos de propiedad de tierras, pueden ser indicadores de una fase del modo de producción, o de una transición a otro modo diferente.
6. Para terminar, queremos dejar enunciado otro problema: Mesoamérica. Este concepto ha sido aceptado, en general, y para nosotros presenta una gran importancia, porque nos permite plantear en un momento dado si ese modo de producción tributario dominante que estamos tratando de precisar se puede generalizar a todo Mesoamérica. Vale la pena mencionar que los intentos de darle profundidad cronológica (arqueológica) al concepto, están de acuerdo, en términos generales, en que se podría hablar de Mesoamérica desde el llamado preclásico superior. Es decir, que hay una relación entre Mesoamérica-modo de producción. Esto nos lleva a considerar que la categoría Mesoamérica debe tener un contenido específico que, visto con la cautela necesaria, no puede ser otro que el de un cambio que comienza con la presencia de un modo de producción diferente del aldeano, en el que vemos la existencia de clases o estamentos, uno de los cuales va a concentrar en sí, a través del Estado, el control de la propia comunidad y de otros estados y comunidades, apoyado en toda una serie de aparatos ideológicos y represivos.

# Arqueología: ¿para quién?

Rebeca Panameño\*  
Enrique Nalda

---

En arqueología se está dando el segundo asalto al diletantismo. El primero fue cuando el interés por el arte se opuso a la necesidad de ampliar el objeto de estudio y, posteriormente, cuando al incorporar aportaciones de las ciencias sociales al estudio de sus materiales, algunos arqueólogos ingenuos llegaron a creer, que ahora sí, se estaba haciendo ciencia. El segundo asalto, el actual, pone en tela de juicio la relevancia social de la arqueología. En países dependientes, como México, el tema es viejo y hábilmente esquivado por muchos de sus arqueólogos a través de la definición de la arqueología por lo que hacen. En los Estados Unidos la preocupación por esa relevancia social se presenta con intensidad particular a raíz de la guerra de Vietnam, aunque no llega realmente a in-

vadir la arqueología, sino hasta la década de los '70 (mayormente muy cerca de la presentación de Fritz y Plog)<sup>1</sup>, y esto, dentro de un ambiente de indiferencia e incluso de abierto rechazo. Flannery, por ejemplo, en su discusión del supuesto cisma que se da en la "arqueología procesual", escribe, a propósito de una de las tendencias (la suya, i. e., la investigación que empieza por utilizar modelos con retroalimentación y causalidad mutua y multivariable): "En términos de ética, científica estos arqueólogos no se encuentran especialmente preocupados por 'hacer relevante a la arqueología', pues sienten que todavía estamos en una posición débil para

\* Profesores de la Escuela Nacional de Antropología e Historia de México.

<sup>1</sup> Fritz, John y Fred T. Plog, "The Nature of Archaeological Exploration", *American Antiquity*, Núm. 35, págs. 405-412, en Charles L. Redman Ed., 1970.

conocer lo que será relevante en el año 2000. No están convencidos de que la nueva arqueología hará desaparecer las barridas, aunque admiten que sí evita que jóvenes arqueólogos vagabundeen. Sin embargo, el trabajar cosas que solo parecen relevantes, en 1971, podría esquivar experimentación útil cuya relevancia no reconocemos en la actualidad".<sup>2</sup>

Aquí, quisiéramos discutir uno de los argumentos que más se han manejado sobre la cuestión de la articulación de la arqueología con la realidad que vive el arqueólogo: el argumento de que a mayor interés en dar relevancia social a una investigación arqueológica, mayor se hace la distancia con respecto a una producción científica; en particular, la objetividad se pierde al orientar la investigación por el camino de una práctica política. El argumento no solamente está suscrito por aquellos que desean liberar a la arqueología de toda aplicación social inmediata, sino también por la mayor parte de aquellos que opinan lo contrario. Y esto, es consecuencia de que ambos bandos conciben la posibilidad de una "ciencia pura", sin distorsiones, construida primero con "hechos". Para que los "hechos" se presenten como tales, es necesaria la imparcialidad como base de investigación y la

ausencia de juicios en la exposición; de otra forma, la producción contendrá una distorsión ("bías"). Ford, por ejemplo, concibe un continuo: "En un extremo está un deseo de revelar el registro arqueológico con tanta objetividad como lo permite la ciencia. A la mitad de la escala, está una arqueología nacionalista comprometida con la investigación de pasados eventos en un país, o en detallar el pasado arqueológico de un grupo étnico particular... En el otro extremo... la arqueología política intenta encontrar o fingir evidencia sobre un punto de vista particular y, más frecuentemente, sobre un punto de vista que había sido rechazado previamente. O, simplemente, puede ignorar aquellos aspectos del registro arqueológico que contradigan mitos nacionales".<sup>3</sup> Vale mencionar aquí, que esto lo dice, curiosamente, un defensor de la búsqueda de aplicaciones concretas a la arqueología y de la idea de que "La quimera de la ciencia pura impide que muchos se den cuenta de que la investigación esté siempre estructurada por fuerzas que se encuentran fuera del control del arqueólogo".

<sup>2</sup> Flannery, Kent V., "Archaeology with a capital 'S'", *Research and Theory in Current Archaeology*, John Wiley and Sons., New York, 1973, pág. 52.

<sup>3</sup> Ford, Richard I., "Archaeology serving Humanity" en Charles L. Redman, Ed., *Research and Theory in Current Archaeology*, John Wiley and Sons, New York, 1973, pág. 85.

<sup>4</sup> *Ibid*, pág. 93.

La tesis que queremos defender en este ensayo es que no existe trabajo arqueológico sin una vinculación con la realidad que vive el arqueólogo; que esa vinculación es política (tiene como referencia al Estado), y que, por consiguiente, la necesidad de la ausencia de una posición política para alcanzar científicidad, es un mito.

No queremos orientar nuestra demostración por el camino de una crítica del empirismo (la demostración de que los hechos no son "dados", sino que son "producidos" desde una práctica, teórica o ideológica); en su lugar, deseamos exponer varios trabajos arqueológicos que hemos seleccionado por su representatividad de lo que aparentemente serían productos distorsionados y científicos.

Nuestra primera referencia es a la serie de trabajos que se presentaron, mayormente en el siglo XIX, sobre los "constructores de túmulos" (*moundbuilders*) del este americano. El problema fue, en todos los casos: ¿quienes fueron los responsables de esas construcciones que delataban una importante capacidad de realización y un cierto nivel tecnológico? Se trataba, obviamente, de pobladores anteriores a la llegada de los colonizadores. Si no se iba más allá en la investigación, se producía un efecto en favor de la independencia de la colonia (la historia y filiación del colono se desplazaba hacia el nuevo territorio), y, asimismo, un efecto en favor de la integración de los diversos grupos étnicos que constituían la colonización

(a través de la idea de un sustrato común: en alguna forma se compartía un pasado). Se podía, sin embargo, ir más lejos y preguntar: ¿y quienes fueron, específicamente, esos pobladores? La respuesta podía favorecer a uno de los grupos colonizadores (lo cual iba en contra de la integración de esos sectores) o, lo que era peor para los colonizadores, podía favorecer a los grupos indígenas del momento del contacto. Esto era especialmente peligroso en el momento de la expansión, posible, entre otras cosas, empleando el recurso de negar toda prioridad a los indígenas americanos. La única salida parecía ser la declaración de que esos antiguos pobladores habían desaparecido en el pasado remoto, y que los indígenas del momento del contacto no eran los descendientes de los constructores de túmulos o, si lo eran, habían sufrido una degradación. Y, en efecto, para finales del siglo XVIII, la versión es la de la existencia de un importante pasado en el territorio colonizado; esto es, la fecha en que se consumó la independencia americana. En el siglo XIX, del empuje sobre territorios indígenas previamente no afectados, es la de la degradación.

Es claro que todo lo que se ha escrito en esas épocas sobre los constructores de túmulos es ficción. Nadie deja de reconocer su articulación con la problemática al hacerse la investigación. La pregunta, sin embargo, es esta: ¿creyeron aquellos investigadores que estaban elaborando ficciones,

o creyeron que sus trabajos constituirían producciones científicas? Y, ¿qué creyó el público al cual se dirigían las publicaciones? A finales del siglo XVIII, Franklin\* rechazó la posibilidad de que los túmulos tuviesen relación con la población indígena existente. Esto lo hizo, a pesar de que De Soto, en el siglo XVI, había observado la construcción y uso de túmulos por esos indígenas (y no solamente eso, sino que llegó incluso a sugerir la posibilidad de que el mismo De Soto los hubiese construido). Lo que produjo Franklin fue una versión compatible con la ideología de entonces: la ideología que reforzaba el desarrollo del colonialismo. No podía pensar en que su versión careciese de científicidad; desde el principio, se basaba en un postulado para él evidente: la desigualdad de las razas. Su versión era objetiva en la medida que confirmaba y resultaba de ese postulado. El público la aceptó, no solo porque ellos compartían en gran

medida esa ideología, sino, adicionalmente, porque estaba respaldada por el prestigio de Franklin.

Más adelante, en 1839, un antropólogo físico, S.G. Morton, en un estudio comparativo entre cráneos de entierros en túmulos y cráneos indígenas en tumbas recientes, concluye que existe una sola raza en la muestra. El descubrimiento, sin embargo, tuvo que ser retocado: Morton, con apoyo en consideraciones de tipo cultural, añadió que esa raza única comprendía dos familias: una, tolteca; la otra, bárbara; y así se mantenía la división entre constructores de túmulos e indígenas del momento. Se había echado mano de información de importancia secundaria, no relacionada con la craneometría, para producir una distorsión compatible con la ideología de la época o, si se quiere, "con el sentimiento generalizado de esos días".<sup>7</sup>

Ese mismo año, W. H. Harrison (más tarde presidente de los Estados Unidos), produjo un trabajo sobre las antigüedades del valle del Ohio, en el cual mantenía, también, la tesis de que los constructores de los túmulos pertenecieron a una raza desaparecida. Seis años antes, el público interesado en el tema había devorado el libro de J. Priest (22000 copias vendidas en treinta meses), donde se anticipaba una serie de proposiciones inverosímiles, al mismo tiempo que se reforzaba

\* Las diferentes tesis avanzadas sobre la cuestión de los constructores de túmulos se encuentran en: Silverberg<sup>5</sup> y Willey<sup>6</sup>.

<sup>5</sup> Silverberg, Robert, *Mound Builders of Ancient America; the archaeology of a Myth*, Greenwich, New York, 1968.

<sup>6</sup> Willey, Gordon y Jeremy A. Sabloff, *A History of American Archaeology*, Thames and Hudson, Ltd. London, 1974.

<sup>7</sup> *Ibid*, pág. 34.

la tesis de la raza perdida. Ciencia, personalidad y "opinión pública", todos comprometidos en la misma línea.

Se trata de dos momentos del mismo problema que hacen evidente un conjunto de cuestiones: 1) los "datos" no son neutros; 2) los "datos" se inventan o se ocultan en un proceso inconsciente; 3) la producción "científica" está contenida dentro de los límites impuestos por un sistema de relaciones; 4) la ausencia de cientificidad frecuentemente es enmascarada por la presencia de una personalidad (científica o política) que opera como aval de rigurosidad en la investigación.

Se podría argumentar que el ejemplo de los constructores de túmulos solo contiene pseudoexplicaciones (proposiciones precientíficas), que trata de producciones de "primitivos antepasados", hoy en día inconcebibles. A los que sustenten esa posición, quisiéramos referirlos al caso del debate arqueológico sobre el pasado de Zimbabwe (Rhodesia), en donde se oponen invasores y antepasados directos de la población negra actual en la cuestión de quienes fueron los realizadores de los monumentos arqueológicos de ese país (aquí, con el matiz adicional de que quienes sustenten el punto de vista contrario a la versión oficial, racista, corren el peligro de ser expulsados del país, como ya ha sucedido).

Se podría, también, argumentar que los excesos cometidos en los Estados Unidos, a propósito de los constructores de túmulos, se deben, en gran me-

da, a la ausencia, en esa ocasión, de una tradición científica, de modelos de investigación, etc., pero que esos excesos no se dieron en la arqueología europea. A los que sustenten esa posición, quisiéramos referirles la serie de trabajos de complementariedad de la arqueología y la Geología en el intento por romper con el discurso bíblico. No llegarán, en efecto, a observar los mismos "excesos"; pero sí observarán la misma articulación. La imagen de la cientificidad no puede ser más clara en el caso de la arqueología europea: ciencia contra mito. Contemporáneos de Morton y Harrison, son Boucher de Perthes y Lyell. Una sola aclaración: el análisis de esos trabajos desborda el espacio del enfrentamiento entre ciencia y mito; requiere la consideración de la época histórica en que se producen. Es el momento de cambio de dominancia a nivel ideológico: la escuela por la iglesia<sup>8</sup>; es el momento de la lucha política entre fuerzas apoyadas en la producción del campo y fuerzas apoyadas en la producción industrial. Por ese camino se concluirá que la articulación de esa actividad arqueológica se halla en las necesidades impuestas por el desarrollo del capitalismo.

Se podría, finalmente, argumentar que hoy existe una diferente concep-

<sup>8</sup> Althusser, L. "Ideología y Aparatos Ideológicos de Estado", *La Pensée*, Revista del Racionalismo Moderno, núm. 151, 1970.

ción de la realidad social y, sobre todo, un método que garantiza la producción científica. En términos de la arqueología "más avanzada", se diría que la diferencia está en el desarrollo de los conceptos de "proceso", "sistema" y, principalmente en la posibilidad de aplicar la lógica de la ciencia.

Aquí deseamos dejar de lado la cuestión de cómo se establece un sistema (objeto de estudio) y la cuestión del método (que no es, en última instancia, otra cosa que un recurso ideológico frente a la imposibilidad de producir explicaciones). En su lugar, queremos discutir la forma de articulación política que se da en trabajos de esa "arqueología avanzada", para la cual no se sospechan distorsiones. Para este propósito, escogemos un trabajo de Flannery<sup>9</sup> sobre "la evolución cultural de las civilizaciones".

Lo que intenta Flannery en este trabajo es la producción de una teoría sobre el surgimiento y desarrollo del estado. Dentro de un modelo de complejidad progresivamente mayor, Flannery señala tres niveles: a) procesos de segregación y centralización\*; b) mecanismos a través de los cuales

esos llegan a materializarse, dos de los cuales son los mecanismos de promoción y linearización\*\*; c) las tensiones socio-ambientales que hacen posible la operación de esos mecanismos. "Sugiero que los mecanismos y procesos son universales, no solo en la sociedad humana, sino, en general, en la evolución de sistemas complejos. Las tensiones socio-ambientales no son necesariamente universales; pueden ser específicas a regiones y sociedades particulares. Es en esta última categoría que coloco a las "fuerzas primarias\*\*\*\*". El sistema social representado por este modelo adicionalmente, opera por comparación entre normas establecidas y el producto de la actividad humana concreta. Esto se entien-

entre los diversos subsistemas y los controles de orden más altos en la sociedad.

\*\* Se entiende por promoción el cambio ascendente de una institución o "rol" en la jerarquía de control (opera en favor de la segregación a través de la formación de nuevas instituciones); se entiende por linearización el "puenteo" de ciertos niveles de decisión por controles de orden superior.

\*\*\* Se entiende por "fuerzas primarias" (*prime movers*) las causas fundamentales detrás de procesos (e.g., simbiosis, guerra, aumento poblacional, etc.). Flannery las rechaza por considerar que pertenecen al campo de las explicaciones particulares y no a un nivel teórico.

<sup>9</sup> Flannery, Kent V., "The Cultural Evolution of Civilizations", *Annual Review of Ecology and Systematics*, vol. 3, 1972 págs. 399-426.

\* Se entiende por segregación la cantidad de diferenciación interna y especialización en subsistemas; se entiende por centralización el grado de conexión

de mejor siguiendo la ejemplificación contenida en el artículo de Flannery.

Flannery ilustra el mecanismo de promoción con el caso de San Juan Guelavía, un poblado zapoteca que, en el siglo XIX, todavía operaba bajo un sistema de cargos y mayordomías.\* A finales del siglo XIX, una persona de la comunidad, en complicidad con los clérigos, inicia un proceso de acumulación de tierras que culmina, a la llegada de la revolución mexicana, con el acaparamiento del 95% de las tierras de la comunidad por unas cuantas familias, mayormente descendientes del originador del proceso. La razón de la transformación es simple: la complicidad del clero consistió en elegir para mayordomos a individuos que no tenían los medios para cubrir las obligaciones concomitantes; al no poder rehusar la designación, se veían forzados a empeñar sus tierras y, finalmente, a cederlas al "socio" de los curas. Es, según Flannery, "un ejemplo de promoción en el cual una institución que cubría funciones específicas (la iglesia) alcanza la posición que le permite seleccionar a los mayordomos, lo cual,

originalmente, era responsabilidad de un sistema de funciones generales (el gobierno del poblado, y por consenso general). Más importante, quizás, es que muestra que un cambio evolutivo puede ser consecuencia de una perversión de los mecanismos de regulación del ritual —sin duda localizados lo más lejos que pueda pensarse de los factores 'tecnológicos-ambientales' que han sido generalmente el foco de atracción de los 'ecólogos culturistas'".<sup>10</sup>

El mecanismo de linearización es ilustrado con el caso de los pequeños sistemas de irrigación en el valle de Oaxaca, originalmente administrados y mantenidos bajo un sistema de cargos. Con la entrada de Recursos Hidráulicos al área, el control de la irrigación pasa a una institución de funciones específicas (SRH), dentro de un sistema de orden superior (el gobierno federal). Lo que se produce es una centralización a través de linearización y una tendencia a la hipercoherencia\*\*. Las conclusiones extraídas por Flannery, en este caso, son: a) el estado existía antes de la realización de las obras hidráulicas; esto deteriora la hipótesis de Wittfogel; b) la participación de SRH

\* Traducido por Flannery como mecanismo de nivelación de riqueza, a través del cual se logra prestigio y, al mismo tiempo, se nulifica la posibilidad de un acceso desigual a recursos estratégicos o medios de producción; prestigio que, por otro lado, no pasa por herencia.

<sup>10</sup> *Ibid*, pág. 416.

\*\* Por consecuencia de la alta integración alrededor del nuevo sistema hidráulico y la posible adopción de medidas generales que puedan pasar por encima de la problemática de poblaciones particulares.

debe verse como una necesidad de integración de esas comunidades autónomas e impenetrables; c) solo unas cuantas comunidades solicitaron la cooperación de SRH en condiciones de explosión demográfica en áreas circunscritas; esto cuestiona las hipótesis de Boserup y Carneiro.

El ejemplo de San Juan Guelavía es presentado como un caso concreto de la transformación generalizada de sociedades igualitarias en sociedades estratificadas. Para que el ejemplo tenga validez, hay que probar que, en efecto, al inicio del proceso existe una sociedad igualitaria en donde, al nivelarse riquezas individuales (a cambio de prestigio no heredable), el acceso a recursos estratégicos y medios de producción es igual para todos los miembros de la comunidad. Si eso se acepta, ¿cómo explicar el que se haya dado una serie de préstamos e hipotecas sobre medios de producción? Para que eso haya sido posible, era necesario que ciertos individuos hubiesen acumulado suficiente riqueza para realizar la operación y, además, el que el medio de producción fundamental, la tierra, haya podido ser enajenado, es decir, haya dejado de ser propiedad comunal para convertirse en propiedad personal. Las dos condiciones invalidan el estatuto de sociedad igualitaria que concede Flannery para el inicio del proceso. La sociedad que Flannery observa, en el punto de arranque, es una sociedad en donde se dan las condiciones para la acumulación de tierras en un pequeño sector

de la comunidad, una sociedad donde los dispositivos que tienden a evitar esa acumulación, son ya inoperantes. ¿Cómo es que ocurrió esa ruptura? Si de lo que se trata es discutir la transformación de sociedades igualitarias en estratificadas, lo que se requiere es esa respuesta o, en términos generales y siguiendo a Fried, una discusión de los elementos inherentes a toda sociedad igualitaria, responsable de su propia destrucción.

El ejemplo de San Juan Guelavía, en todo caso, ilustra la amplificación de una situación preexistente en el momento inicial expuesto por Flannery. No puede tomarse por ejemplo de un cambio evolutivo como el indicado, y menos, como un cambio inducido por "perversión del ritual", pues este se encontraba ya inoperante, es decir, desfasado con respecto a una serie de relaciones económicas que se daban de hecho; tampoco se puede tomar por prueba de que no siempre las transformaciones estructurales tienen su origen en la esfera de lo económico. El ritual es una formalización de ciertas necesidades a nivel de la reproducción de la sociedad; no existe por sí mismo. No puede tomarse, como lo hace Flannery, primero por mecanismo que logra su materialidad en mantener ciertas relaciones sociales y, después, por elemento autónomo, aislable. Su aislamiento y colocación en una simple relación causa-efecto (ritual como fuerza primaria y "evolución cultural" como efecto) produce una burda simplificación de la totalidad social.

La distorsión (bias) en el caso de San Juan Guelavía es traducible a una invención de datos. La "historia se repite": la misma técnica observada en el caso de los constructores de túmulos; la diferencia se encuentra solo en el fin propuesto, es decir, en lo que se desea demostrar.

El caso de la intervención de la SRH en las comunidades autónomas del valle de Oaxaca ilustra otro punto. Aquí, aparentemente, se maneja un proceso hacia la formación estatal (de otra forma, no tendrían mucho sentido sus referencias a Boserup y Wittfogel) o, alternativamente, un proceso de integración. Este proceso de integración tiene, para Flannery, origen en el interés del gobierno federal por interferir (*meddle*) en la organización de esas comunidades. No se define ni lo "autónomo", ni la necesidad de la intervención, y se concluye con la indicación de que, al finalizar el proceso, se ha producido una centralización del poder de decisión (lo cual es un claro manejo del proceso por uno de sus efectos; es la tónica general del texto, y equivale a algo así como intentar explicar la primera guerra mundial principiando por referirse al Tratado de Versalles). Así analizada la integración, se produce un efecto: el desplazamiento de la problemática central. Lo central del proceso es el carácter y desarrollo de esa supuesta integración. Lo que se está presentando es un cambio de explotación ineficaz por una explotación eficaz: lo que esas comunidades "autónomas"

cedían al sistema en forma de trabajo excedente se ve incrementado por desarrollo de sus fuerzas productivas. Un posible ejemplo de relativo estancamiento, a pesar de la mayor capacidad productiva de esas comunidades, y que conduce necesariamente a una denuncia (una simple exposición de "hechos" la llega a constituir), se convierte en una justificación. De lo que se trata, según Flannery, es, simplemente, un problema de comunicación.

En el texto de Flannery se antepone, a la definición tradicional de Service, Sahlins y Fried, una definición del Estado, que resulta de la adopción del modelo en el cual "el Estado aparece como un sistema complejo, cuya complejidad puede ser medida por su segregación... y centralización..."<sup>11</sup> Segregación y centralización fijan una tendencia, pero no posibilitan una distinción cualitativa entre lo que es y lo que no es un Estado. Por esta razón, tiene que echarse mano del recurso de "umbral". "Se puede decir que un Estado existe cuando se alcanza un cierto umbral de segregación y centralización".<sup>12</sup> El concepto, así, se diluye para ser reemplazado por una nueva configuración implícita en la argumentación; se trata de la puesta en operación de tres términos: comunicación, integración y gastos indirectos (*overhead*). Para Flannery,

<sup>11</sup> *Ibid*, pag. 409

<sup>12</sup> *Ibid*, pag. 423.

el Estado es el resultado de la necesidad de procesar una cierta cantidad de información en condiciones de complejidad progresivamente mayor. Se trataría, entonces, de un conjunto de funciones, e instituciones correspondientes, que dan cohesión social y canalizan información de tal forma que el producto del sistema sea lo más cercano posible al grupo de normas establecido como condiciones ideales para su operación homeostática (ruta de mayor "eficiencia"). Este conjunto de instituciones requiere de una asignación de fondos, es decir, del desvío de cierta parte del producto social; esa asignación, que puede llamarse "partida para gastos de administración", es el precio que debe pagar la sociedad para seguir funcionando. Ciertamente que esa superestructura administrativa y esos costos representan la imposición de "... costosos tributos, corvee y, frecuentemente, pillaje sobre vecinos menos poderosos..."<sup>13</sup> y que la promoción de instituciones "... muy frecuentemente favorecen sus propios intereses (los de los funcionarios) y no los de la sociedad..."<sup>14</sup> Pero así son las cosas.

La visión, sin duda, es la que corresponde a un "sentimiento generalizado" ("general feeling", para utilizar las palabras de Willey, a propósito de los constructores de túmulos): el del norteamericano que ve a su

gobierno como un mal, si se le juzga desde el punto de vista de los impuestos por pagar, y como un bien, si se considera que, de otra manera, se caería en un caos. Aquí, como en el caso de los constructores de túmulos, se presenta un referencial: la problemática de la sociedad del propio investigador y una ideología desde la cual se interpreta esa sociedad. En ambos casos, hay distorsiones y desplazamientos; en ambos casos, hay una articulación política (o, si se quiere, se hace una "arqueología política") en el sentido de que esa problemática es vista desde una ideología que no es la única posible, y la cual, por supuesto, no necesariamente coincide con los intereses de quienes participan de ella. En ambos casos, finalmente, se reclama el adjetivo de cientificidad para la investigación.

En este punto, se nos puede acusar de ser selectivos, de haber escogido ejemplos que servían el propósito de nuestra demostración, olvidando otros que probarían lo contrario. ¿Qué es lo que sucede, por ejemplo, con trabajos arqueológicos más alejados de nuestra problemática actual? Para contestar a esta pregunta, hemos escogido un tercer ejemplo, el más "neutro" que se nos ocurre, y, prácticamente, el más alejado de nuestros días. Se trata del trabajo de Lumley<sup>15</sup> sobre un campamento del paleolítico.

<sup>13</sup> *Ibid*, pág. 412.

<sup>14</sup> *Ibid*, pág. 413.

<sup>15</sup> Lumley, Henry De, "A Paleolithic Camp at Nice", *Old World Archaeo-*

Con apoyo del Ministerio de la Cultura de Francia, y dentro de una operación de rescate en la actual ciudad de Niza, Lumley reconstruye la "forma de vida" de un grupo cazador nómada que opera hacia finales de la glaciación Mindel (ca. 300,000 años AP). Reconstruye el medio y la explotación diferencial a la que queda sujeto por el grupo, el ciclo ocupacional del campamento y la duración de cada ocupación, la tecnología empleada en la producción de artefactos, la composición aproximada de la dieta, y, asimismo, la división interna de espacios construidos, en términos de funciones (definición de áreas de trabajo). Comenzando con esta información, alcanzada dentro de un proyecto interdisciplinario de muy alta calidad, Lumley concluye: "La evidencia de que los cazadores llegaron a *Terra Amata*, año a año, aproximadamente en las mismas fechas, junto con la evidencia de que las chozas sobre las dunas albergaron algunos de los mismos individuos durante más de una década, sugiere que los visitantes poseían instituciones sociales estables e incluso complejas". Así, concluye con la siguiente cita del historiador Camille Julian: "El hogar es un lugar para reunirse juntos alrededor del fuego que da calor, esparce luz y reconforta. El

sitio del que fabrica las herramientas es el de un hombre que cuidadosamente se dedica a su trabajo, útil para muchos. Seguramente estos hombres eran cazadores nómadas; pero, antes de cazar, necesitaban de períodos de preparación, y después de largos momentos de reposo, al lado del hogar. La familia, la tribu, emergerá de estas costumbres, y me pregunto si no habían nacido ya".<sup>1 6</sup>

Aquí hay que observar varias cuestiones. Primero, existe una institución detrás del proyecto. El Ministerio de la Cultura guarda, con respecto al trabajo arqueológico, no solo una relación financiera, sino también una de "uso". Es a través de trabajos de este tipo que una institución educativa logra presentarse con una función aparente, disfrazar su función de contribuyente a la reproducción del sistema. La institución aparece como aparato de apoyo para el conocimiento del pasado humano (sin que esto quiera decir, necesariamente, que se crea que ese conocimiento tiene utilidad para la transformación del presente) y como preservadora del patrimonio nacional (sin que esto quiera decir que la decisión de proteger ese patrimonio se apoya en razones claras y explicitadas). La institución aparece, finalmente, como aparato neutro: se mantiene al margen de la investigación y no teme los resultados que se alcancen en ella. La única

*logy Foundations of Civilizations, Readings from Scientific American*, ed. W. H. Freeman & Co., San Francisco, 1969, págs. 33-41.

<sup>1 6</sup> *Ibid*, págs. 39-41.

posible ingerencia en el proyecto se daría a nivel de asegurar una cierta rigurosidad (cientificismo). Esa supervisión, realmente, es innecesaria; son los mejores especialistas en el área los que realizarán la tarea, y ese grupo es anterior a la concepción del proyecto; el propio sistema lo ha generado: se trata de la comunidad reconocida de arqueólogos y técnicos auxiliares.

Así vistas las cosas, cualquier trabajo que esa institución apoya, será más mediatizador mientras más pretensiones tenga de científicidad. El carácter ideológico del aparato se ocultará mejor. Se podría argumentar que esto es algo que se encuentra fuera del trabajo en sí del arqueólogo, que el uso que pueda dársele está más allá de sus posibilidades de control. A los que argumentan en esa forma, quisiéramos indicarles que todo conocimiento logra esa calidad cuando se articula en la realidad social. En el trabajo que discutimos, es el Estado quien ha hecho suya la producción arqueológica y, en la medida en que se da esa articulación, esa producción alcanza un sentido y se constituye en conocimiento. A esto no se escapan ni siquiera aquellos trabajos que pretenden una desvinculación por no contener una explicación, por tratarse de simple exposición de "hechos" (nos referimos aquí a los trabajos monográficos tan frecuentes en la arqueología).

Segundo, en el trabajo arqueológico que estamos comentando, existe, en forma implícita, la petición del

reconocimiento de un hallazgo excepcional: Lumley ha encontrado la estructura habitacional más antigua. La arqueología está llena de este tipo de peticiones y de practicantes que se empecinan en esa clase de objetivos: el cráneo más antiguo, el primer maíz cultivado, la tumba más rica, etc. Lo único y lo primero como camino hacia la relevancia personal. Bajo este enfoque, la arqueología se redefine; de algo que tiene por fin la explicación del pasado humano se convierte en medio para lograr movilidad social (intelectual, si se prefiere). El individuo pasa a primer plano, y con ello se refuerza la reproducción del sistema social que apoya esa visión. El sistema hace suyo al grupo de individuos que alcanza esa relevancia; los exhibe como modelos.

Tercero, la excavación arqueológica produjo datos para un fondo de explicaciones potenciales. En este caso, fue un historiador, Julian, quien apoyado en esa aportación de datos, y en forma prácticamente inmediata, produjo una "explicación" más allá de la de Lumley. La relación no siempre se da en estos términos. Si pudiéramos generalizar, diríamos que la producción arqueológica, en gran medida, va a un fondo de reserva del cual se echa mano (no necesariamente en forma ortodoxa) cuando la coyuntura política requiere la puesta en marcha de un símbolo concreto (relacionado con un aspecto del sistema social, y el que puede o no estar contenido en un

“héroe”); antes, ese fondo solo constituye un arsenal bibliográfico para la comunidad de arqueólogos. Así, la simbolización no tiene por qué verse en el reporte arqueológico (aunque en el caso del trabajo de Lumley sí puede apreciarse); normalmente se halla desfasada con respecto al trabajo inicial. Este desfase, por cierto, también parece aplicarse a las instituciones responsables de la realización de proyectos arqueológicos. La impresión que produce es que arqueología y arqueólogos parecen oscilar entre situaciones de actividad y receso, entre un “no sirven para nada” a “ellos exponen nuestras raíces, la naturaleza de nuestro propio ser”.

La frase de Julian ilustra una forma de simbolización inmediata a la cual es receptivo el no-especialista. Si se vuelve a leer la frase, se notará que contiene una posición bien concreta sobre la conformación de un sistema social. La familia emerge de una serie de costumbres; es vista como la consecuencia de períodos de preparación y de reposo alrededor de una hoguera (es difícil de evitar la ironía que produce el recordar que, hoy en día, se intenta crear la imagen de integración familiar alrededor de un aparato de televisión). No es vista ni como unidad de producción, ni como unidad de consumo, ni como reproductora de la fuerza de trabajo; no es vista, en fin, como agrupada alrededor de un proceso de trabajo que les permite cubrir sus necesidades

fundamentales. La frase, sin embargo, hace resonancia con lo que se entiende en forma inmediata y se vive todos los días; y, precisamente por eso, oculta la naturaleza de las relaciones sociales de un sistema que fetichiza para poder reproducirse.

Los tres ejemplos discutidos aquí, a pesar de sus aparentes diferencias (uno “precientífico”, otro “científico” y otro “neutro”), tienen varias cosas en común. Los tres presentan distorsiones y/o desplazamientos; todos, sin embargo, son producidos bajo el presupuesto de verdad. Los tres están articulados en la sociedad en la que participa el investigador; esa articulación, mediata o inmediata, abierta o indirecta, es política en carácter y siempre en favor del sistema (lo cual no quiere decir que no puede darse la articulación inversa). Si la relación con la cual iniciamos este trabajo es cierta, entonces los tres trabajos se encuentran lejos de la cientificidad. Y, sin embargo, los tres trabajos son “eficaces”, en el sentido de que sirven en forma efectiva para ciertas necesidades del sistema. Aquí es donde creemos que se encuentra el problema. No es una cuestión de cientificidad; es una cuestión de eficacia. El par arqueología científica-arqueología política (y acientífica) es ficticio; la distinción resulta de la forma de contestar a la pregunta de arqueología: *¿para quién?*; es una cuestión de clase. La idea de que un contacto con lo político resta objetividad a un trabajo, no puede sostenerse desde el

momento en que se acepta que toda producción participa de una concepción del mundo y de un sistema de relaciones sociales, que todo conocimiento implica un saber que lo caracteriza. Lo que se conoce como postulados científicos, relaciones comprobadas, rigor científico, etc., no pertenece al dominio de algo que pudiera calificarse de arqueología científica; es transmitible a uno y otro lado de la línea que divide a la arqueología, según sea practicada por un investigador concreto.

#### BIBLIOGRAFIA

- Althusser, L., "Ideología y aparatos ideológicos de Estado", *La Pensée*, Revista del Racionalismo Moderno, Núm. 151, 1970.
- Flannery, Kent V., "The Cultural Evolution of Civilizations", *Annual Review of Ecology and Systematics*, vol. 3, págs. 399-426, 1972.
- Flannery, Kent V., "Archaeology with a capital 'S'" en Charles L. Redman, *Research and Theory in Current Archaeology*, John Wiley and Sons, New York, 1973, págs. 47-53.
- Ford, Richard I., "Archaeology Serving Humanity" en Charles L. Redman, ed., *Research and Theory in Current Archaeology*, John Wiley and Sons, New York, 1973, págs. 83-93.
- Fritz, John y Fred T. Plog, "The Nature of Archaeological Exploration!" *American Antiquity*, 35, 1970, págs. 405-412.
- Lumley, Henry De, "A Paleolithic Camp at Nice", *Old World Archaeology: Foundations of Civilizations, Readings from Scientific American* (ed.: W.H. Freeman & Co.), San Francisco, 1969, págs. 33-41.
- Silverberg, Robert, *Mound Builders of Ancient America; The Archaeology of a Myth*, Greenwich, New York, 1968.
- Willey, Gordon y Jeremy A. Sabloff, *A History of American Archaeology*, Thames and Hudson, Ltd. London, 1974.

# La máquina tautológica y la arqueología Olmeca

María Antonieta Cervantes\*

Juan Yadeun\*\*

---

Este trabajo es el primero de una serie de ensayos críticos encaminados a llegar a tener una visión lo más arqueológica posible de los materiales identificados como olmecas; y cuyo objetivo principal es desmistificar el contenido que se ha dado a los materiales olmecas y despojarlos de los elementos ideológico-políticos que los olmecólogos les han adjudicado, debido al uso de métodos generales y de explicaciones obtenidas, tomando como punto de partida otras esferas

científicas. Hasta ahora, estos procedimientos no han logrado generar conocimiento arqueológico, solo han fabricado tautologías y reforzado dichos métodos y teorías.

Por lo demás, proponemos la necesidad de *regresar* a los materiales arqueológicos para que la práctica en el campo, junto con la experiencia acumulada durante tantos años, nos indique si estamos en posibilidad de producir conocimiento comenzando por el examen de los materiales arqueológicos mismos, en articulación con el desarrollo científico de "lo social". Esta posición implica aceptar que la arqueología estudia las relaciones sociales y sus transformaciones, y no la relación del hombre con el medio y su adaptación a él, lo cual sería el objeto de la ecología cultural que es, en todo caso, la historia de las adaptaciones del hombre al medio ambiente, con base en el desarrollo tecnológico.

\* Investigadora del Instituto Nacional de Antropología de México, graduada en Arqueología.

\*\* Investigador del Instituto Nacional de Antropología de México, graduado en Arqueología y actualmente dirige el proyecto sobre problemas olmecas en el área de las Limas, Veracruz.

## I

Los materiales arqueológicos de la Costa del Golfo de México, fechados entre 1200 a 600 A.N.E. conocidos como olmecas, han sido manejados a través del tiempo, de diferentes maneras: un grupo de trabajo ha estado orientado a la descripción de los propios materiales y sus relaciones con otros pueblos, tratando de conformar así, una historia cultural de los olmecas.

También se han investigado profusamente los aspectos iconográficos del arte olmeca; sin embargo, estas interpretaciones solo han colaborado en la antes mencionada historia cultural.

Ultimamente, en contraposición con la tendencia de la arqueología histórico-culturalista, se ha principiado a trabajar conforme a la teoría de la ecología cultural articulada con la teoría de sistemas, que intenta "explicar" lo olmeca. Es en esta última fase donde se ha introducido la tautología como instrumento para explicar el fenómeno olmeca, y no solo este, sino que se ha aplicado también a la problemática general mesoamericana.

La arqueología, por lo tanto, se encuentra en un punto muy peligroso en su desarrollo, después de rebasar el nivel de las clasificaciones y cronologías "per se"; y de los intentos de dar forma a una historia cultural llena de enigmas, relaciones, orígenes, apogeos y decadencias, ha caído en el recurso del método general y de las explicaciones ecoló-

gico-cibernéticas. El empantanarse en este punto, sería desaprovechar la posición actual del conocimiento y de la experiencia de la arqueología.

El recurso del método general arqueológico ha sido provocado por la crisis de su propio desarrollo; cuando la arqueología fue incapaz de producir conocimiento por encima de secuencias de rasgos y relaciones, recurrió a otras áreas de la ciencia y a la aplicación de un método general, con la esperanza de que este ordenara lo caótico y confuso de los materiales arqueológicos, y de que, finalmente, los explicara científicamente.

El peligro que tiene el utilizar métodos generales es el de caer en posiciones ideológicas, puesto que estos, por muy diversificados que parezcan, se ubican dentro de dos posiciones: la idealista y la materialista; ambas posiciones con las mismas posibilidades de elaborar construcciones lógicas con argumentos válidos, que se opongan mutuamente.

Cabe agregar que al estar probando los métodos de ambas posiciones, bien sea en arqueología, bien sea en cualquier otra rama del conocimiento, como la lingüística, nunca se estará produciendo conocimiento arqueológico o lingüístico, sino que solo se estará reafirmando la supuesta validez del método, y, por este camino, robusteciendo alguna de las dos posiciones ideológicas que se encuentran detrás de los métodos.

Los métodos y teorías generales contienen una serie de principios que

son reconocidos y aceptados de antemano por los investigadores que los aplican; por ejemplo, los arqueólogos que trabajan apoyándose en la teoría de la ecología cultural, eliminan el papel de las relaciones sociales como posibles responsables de los cambios culturales; puesto que parten del hecho de que la estabilidad y esos cambios siempre se deben a la interrelación entre el sistema cultural y el subsistema ecológico, en un proceso de adaptaciones de la cultura al medio, al iniciarse el desarrollo tecnológico.

El trabajar dentro de esta línea, solo refuerza la ideología que niega la lucha de clases como motor de cambio. En contraposición a esta tendencia, existe el recurso del método general dialéctico, que siempre observará los cambios culturales basándose en las contradicciones y reforzará la ideología que apoya la lucha de clases, como motor de la historia.

Los investigadores que trabajan la primera tendencia (adaptación cultural), emplean el método hipotético-deductivo, con el cual fabrican modelos fundados en el conocimiento que se tenga de los materiales arqueológicos en el asunto de que se trata, tomando en consideración el desarrollo de las teorías ecológicas y cibernéticas; modelos que generalmente comprueban positivamente con los mismos materiales arqueológicos; puesto que lo único que han hecho al utilizar un modelo es reordenar los materiales arqueológicos en función

de la hipótesis. Los modelos siempre se comprobarán y reforzarán aún más la ideología que plantea que las razones de estabilidad y del cambio de un sistema cultural siempre estará determinada por adaptaciones al ambiente, y jamás por las relaciones sociales.

Los arqueólogos que siguen ésta línea, lo único que fabrican son tautologías; en razón de que parten de un conocimiento determinado (en este caso, el conocimiento que tengan de los materiales arqueológicos) y regresan al mismo conocimiento que no agrega nada al conocimiento que sirvió de punto de partida. Lo que, además, conlleva el peligro de distorsionar el conocimiento inicial (otra vez, en este caso, de los materiales arqueológicos).

Los trabajos inscritos en este esquema no son plenamente científicos, sino que son fundamentalmente ideológico-políticos, ya que están reforzando la posición ideológica de un determinado sistema actual; por este camino, a lo más que se puede llegar, es a producir ciencia aplicada.

## II

Uno de los mejores ejemplos de interpretación tautológica, dentro de la problemática olmeca, es el trabajo de Kent V. Flannery: "The Olmec and the Valley of Oaxaca: A model for inter-regional interaction in Formative Times" in *Dumbarton Oaks*

*Conference of the Olmec*, Washington, 1968.<sup>1</sup> Este artículo fue seleccionado para analizarlo, asimismo, por la importancia que tuvo en el desarrollo de la arqueología mesoamericana y del conocimiento de lo olmeca, en consideración a que intenta explicar los materiales arqueológicos por encima de descripciones formales y análisis iconográficos; además de que se inscribe dentro de un problema mayor, fundamental en el conocimiento de las sociedades antiguas, que es el de las relaciones entre sociedades con grados de desarrollo diferenciado.

Para probar la construcción tautológica del modelo planteado, bastará con volver a ejecutar los pasos de su fabricación; en este proceso, trataremos también de desprender lo que conceptuamos de conocimiento arqueológico válido.

En la construcción del modelo de relaciones entre el valle de Oaxaca y la costa del Golfo, el autor da a conocer el procedimiento que le sirve de norma en sus trabajos, como puede verse a continuación:

## 1. DEFINICION DE OBJETIVOS

<sup>1</sup> Flannery, Kent V., "The Olmec and the Valle of Oaxaca: A model for Inter-regional Interaction in Formative Times". *Dumbarton Oaks Conference on the Olmec*. Washington, D. C., 1968.

Conocer el significado del influjo olmeca sobre el valle de Oaxaca, para lo cual le parece necesario la elaboración de un modelo de interacción-interregional en el cual no necesita de invasiones, misioneros, o colonización de una élite olmeca. Para construir el modelo, parte del inventario de los materiales arqueológicos en ambas regiones:

"La tarea de este trabajo consistirá en cubrir tres aspectos afines del problema. Primero, haré una breve descripción de dos fases del Formativo descubiertas recientemente en el valle de Oaxaca, que precedieron a Monte Albán I, y que fueron seguramente contemporáneas de San Lorenzo y de la Venta. Después haré una evaluación de las similitudes y diferencias que existen entre el Formativo del Valle de Oaxaca y el de la costa del Golfo. Finalmente, presentaré un modelo basado en datos etnográficos que, en mi opinión, constituye cuando menos una explicación razonable de la interacción entre las dos regiones".<sup>2</sup>

## 2. INVENTARIO DEL CONOCIMIENTO DE LOS MATERIALES ARQUEOLOGICOS DEL VALLE DE OXACA

En esta sección del trabajo, describe los materiales del Formativo

<sup>2</sup> *Ibid*, pág. 80-82.

Temprano y Medio del Valle de Oaxaca, que divide en tres fases: San José, de 1200 a 900; Guadalupe, de 900 a 600; y Monte Albán I a sub-fase 600 a 500 A.N.E. enumera detalladamente los rasgos y características de cada una de las fases y analiza los elementos relacionados con otras áreas de Mesoamérica, en especial con los del altiplano central y los de la costa del Golfo. Estudia incluso la distribución de los artefactos en el interior de los sitios, encontrando diferencias, tanto en actividades, como en acceso a determinados materiales.

### 3. SIMILITUDES Y DIFERENCIAS ENTRE LAS CULTURAS DEL FORMATIVO DEL VALLE DE OAXACA Y DE LA COSTA DEL GOLFO

En esta parte, generaliza y resume el conocimiento que obtuvo de los materiales arqueológicos de ambas regiones, de la siguiente manera:

“Hagamos una síntesis de las similitudes y diferencias encontradas. Tanto en Oaxaca, como en la Costa del Golfo, habían logrado, en el Formativo Temprano, una prosperidad agrícola en la que se basaban las grandes comunidades nucleadas con una élite hereditaria y una gran especialización artesanal. Existen razones para creer que la prosperidad de estas dos áreas fue alcanzada mediante tecnologías agrícolas que resul-

taron independientemente una de otra. Sin embargo, a mi juicio, La costa del Golfo contaba con comunidades más grandes y había alcanzado un nivel más alto de refinamiento en lo que se refiere a las artes y artesanías. Más aún, si el *status* puede medirse por la cantidad y la calidad de las ofrendas mortuorias, los olmecas habían alcanzado un grado de estratificación social que en el altiplano apenas se aproximaba.

Los olmecas y el Valle de Oaxaca desarrollaron una fuerte interacción en lo que se refiere a conceptos compartidos por ambas culturas respecto a la religión, simbolismos y parafernalia, de acuerdo con el *status*. Los motivos olmecas son ejecutados comúnmente y con habilidad en la cerámica de Oaxaca, y la deidad olmeca más importante se representa en las figurillas oaxaqueñas y en la cerámica esculpida.

Los edificios importantes de Oaxaca se encuentran orientados en la misma forma que las estructuras del complejo A de La Venta. Los olmecas importaban magnetita e ilmenita del exterior, que aparecen en San Lorenzo Tenochtitlan en forma de cuentas y pequeños espejos planos; los artesanos oaxaqueños acumulaban la magnetita y la ilmenita del lugar, que también convertían en pequeños espejos planos, muchos de los cuales probablemente exportaban. En consecuencia, tentativamente se podría pensar que uno de los principales mecanismos de comunicación entre las dos regiones funcionaba a través del intercambio de materias primas exóticas. Esto es interesante, en vista del hecho de

que Coe ha señalado ya que la región del Alto Balsas, donde se han encontrado tantos objetos llamados 'olmecas del altiplano', es también la probable fuente de algunas serpentinatas y jadeitas olmecas".<sup>3</sup>

De sus conclusiones se desprende, por una parte: que en una de las regiones (Oaxaca), se producen materiales de cierto tipo, que son consumidos en la otra región (costa del Golfo), y, por la otra, ha distinguido cierta diferenciación de desarrollo; es decir, la sociedad que consume ese tipo de productos es de un nivel superior a la sociedad que los produce.

#### 4. PROPOSICION PARA LA FABRICACION DEL MODELO

Flannery encuentra en la literatura etnográfica dos ejemplos de sociedades desarrolladas, en las que se usa importar materiales exóticos para reforzar el sistema de *status*, materiales que producen sociedades menos desarrolladas; esta situación se ajusta a la que ha observado a través de los materiales arqueológicos de la costa del Golfo y los del valle de Oaxaca, indicando que, para que su modelo sea válido, solo se requiere de dos proposiciones:

"Esta hipótesis requiere únicamente de dos proposiciones: primero, que era importante para el sistema de *status* de los olmecas (y el fortalecimiento de algunas de sus obligaciones religiosas) establecer y mantener la circulación del jade, la magnetita, la ilmenita y otros artículos suntuarios dentro de sus centros; segundo, que los pueblos del altiplano que proveían a los olmecas de dichos artículos suntuarios estaban tan interesados como ellos en mantener el sistema de intercambio".<sup>4</sup>

#### 5. ANALOGIA ETNOGRAFICA QUE UTILIZA PARA CONFORMAR EL MODELO

Los dos ejemplos que propone se refieren a sociedades muy distintas en cuanto a los procesos productivos que integran su economía; en el primer caso, el grupo más desarrollado basa su economía en la pesca del salmón y la caza marina y terrestre; y los del nivel menos desarrollado eran cazadores y pescadores nómadas. En el segundo ejemplo, el grupo más desarrollado cultivaba el arroz húmedo (*wet-rice*), y el menos desarrollado tenía una agricultura del tipo de roza. A pesar de la marcada diferencia económica, entre los dos ejemplos, Flannery observa algunas similitudes que le permiten generalizar y construir un modelo sobre este tipo específico de relaciones.

<sup>3</sup> *Ibid*, pág. 101.

<sup>4</sup> *Ibid*, pág. 102.

“Confío en que puedan encontrarse muchos más ejemplos de este tipo en la literatura etnográfica. En suma: contamos con datos de varios lugares del mundo que nos hacen pensar que existe una relación especial entre los consumidores de materias primas exóticas y sus proveedores, especialmente si estos pertenecen a una sociedad que esté un poco menos estratificada que la de los consumidores. En primera instancia, parece que los empresarios que facilitan el intercambio a menudo provienen del nivel más alto de la sociedad. En segundo lugar, el intercambio no es un ‘comercio’, en el sentido en que empleamos el término, sino más bien se establece mediante mecanismos de visitas rituales, intercambio de esposas, ‘adopción’ de miembros de un grupo por otro, etc. En tercer lugar, puede haber un intento, por parte de la élite de la sociedad menos refinada, de adoptar el comportamiento, la ornamentación según el *status*, la religión, los simbolismos, e incluso la lengua del grupo más refinado; en suma, de absorber parte de su carisma. En cuarto lugar, aunque el sistema de intercambio no altere el modelo básico de subsistencia de ninguno de los grupos, puede no estar totalmente falto de relación con él. Por ejemplo, puede haber una forma de establecer obligaciones recíprocas entre un grupo que no cuenta con una provisión alimenticia segura y uno que tenga un excedente continuo”.<sup>5</sup>

## 6. COMPROBACION

Finalmente, comprueba el modelo que explica las relaciones entre grupos de nivel de desarrollo diferenciado, como es el caso de los pueblos de la costa del Golfo y los del valle de Oaxaca, con los mismos materiales con los cuales principió su investigación:

“Los pueblos de Oaxaca conocían y estaban en contacto con un grupo más refinado y más estratificado que ocupaba la costa sur del Golfo, de los cuales obtenían conchas de almejas de agua dulce. Según el mapa mineralógico de Curtis, es probable que los olmecas se hayan dado cuenta por primera vez de las posibilidades de pulir las lascas de hierro, al entrar en contacto con los pueblos del altiplano oaxaqueño, que tenían acceso a los yacimientos minerales. La circulación de magnetita e ilmenita puede haber comenzado en pequeña escala, entre otras cosas, con minúsculos espejos planos del tipo encontrado en San Lorenzo Tenochtitlan, y haber aumentado posteriormente hasta incluir nódulos lo suficientemente grandes para fabricar los espejos parabólicos descubiertos en La Venta. Según nuestros datos etnográficos, el mecanismo que facilitó el intercambio comercial entre ambas regiones debió ser el que vinculó los linajes de mayor rango entre los oaxaqueños y los olmecas. Podría pronosticarse también que la élite del altiplano oaxaqueño comenzaría a emular la religión, el simbolismo, el atuendo y el comportamiento de la élite olmeca, en

<sup>5</sup> *Ibid.*, pág. 105.

la medida en que esto aumentara su *status* entre su propia gente. Podríamos pronosticar, por ejemplo, que en tanto que sus patrones de asentamiento y subsistencia no sufrirían cambios, adoptarían la Cruz de San Andrés, el motivo en 'U', el motivo 'garra-ala' y la deidad que era parte hombre y parte jaguar. La cerámica de la fase San José ofrece pruebas irrefutables de que en el Valle de Oaxaca se siguieron estos últimos pasos".<sup>6</sup>

Antes de la formulación del modelo, Flannery introdujo la idea de que la relación entre grupos de nivel de desarrollo diferenciado se debe a necesidades ecológicas.

"Tales sistemas de intercambio, a mi juicio, no carecen de un valor adaptativo. En términos ecológicos, hacen posible la explotación casi total de un medio muy diversificado, muchas de cuyas subáreas no podrían, de otra manera, sostener a una población autosuficiente. Si estuvieran aislados, los shan sobrevivirían e incluso contarían con un excedente en su producción, aunque muchas zonas de las montañas Kachin no serían apropiadas para sostener a comunidades permanentes. Las alianzas intermatrimoniales y el comercio del jade, que hacen llegar el excedente del arroz de los shan hasta el pueblo montañés, llevan a crear un gran sistema económico en lugar de varios sistemas pequeños, y hacen potencialmente aprovechables un mayor número de 'nichos'. El sistema gumsa con su imitación tosca y provinciana de la sociedad shan, probablemente sería de gran

valor en el fortalecimiento de este sistema simbiótico si pudiera estabilizarse"<sup>7</sup>

Posteriormente a la comprobación del modelo, vuelve a insistir en que la función de este tipo de conductas (interrelaciones), solo puede interpretarse dentro de un esquema adaptativo.

Flannery tiene ahora elementos para reforzar la idea inicial que expuso al comenzar su trabajo:

"En otras palabras, creo que los pueblos que han sido llamados 'olmecas del altiplano' en realidad no eran olmecas, como los 'tingit de tierra adentro' no eran realmente tingit, o los 'shan de las montañas' no eran realmente shan. Eran pueblos indígenas de las montañas que se dedicaron con éxito al tipo de agricultura que permite recoger varias cosechas al año, que se disputaban las buenas tierras y el agua, y que utilizaban sus excedentes para sustentar su jerarquía, sus artesanos especializados, y los proyectos de construcción patrocinados por su comunidad. Si no fuera así, probablemente no hubieran ganado tanto como ganaron con su contacto con los olmecas"<sup>8</sup>

En el proceso de su trabajo, Flannery ha dado la vuelta, ha retornado al conocimiento (arqueológico-etnográfico) del cual partió; no ha producido, por lo tanto, ningún conocimiento, por el contrario, al generalizarlo y abstraerlo

<sup>6</sup> *Ibid*, pág. 106.

<sup>7</sup> *Ibid*, pág. 105.

<sup>8</sup> *Ibid*, pág. 107.

lo ha empobrecido, fabricando una tautología. Con esta tautología, además, ha producido un fetiche: le ha adjudicado a un mecanismo, la adaptación al medio, el poder de determinar las relaciones sociales entre grupos de desarrollo diferenciado.

Este trabajo debe contemplarse desde una perspectiva mayor, desde la perspectiva de la reproducción de los sistemas políticos, en los cuales los intelectuales juegan un papel muy importante al proporcionar elementos ideológicos que refuerzan la posición del Estado.

En la actualidad, solo existen dos formas ideológicas de ver y analizar la historia: 1) basándose inicialmente en la lucha de clases como motor de la historia, a nivel ideológico, lo único que requiere es recurrir al método general del materialismo dialéctico que estriba en la contradicción; de esta manera, en cualquier análisis histórico, la lucha de clases juega el papel determinante; 2) la posición que intenta erradicar la lucha de clases en conformidad con las adaptaciones al medio, y del desarrollo tecnológico como motor de cambio en la historia, esta posición queda claramente presentada en el trabajo que criticamos en este ensayo.

### III

Consideramos que, en este momento, la práctica arqueológica posee los elementos necesarios para cons-

tituirse en una ciencia social; pero, para lograrlo, se deberá trabajar con procedimientos específicos de lo social, aunados con la práctica en el campo, es decir, partiendo de los materiales arqueológicos. Por este camino, producirá sin duda su propio método e instrumental técnico que le permitirá generar conocimiento sobre la historia de las relaciones sociales, esto es, sobre la forma en que se reproducen o transforman las sociedades.

Insistimos en que deben desecharse los métodos generales y las teorías que no sean las de las ciencias sociales; esto no implica un rechazo al desarrollo tecnológico y a la aplicación del conocimiento científico a otras áreas de la investigación; pero siempre y cuando estas operen como herramientas de trabajo y no como elementos de explicación.

### IV

El mismo trabajo de Flannery nos proporciona algunos elementos de los que podemos servirnos, inicialmente, para intentar delimitar, de una manera más precisa, el campo de acción de la arqueología. Uno de ellos se refiere al manejo de la distribución diferenciada de los materiales en los sitios del Formativo, lo cual autoriza al autor a hablar de disparidad de riqueza y *status* entre comunidades y en el interior de las mismas. Habla, también, de estratificación social al

analizar la distribución y movimiento de artefactos exóticos, que interpreta como elementos de *status*.

Si Flannery hubiera continuado por esa vía (manejo de la distribución espacial de materiales arqueológicos), perfeccionaría su capacidad de observación para establecer similitudes y definición entre los materiales de Oaxaca y del Golfo, y su trabajo se hubiera enriquecido considerablemente. Pero no ocurrió así; al generalizar y abstraer la información, la empobreció a tal grado que igualmente se puede diagnosticar un cacicazgo, que pretender la existencia de un modo de producción asiático.

El segundo elemento es la relación que establece, por un lado, entre sociedades con un cierto desarrollo y estratificación social, y por otro, entre sociedades menos desarrolladas (seminomádicas con patrones de producción de alimentación insegura) y su condición de igualdad social.

Ese patrón de desigualdad es el que permite que unas comunidades produzcan ciertos materiales que se distribuyan diferencialmente en el interior de las comunidades y entre ellas. Por este camino, y tratando de entender qué tipo de relaciones sociales se establecen en ambos niveles, consideramos que debería haber esclarecido un poco más esta problemática; incluso él mismo reconoce, cuando da el ejemplo de Leach, que los *kachin* oscilaban entre igualitarios y estratificados, por las relaciones sociales que tenían con los shan, y no

por problemas de adaptación ambiental.

No obstante esto, el interpretar los materiales arqueológicos a través de la óptica de la teoría de la ecología cultural lo lleva a encajonar la organización social como resultado de adaptación al medio.

En el trabajo se maneja también la idea de que los objetos de intercambio producían únicamente *status*; pero esto no es suficiente para interpretar, según él lo hace, a las sociedades en el asunto de que se trata, como plenamente estratificadas, sino que seguramente se refiere a sociedades jerarquizadas o en proceso de estratificación.

## V

Nuestra proposición acerca de cómo enfrentar la problemática olmeca se basa fundamentalmente en el estudio de los materiales arqueológicos y su distribución espacial, articulando este conocimiento con la teoría de las ciencias sociales.

El énfasis se debe dar a la práctica y manejo exhaustivo de estos materiales arqueológicos, cuyos resultados se enfrentarán de nuevo con la práctica misma. Posiblemente de esta manera se podrá empezar a producir conocimiento sobre las formas particulares en que las sociedades olmecas se reprodujeron y transformaron.

La práctica arqueológica que proponemos solo será productiva si se

manejan las sociedades como "un todo social", constituidas por tres niveles articulados: la estructura económica, la político-jurídica y la ideológica.

Considerando que la estructura económica está compuesta de una serie de procesos productivos, sancionados por una estructura político-jurídica que controla la producción y el consumo de los productos; ambas apoyadas por la estructura ideológica justificativa de las relaciones sociales que se establecen entre los hombres a través de los procesos históricos. Por supuesto, el análisis no debe quedarse aquí, sino que, por el contrario, lo importante es analizar el *continuum* histórico, o sea la forma en que las sociedades olmecas, en este caso particular, continuaban o no reproducíanse.

## VI

Por el momento, con la información que tenemos de las sociedades olmecas, lo único que podríamos afirmar es que estas representan en el desarrollo histórico del México antiguo la primera tendencia a la estratificación social, o sea, a la desintegración de las comunidades aldeanas en favor de una integración mayor. El resultado de este proceso es la for-

mación de centros mayores de redistribución e intercambio, con estructuras arquitectónicas, esculturas monumentales y otros elementos superestructurales que significan al centro.

Al parecer, este fenómeno tuvo un desarrollo con dos etapas características de una misma problemática social; la primera, representada por el sitio arqueológico San Lorenzo, y la segunda, por La Venta. De esto se desprende que, durante la primera etapa, esa sociedad no fue capaz de permitir el desarrollo de una forma social diferente, sino que, en la segunda etapa, dio origen a una semejante, con algunas modalidades que la distinguen, pero que indudablemente son olmecas.

Esas variantes no reflejan cambios en los mecanismos de reproducción de la sociedad olmeca, durante las dos etapas mencionadas. La ruptura de la forma social que prevaleció hasta 600 A.N.E. en esa región, es evidente en los materiales de las sociedades que se desarrollaron posteriormente y que representan otras tantas formas de transición a sociedades estratificadas.

Principiando con este mínimo conocimiento esencial, y desconectando la máquina tautológica, debemos intentar hacer de la arqueología una ciencia que produzca su propio instrumental metodológico y técnico que le permita generar conocimiento.

## BIBLIOGRAFIA

- Althusser, Louis, "Ideología y aparatos ideológicos de Estado", *Revista Mexicana de Ciencia Política*, núm. 87, Año XX, Nueva Época, U.N.A.M., México.
- Coe D., Michael, "San Lorenzo and The Olmec Civilization", *Dumbarton Oaks Conference on The Olmec*, Washington, D.C., 1968.
- Flannery, Kent V., "The Olmec and the Valley of Oaxaca: A Model for Inter-regional Interaction in Formative Times". *Dumbarton Oaks Conference on The Olmec*. Washington, D.C., 1968.
- Olmedo, Raúl, "El estatuto teórico de los modos de producción no capitalista". *Historia y sociedad*, Segunda época, núm. 5, México, 1975.
- "Presentación: Leer materialismo y empiriocriticismo". *Revista Mexicana de Ciencia Política*, núm. 78, Año XX, Nueva época, U.N.A.M., México, 1974.
- Terray, Emmanuel, *El marxismo ante las sociedades "primitivas"*, Ed. Losada, Argentina, 1971.
- Yadeun, Juan, *Arqueología de la arqueología*. Comité de Publicaciones de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, México. En prensa.

# RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Ursula Oswald (Coord.) y otros. *Mercado y dependencia*. México, Ed. Nueva Imagen, 1979, por Héctor Tejera Gaona.

Los problemas que se presentaron en una investigación realizada en el mercado de la Merced y en el Estado de México, para delimitar el concepto de mercado y las características de los ciclos productivo y comercial, y asimismo la intervención de factores "externos"; entre ellos, la política de comercialización estatal y las inversiones extranjeras, dio lugar a un seminario que se desarrolló en el Centro de Investigaciones Superiores del INAH (CIS-INAH), en 1977 sobre las peculiaridades y dimensiones del mercado. Las ponencias y comentarios (a éstas) que se expusieron y discutieron en dicho seminario aparecen en el libro *Mercado y dependencia*.

Comenzando por delimitar y definir el concepto mercado y su ubicación en el capitalismo mexicano, el cual fue considerado dependiente, se organizan en este libro las ponencias en tres temáticas generales: las dimensiones del mercado, el campo de acción del mercado interno, y, por último,

la intervención en el mercado externo. Por falta de espacio, solamente nos referiremos, de manera general, a los aspectos que a nuestro parecer son más relevantes, sin que por esto restemos importancia a los comentarios, los cuales complementan o critican cuestiones centrales a dichas temáticas.

Respecto a la primera de ellas, Ruy Mauro Marini analiza el carácter que impone al ciclo del capital (M—D . . . P . . . M') las inversiones de capital extranjero en países dependientes; el hecho de que la importación de tecnología, en diversas modalidades (maquinaria, patentes, etc.) produce con costos menores y obtienen sobreganancias si venden sus productos al mismo precio que las empresas —generalmente de capital nacional— que producen en condiciones medias. El argumento más débil de la ponencia de Marini consiste en no utilizar la ganancia media como elemento regulador de las ganancias, sino la plusvalía

generada, llegando a la conclusión de que las empresas que operan en condiciones medias se ven obligadas a aumentar su cuota de ganancia, desde el momento en que aumenta la cuota de plusvalía. Esto a partir de una supuesta transferencia de plusvalía (pág. 48) que, en última instancia, implicaría la existencia de comercio *al interior* de una misma rama que se evita mediante lo que los dependentistas gustan de llamar "superexplotación" del trabajo. El argumento que emplea Marini cae por su propio peso cuando nos dice que las empresas que operan con capital extranjero prefieren obtener sobreganancias, a vender sus productos basándose en sus costos de producción, lo cual ocasionaría eventualmente la quiebra y monopolización de las empresas que no pudiesen aumentar la productividad del trabajo. Debemos recordar que la ganancia obtenida en cada empresa es proporcional a su capital, y no a la plusvalía generada; y que esta ganancia está determinada por la cuota media de ganancia. Esto no quiere decir, por supuesto, que la transferencia de plusvalía de una rama de producción a otra no existe; pero no se puede explicar la "superexplotación" como resultado de la misma.

La ponencia de Jaime Osorio analiza los efectos en el mercado de fuerza de trabajo de los periodos de expansión y contracción del capitalismo, su incidencia en el ejército industrial de reserva y la superpoblación relativa. Inserta, al igual que Marini, la "superexplotación" del trabajo como característica inmanente al capitalismo dependiente. Sabiendo que la teoría de la dependencia toma como punto de partida generalmente factores "exter-

nos" —dentro de los cuales el papel de los países centrales es determinante—, para explicar el funcionamiento del capitalismo en "la periferia", Osorio no escapa a esta tendencia, pues si bien apunta que la crisis del sector "externo" (en este caso, la minería y la agricultura) provee innegablemente de mano de obra al capitalismo dependiente, olvida que precisamente por su "exterioridad", esta fuerza de trabajo ha tenido que ser reproducida en otro sitio; en tales circunstancias la forma campesina de producción es lo que permite al capitalismo explotar una fuerza de trabajo que no le ha causado ningún "costo".<sup>1</sup> Este hecho sitúa en una nueva dimensión la explotación de la fuerza de trabajo por el capitalismo dependiente. Por lo demás, es curioso que los dependentistas consideren que mediante la extracción de plusvalía absoluta, la "superexplotación" toma importancia. Esto, comúnmente significa olvidar que es el desarrollo de las fuerzas productivas lo que permite, con mayor eficacia, que la cantidad de trabajo excedente sobre el trabajo necesario sea mayor.

Oscar González hace un análisis general de la incapacidad de acumulación en la economía campesina desde que comienza la transferencia de trabajo (reproducida en el interior de ésta), de la venta de mercancías por debajo de su valor individual, y de la penetración del capital comercial, industrial (insumos) y financiero; caracterizando a partir de estas relaciones la forma campe-

<sup>1</sup> Meillassoux, Claude, *Mujeres, graneros y capitales*, Ed. Siglo XXI, México, 1977, págs. 131 y ss.

sina en México. González afirma —siguiendo a Vergopoulos— que el campesino mexicano “no es un residuo precapitalista, sino una forma originada y recreada por la evolución histórica del sistema capitalista en nuestro país” (pág. 97)<sup>2</sup>.

Por lo que toca a la segunda temática general (el mercado interno) se insertan dos ponencias basadas en estudios de casos sobre el proceso productivo agrícola y los mecanismos de comercialización en dos zonas del país.

Héctor Díaz-Polanco, tomando como punto de partida una investigación de la estructura productiva y las clases en Valle de Santiago, Gto., nos presenta una caracterización del desarrollo del capitalismo en El Bajío, centrandó su análisis en la forma en que éste incide en la modificación de los cultivos que se producen en la zona. La consolidación de la burguesía agropecuaria y comercial agraria, y, asimismo el funcionamiento y las relaciones establecidas entre estas dos fracciones de la burguesía agraria, son los aspectos principales en esta ponencia.

Ursula Oswald, coordinadora del seminario, y cuya investigación dio pie para que se llevara a efecto, nos presenta los puntos más importantes de la relación existente entre los campesinos productores de papa y los bodegueros que comercializan este producto en el mercado de la Merced. La vinculación que hay entre bodegueros y campesinado se es-

tructura principiando por sembrar “a medias”. Esto quiere decir que el bodeguero proporciona los insumos (generalmente de alta productividad), y el campesinado su tierra, sus instrumentos y su fuerza de trabajo. Obtenida la cosecha, esta se reparte por mitad, lo que implica que no se paga la renta de la tierra, la fuerza de trabajo o la depreciación de los instrumentos del campesino.

Un aspecto interesante de las ponencias de Díaz-Polanco y Ursula Oswald radica en la división entre capital agrario y capital comercial. En el caso de El Bajío, esta división se presenta de manera tajante, y difícilmente podemos encontrar productores que a su vez realicen sus mercancías. Este hecho que permite que el productor capitalista no necesite esperar la realización de sus mercancías —función que cumple el capital comercial— para comenzar de nuevo su proceso productivo, no se presenta en el segundo caso. En este, los productores y los bodegueros se reúnen en una misma persona, rebasando de esta manera la esfera que específicamente corresponde a uno y otro tipo de capital, sin que afecte las ganancias que obtienen. Esto se debe fundamentalmente a que, en el caso de El Bajío, la relación producción-realización se produce entre burguesía agropecuaria y burguesía comercial agraria; mientras que, en el caso de la producción de papa y la comercialización de ésta, el capital comercial establece una relación con el campesinado. La necesidad de insumos que tiene el campesino facilita la intervención del capital comercial, mediante los contratos “a medias”, mientras que, en Valle de Santiago, podríamos decir que la burguesía agrope-

<sup>2</sup> Vergopoulos, Kostas, “El capitalismo disforme” en AMIN Samir y *Lacuestión campesina y el capitalismo*, México, Ed. Nuestro Tiempo, 1975, págs. 161 y ss.

cuaria es "autosuficiente" en lo que se refiere a las inversiones que hace para poner en marcha el proceso productivo, lo cual dificulta las que pudiese efectuar el capital comercial en la producción agrícola.

Por lo que corresponde al sector mercado y a la intervención externa al mismo, Gustavo Esteva nos presenta una historia general de la intervención estatal en la comercialización agropecuaria, desde la época colonial hasta la actualidad; y, concretamente, de las acciones gubernamentales que, delegadas en la CONASUPO, se implementaron entre 1970 y 1976. La conclusión general a la que llega Esteva es que la serie de medidas que se pusieron en práctica durante este periodo por medio de CONASUPO hizo posible, al comenzar a recibir la ayuda externa (estatal), compensar la extracción de excedentes que se le imponen a las comunidades campesinas desde fuera. Además estas acciones —nos dice Esteva— permitieron a los campesinos "Tomar literalmente en sus manos aparatos de estado y ponerlos a su servicio" (pág. 244) y que la experiencia obtenida en el tiempo arriba mencionado, haga más probable la tendencia —no ajena a la lucha de clases— mediante la cual "los campesinos lograrán pronto la cristalización de sus esfuerzos, en torno de una nueva definición de su clase y una más precisa orientación de su acción, que dé paso a su desarrollo autosostenido, en una relación con la sociedad global que sustituye la actual asimetría por una *armonía* fructífera". (pág. 245). En la cual "parece probable, o al menos posible, en la presente coyuntura, que los campesinos, sin olvidar su reivindicación por la tierra, se unifiquen cada vez más en torno de la *cuestión deci-*

*siva* de las relaciones de intercambio" (pág. 246).

Celso Cartas estudia la incidencia del "sector externo", principalmente del capital extranjero, comenzando por un análisis de las características generales del imperialismo, y, concretamente, de las agroempresas, las formas en que estas operan en México y los cambios que su acción ha provocado en la estructura agraria del país; cambios que se expresan fundamentalmente en el desempleo y la marginalización de la fuerza de trabajo por el uso intensivo de capital, además de la destrucción de la organización social de las comunidades rurales, por la intervención de las empresas transnacionales en la mencionada organización productiva.

Ernst Feder hace un interesante análisis de la expansión de las agroempresas y los cambios de estrategia que en la última década han diseñado para estimular la producción de alimentos y fibras en beneficio de los países industrializados. El planteamiento que suscita mayor interés en la ponencia de Feder se refiere al papel que estas empresas tienen en el cambio de la estructura agraria de los países donde operan; fundamentalmente, la expulsión del campesinado y aun del proletariado agrícola. Sostiene el autor que la tesis que versa sobre la necesidad del campesinado para que el capitalismo pueda llevar a cabo sus operaciones es falsa, como lo demuestra claramente el modelo que ofrecen los Estados Unidos. El hecho de que este modelo agrícola norteamericano esté siendo transferido por las empresas transnacionales a los países subdesarrollados, indica la probabilidad de que el campesino se encuentre

en vías de extinción, conforme estas empresas se expandan en la agricultura.

Podemos encontrar que, dentro de la estructura general de las ponencias que son presentadas en este libro, subyace el problema de la suerte que espera al campesino, particularmente en el caso mexicano. Es decir, por un lado, la miseria y el desempleo

de una inmensa parte de la población expulsada de la agricultura, y, por otro, la integración del campesinado debido a las necesidades mismas del capitalismo dependiente. Los argumentos que en favor de una u otra tendencia se exponen, no nos permiten llegar a una conclusión definitiva, y la discusión sigue abierta.

Marvin Harris. *The rise of Anthropological Theory*. New York, Thomas Y. Crowell Co., 1968, por Andrés Fabregas Puig y Gilberto López y Rivas.

La obra de Marvin Harris, a diez años de haber sido publicada, continúa siendo uno de los más notables tratados acerca del surgimiento y desarrollo de la ciencia antropológica. Con gran erudición, Harris rastrea en la historia de las ideas filosóficas, políticas, económicas y sociales, las fuentes integrantes de lo que vendría a conformar la antropología en sus diversas manifestaciones teóricas. Sin embargo, Marvin Harris incurre en graves errores de interpretación en su análisis de una de las corrientes teóricas más importantes de nuestros días: el marxismo. El autor dedica parte de su introducción y un capítulo de su extenso trabajo al estudio de la obra de Marx. En estas notas, nos dedicaremos a comentar las críticas que del marxismo hace Harris, destacando las de más importancia.

Es indudable que las ideas de Marx y Engels han sido fundamentales, como la guía teórica de la transformación revolucionaria de nuestro tiempo, y, a su vez, el marxismo ha sido la piedra angular en el desarrollo de las ciencias sociales en general, y un fructífero método para la investigación científica en el campo de las ciencias naturales\*. El marxismo debe ser considerado no solo como una filosofía, sino también como una ciencia social, como una teoría económica, como un humanismo y una praxis política; el marxismo es un sistema multifacético de pensamiento y acción. No obstante este carácter inte-

\* Véase John Haldane. *The Marxist Philosophy and the Sciences*. New York, Books for Libraries Press, 1969.

en vías de extinción, conforme estas empresas se expandan en la agricultura.

Podemos encontrar que, dentro de la estructura general de las ponencias que son presentadas en este libro, subyace el problema de la suerte que espera al campesino, particularmente en el caso mexicano. Es decir, por un lado, la miseria y el desempleo

de una inmensa parte de la población expulsada de la agricultura, y, por otro, la integración del campesinado debido a las necesidades mismas del capitalismo dependiente. Los argumentos que en favor de una u otra tendencia se exponen, no nos permiten llegar a una conclusión definitiva, y la discusión sigue abierta.

---

Marvin Harris. *The rise of Anthropological Theory*. New York, Thomas Y. Crowell Co., 1968, por Andrés Fabregas Puig y Gilberto López y Rivas.

La obra de Marvin Harris, a diez años de haber sido publicada, continúa siendo uno de los más notables tratados acerca del surgimiento y desarrollo de la ciencia antropológica. Con gran erudición, Harris rastrea en la historia de las ideas filosóficas, políticas, económicas y sociales, las fuentes integrantes de lo que vendría a conformar la antropología en sus diversas manifestaciones teóricas. Sin embargo, Marvin Harris incurre en graves errores de interpretación en su análisis de una de las corrientes teóricas más importantes de nuestros días: el marxismo. El autor dedica parte de su introducción y un capítulo de su extenso trabajo al estudio de la obra de Marx. En estas notas, nos dedicaremos a comentar las críticas que del marxismo hace Harris, destacando las de más importancia.

Es indudable que las ideas de Marx y Engels han sido fundamentales, como la guía teórica de la transformación revolucionaria de nuestro tiempo, y, a su vez, el marxismo ha sido la piedra angular en el desarrollo de las ciencias sociales en general, y un fructífero método para la investigación científica en el campo de las ciencias naturales\*. El marxismo debe ser considerado no solo como una filosofía, sino también como una ciencia social, como una teoría económica, como un humanismo y una praxis política; el marxismo es un sistema multifacético de pensamiento y acción. No obstante este carácter inte-

\* Véase John Haldane. *The Marxist Philosophy and the Sciences*. New York, Books for Libraries Press, 1969.

gral del marxismo, muchos autores han tratado de reducirlo a solo uno de estos aspectos; de esta manera, para algunos, el marxismo únicamente es una teoría filosófica o una concepción del mundo; para otros, es un sistema económico, y para muchos, no es más que una mera ideología, sin mencionar a aquellos que creen que el marxismo es una "herejía satánica". En cualquier caso, este reduccionismo implica una versión deformada del marxismo.

En el contexto confesional de la antropología norteamericana, la utilidad de la obra de Harris, respecto del marxismo, estriba en reconocer su importancia para la comprensión de la evolución socio-cultural. En efecto, a pesar del muro de silencios y prejuicios levantado alrededor de las ideas de Marx en el mundo académico norteamericano, y no obstante la ignorancia profunda del pensamiento marxista entre los antropólogos norteamericanos, Marvin Harris —siguiendo las ideas de Engels expresadas ante la tumba de Marx— señala el papel medular del marxismo en la comprensión científica del mundo y en la acción objetiva de su transformación. A pesar de este reconocimiento, Harris se equivoca en la interpretación de varios aspectos de la teoría marxista, poniendo de relieve dos: el uso que hace Marx del método dialéctico y el compromiso político del marxismo en la lucha revolucionaria.

Por lo que toca a la dialéctica, Harris no comprende los cambios fundamentales realizados por Marx en su interpretación de ella. La dialéctica es una lógica, un método de pensamiento que refleja fenómenos

observables en la realidad. El mundo real es dialéctico; por lo tanto, la visión dialéctica es dinámica y muestra la interrelación de todos los fenómenos que inciden en la vida concreta. A diferencia de la lógica aristotélica, basada en el principio de que A es A, de acuerdo con la Ley de identidad, de que A es A y no puede ser B, conforme a la ley de la contradicción, y de que entre A y B no puede haber término medio, según la ley del término medio excluido, la lógica dialéctica muestra que A es A, pero que simultáneamente está dejando de serlo; de que A es A, pero que al mismo tiempo puede ser B. Es decir, la dialéctica se basa en el principio del cambio y del movimiento perpetuos.

La incompreensión de Harris consiste en identificar la dialéctica de Hegel con la de Marx, sin indicar, por supuesto, sus diferencias. Más todavía, Harris no tiene en cuenta los cambios cualitativos efectuados por Marx en el método de su maestro. En este sentido, Marx y Engels establecieron distinciones esenciales, aunque conservaron algunos términos hegelianos. Vale la pena recordar las razones que llevaron a Marx a adoptar la terminología hegeliana de la dialéctica, no obstante las diferencias en su contenido:

"Mi método dialéctico no solo difiere del de Hegel, en cuanto a sus fundamentos, sino que es su antítesis directa. Para Hegel, el proceso de pensar, al que convierte incluso, bajo el nombre de idea, en un sujeto autónomo, es el demiurgo de lo real; lo real no es más que su manifestación externa. Para mí, a la inversa, lo ideal no es sino lo material traspuesto y traducido en la mente humana.

Hace casi treinta años sometí a crítica el aspecto mistificador de la dialéctica hegeliana en tiempos en que todavía estaba de moda. Precisamente cuando trabajaba en la preparación del primer tomo de *El capital*, los irascibles, presuntuosos y mediocres epígonos que llevan hoy la voz cantante en la Alemania culta, dieron en tratar a Hegel como el bueno de Moses Mendelssohn que trataba a Spinoza, en tiempos de Lessing, como un 'perro muerto'. Me declaré abiertamente, pues, discípulo de aquel gran pensador, y llegué incluso a coquetear aquí y allá, en el capítulo acerca de la teoría del valor, con el modo de expresión que le es peculiar".<sup>1</sup>

El uso de la terminología de Hegel por Marx, ha llevado a muchos autores, Harris entre ellos, a negar el valor científico del enfoque dialéctico, el cual es básico en la investigación de los fenómenos de la naturaleza y de la cultura. Cuando Marx y Engels hacen suyo este método despojándolo de su esencia idealista, establecen las bases para superar el materialismo mecanicista y para transformar la especulación filosófica en ciencia social:

"Si nosotros asumimos la perspectiva dialéctica sin su terminología hegeliana, viene a ser lo siguiente: que hay un mundo fuera de nosotros. Que está sujeto a cambio. Que nuevas cualidades emergen de cambios cuantitativos. Que or-

ganismos y sociedades se desarrollan a través de tensiones que son resueltas en nuevos estados de equilibrio. Estas son generalizaciones que encuentran considerable apoyo en muchos, si no es que en cada uno de los campos de la investigación científica. Usadas propiamente, forman un excelente marco de referencia para cualquier investigación científica. El investigador es protegido contra la tentación de considerar su campo de investigación en completo aislamiento de otros campos de investigación. Al investigador se le recuerda que cuando se considera un proceso que está en cambio, debe observar los factores contradictorios y estar preparado para la emergencia de nuevas cualidades. Este aspecto del marxismo, su esquema ontológico, se adapta bien a la naturaleza del pensamiento científico".<sup>2</sup>

La otra crítica hecha por Harris a Marx, se refiere a lo que él denomina el "activismo político en la ciencia". En este sentido, no hay originalidad en Harris. Fromm y muchos otros también han querido despojar a Marx de su vocación revolucionaria. Más bien buscan al filósofo o al economista; pero no pueden tolerar al rebelde, al revolucionario que conoció la miseria, que vio morir a muchos de sus hijos, que sufrió deportaciones y persecuciones por su actividad política, y que resistió el academismo de las torres de marfil. Para estos autores, el científico social, el intelectual, no es más que un cien-

<sup>1</sup> Marx, Carlos. *El capital*, México, Siglo XXI, 1978 págs. 19-20, tomo I, vol. I.

<sup>2</sup> Osborn, R. *Marxism and Psychoanalysis*, New York. A Delta Book, 1969, pág. 111.

tífico en el momento que se compromete con la praxis revolucionaria; para ellos, A no puede ser al mismo tiempo B.

Para el marxismo, la ciencia social no puede situarse fuera de una posición de clase, independientemente de los deseos subjetivos de los investigadores. La toma de partido de Marx en favor de la causa de los trabajadores, no quita en ningún momento el carácter científico a su trabajo. Los científicos sociales pueden ofrecer su talento para descubrir los mecanismos del poder y las formas de control social, al mismo tiempo que establecen una posición consciente en la lucha de clases. Cuando Marx escribió *El capital*, no solo investigó científicamente la sociedad capitalista, sino que también elaboró la crítica radical del sistema. Cuando Lenin concibe la estrategia revolucionaria para la toma del poder por los trabajadores, no solo contribuyó al establecimiento del socialismo, sino que también aportó bases teóricas fundamentales en el estudio del Estado, la revolución,

y muchos otros aspectos de la ciencia política, la economía, la filosofía y la sociología. La crítica en Marx es parte substancial de la herramienta metodológica de la investigación científica, y la praxis política de Lenin conlleva premisas básicas para la teoría científica de la sociedad.

El marxismo muestra que el hombre juega un papel activo en la transformación del mundo, y que ello hace posible descubrir la esencia misma de los fenómenos sociales y naturales en su desarrollo, en sus contradicciones y en sus interrelaciones. Las características del socialismo no surgieron de un sueño quimérico de Marx, sino de las luchas reales de los trabajadores por establecer una sociedad sin clases y del estudio profundo de la realidad capitalista.

Marvin Harris presenta un Marx que no es Marx. Un Marx sin método dialéctico, sin lucha de clases, sin posiciones revolucionarias, sin socialismo, y es contra esta imagen deformada de Marx, que este autor lanza sus afilados dardos.

## Índice de los 12 primeros números

AUTOR	TÍTULO	No. Revista	Pág.
Aguirre Beltrán Gonzalo	<i>La declaración de Barbados II y comentarios</i>	7	118
Aguirre Beltrán Mario	<i>Algunas ideas sobre el "indigenismo"</i>	4	106
Arboleyda Ruth y Luis Vázquez	<i>Kirchhoff y el evolucionismo</i>	7	39
Armillas Pedro	<i>Las etapas adoptadas para el programa de historia de América</i>	12	49
Arizpe Lourdes	<i>Magnus Mörner, Estado, razas y cambio social en Hispanoamérica</i>	1	106
.....	<i>Argumentos y omisiones</i>	3	101
.....	<i>Migración indígena, problemas analíticos</i>	5	63
.....	<i>La declaración de Barbados II y comentarios</i>	7	120

AUTOR	TITULO	No. Revista	Pág.
Barjau Luis	<i>El concepto casta y la guerra de Yucatán</i>	1	57
.....	Umberto Cerroni, <i>La relación hombre-mujer en la civilización burguesa</i> (Reseña bibliográfica)	11	107
.....	Comentario mesa redonda "Marxismo y Antropología"	11	77 104
Bartra Roger	<i>Introducción a Chayanov</i>	3	49
.....	<i>Periodificación</i>	12	53
Beaucage Pierre	<i>Etnohistoria y marxismo: una región periférica del imperio azteca</i>	4	43
Berdichewsky Bernardo	<i>Perspectivas de la antropología aplicada: el caso de Chile</i>	6	43
Bernabé Senén, Isidro Tehuintle y Eleazar López	<i>Los sacerdotes indígenas: Documentos para el CELAM III</i>	9	108
Bonfil Batalla Guillermo	<i>La declaración de Barbados II y comentarios</i>	7	109
.....	<i>Sobre la liberación del indio</i>	8	97
.....	<i>El objeto de estudio de la Antropología</i>	11	21
.....	Respuesta mesa redonda "Marxismo y Antropología"	11	38

AUTOR	TITULO	No. Revista	Pág.
Castellanos Alicia	<i>Las empresas transnacionales y la contaminación ideológica</i>	6	5
Cervantes María Antonieta y Juan Yadeun	<i>La máquina tautológica y la arqueología olmeca</i>	12	125
Civera Magali	<i>Morgan: notas biográficas</i>	7	93
Del Val Blanco José Manuel	Bravo, Víctor, et al: <i>Teoría y realidad en Marx, Durkheim y Weber (Reseña Bibliográfica)</i>	11	117
.....y Ludka de Gortari Krauss	<i>Mujer campesina, sistema de parentesco y capitalismo</i>	8	5
Denis Pierre	<i>La antropología y el funcionalismo</i>	3	107
Díaz-Polanco Héctor	<i>Análisis de los movimientos campesinos</i>	2	44
.....	Roger Bartra: <i>Estructura agraria y clases sociales en México (Reseña Bibliográfica)</i>	3	115
.....	<i>Morgan y el evolucionismo</i>	7	5
.....	Claude Meillassoux: <i>Mujeres, graneros y capitales (Reseña bibliográfica)</i>	8	91
.....	<i>Indigenismo, populismo y marxismo</i>	9	7
.....	Comentarios mesa redonda "Marxismo y Antropología"	11	32 73 95

AUTOR	TITULO	No. Revista	Pág.
.....y Laurent Guye	<i>El desarrollo del capitalismo en el Bajío</i>	5	29
Díaz Reynoso Miguel	<i>La teoría evolucionista y el concepto de modo de producción asiático</i>	2	111
Escamilla Norma y María Antonieta Vigorito	<i>El trabajo femenino en las maquiladoras fronterizas</i>	8	17
Fábregas Andrés	<i>El marxismo como antropología</i>	8	47
.....	<i>Notas sobre el trabajo de Lawrence Krader</i>	10	5
.....	<i>Antropología, marxismo y práctica política</i>	11	13
.....	Respuesta mesa redonda "Marxismo y Antropología"	11	37 102
.....	Marshall Sahlins, <i>Cultura y razón política</i> (Reseña Bibliográfica)	11	111
.....y Gilberto López y Rivas	Marvin Harris, <i>The rise of Anthropological Theory</i> (Reseña Bibliográfica)	12	143
Fernández Brinella	<i>Evolucionismo unilineal y multilineal</i>	2	109
Folan William J.	<i>El Sacbé Cobá-Ixil, un camino maya del pasado</i>	6	31

AUTOR	TITULO	No. Revista	Pág.
García García María Teresa, <i>et al</i>	<i>Proyecto arqueológico Tepeapulco</i>	6	111
Gillian Angèla	<i>Clase, raza y etnicidad en Brasil y México</i>	5	91
Golte Jürgen	<i>Modo de producción asiático y el Estado Inca</i>	3	71
Gómez Tagle Silvia	<i>Cooperativismo y explotación</i>	2	95
.....	<i>La declaración de Barbados II y comen- tarios</i>	7	122
.....	<i>Marxismo y antropología</i>	11	7
González Jaime	<i>La triple opresión de las minorías indí- genas</i>	9	97
Gortari Krauss Ludka y José Manuel del Val	<i>Mujer campesina, sistema de parentesco y capitalismo</i>	8	5
Guerrero Francisco Javier	<i>Moisés Sáenz, el precursor olvidado</i>	1	31
.....	<i>La antropología mexicana</i>	11	87
.....	Comentario mesa redonda "Marxismo y Antropología"	11	30
.....			
Lagarde Marcela y María Elena Morales (PCM)	<i>La cuestión étnica</i>	9	79

AUTOR	TITULO	No. Revista	Pág.
Guye Montandón Laurent	Jan Bazant: <i>cinco haciendas mexicanas. Tres siglos de vida rural en San Luis Potosí (1600-1910)</i>	4	121
.....	Héctor Díaz-Polanco: <i>Teoría marxista de la economía campesina</i> (Reseña Bibliográfica)	6	121
..... y Héctor Díaz-Polanco	<i>El desarrollo del capitalismo en el Bajío</i>	5	29
Grigulevich J.	<i>¿Cuál es el futuro de la antropología social?</i>	5	7
Hernández M. Abelardo	Varios autores, <i>En torno al capitalismo latinoamericano</i> (Reseña Bibliográfica)	3	113
Kirchhoff Paul	<i>El sistema clánico en la familia humana</i>	7	47
Krader Lawrence	<i>Marx como etnólogo</i>	2	3
.....	INTRODUCCION A LAS NOTAS ETNOLOGICAS DE MARX	10	13
	1. Morgan, <i>La sociedad antigua</i>	10	13
	2. El Estado y la sociedad civilizada	10	41
	3. Notas marginales de Marx en los extractos de Morgan	10	49

AUTOR	TITULO	No. Revista	Pág.
	4. Phear, <i>La comunidad aria</i>	10	59
	5. Maine, <i>Consideraciones acerca del origen de las instituciones</i>	10	65
	6. Lubbock, <i>El origen de la civilización</i>	10	79
	7. Consideraciones generales acerca de la ubicación histórica de estas obras	10	83
	8. Comunidad, colectivismo e individualismo	10	105
	9. Relación de Engels con Marx y Morgan	10	137
Krantz Lasse	<i>El campesino como concepto analítico</i>	6	87
Lagarde Marcela	Comentario mesa redonda "Marxismo y Antropología"	11	27
..... Javier Guerrero, y Ma. Elena Morales (PCM)	<i>La cuestión étnica</i>	9	79
Lameiras José	<i>Antropología política e indigenismo</i>	9	67
Lavín Fernando	<i>George Balandier, teoría de la descolonización</i>	4	111
Leff Enrique	<i>Etnobotánica, biosociología y ecodesarrollo</i>	6	99

AUTOR	TITULO	No. Revista	Pág.
López Eleazar, Isidro Tehuintle y Senén Bernabé	<i>Los sacerdotes indígenas: Documentos para el CELAM III</i>	9	108
López Aguilar Fernando, et al	<i>Proyecto arqueológico Tepeapulco</i>	6	111
López y Rivas Gilberto y Andrés Fábregas	Marvin Harris, <i>The rise of Anthropological Theory</i> (Reseña Bibliográfica)	12	143
Lorenzo José Luis, Lumbreras, Matos, J. Montané, M. Sanoja y otros	<i>Hacia una arqueología social</i>	12	65
Mair Lucy	<i>Notas sobre etnocidio</i>	3	95
Margulis Mario	<i>Condiciones de producción y de ideolo- gización de la ciencia social en países dependientes</i>	1	77
Matos Moctezuma Eduardo	<i>Hacia una arqueología comprometida</i>	5	105
.....	<i>Las corrientes arqueológicas en México</i>	12	7
.....	<i>Notas sobre el proceso de desarrollo en el Centro de México</i>	12	93

AUTOR	TITULO	No. Revista	Pág.
.....y Lorenzo J. L., Lumbreras, J. Montané, M. Sanoja y otros	<i>Hacia una arqueología social</i>	12	65
Medina Andrés	<i>Miguel Covarrubias y el romanticismo en la antropología</i>	4	11
Medina Ignacio (PST)	<i>A propósito de la Declaración de Barbados II</i>	9	94
Mena María del Rayo	<i>La coyuntura electoral de 1976</i>	5	119
Mendizábal Miguel Othón de	<i>La evolución de las culturas</i>	12	27
.....	<i>La evolución de las culturas indígenas de México y la división del trabajo</i>	12	39
Montané Julio, Lorenzo, Matos, Lumbreras, Mario Sanoja y otros	<i>Hacia una arqueología social</i>	12	65
Morales María Elena, J. Guerrero y M. Lagarde (PCM)	<i>La cuestión étnica</i>	9	79
Mosonyi Emilio Esteban	<i>La declaración de Barbados II y comentarios</i>	7	113
Metcalfe Jennifer	<i>Evolucionismo y liberación</i>	3	108

AUTOR	TÍTULO	No. Revista	Pág.
Nahmad Salomón	<i>Perspectivas y proyección de la antropología aplicada en México</i>	9	103
Nalda Enrique	<i>Contracción de la frontera mesoamericana</i>	4	83
.....	Comentario mesa redonda "Marxismo y Antropología"	11	105
.....y Rebeca Panameño	<i>Arqueología ¿para quién?</i>	12	111
Nolasco Margarita	Comentario mesa redonda "Marxismo y Antropología"	11	101
Montoya Rodrigo	<i>Colonialismo y antropología en Perú</i>	2	23
Palerm Angel	<i>El evolucionismo en Mesoamérica</i>	7	63
.....	<i>Antropología y marxismo en crisis</i>	11	41
.....	Comentario mesa redonda "Marxismo y Antropología"	11	82
Panameño Rebeca y Enrique Nalda	<i>Arqueología ¿para quién?</i>	12	111
Paré Luisa	Claude Broyelle, <i>La moitié du ciel</i> (Reseña bibliográfica)	1	99
.....	<i>Tianguis y economía capitalista</i>	2	85
Petras James	<i>Trabajo científico y acción política</i>	8	63

AUTOR	TITULO	No. Revista	Pág.
Rangel Contla José Calixto	<i>Estructura y orden de la sociedad</i>	1	5
Riva Palacio Jaime	<i>De cómo se atropella a un país</i>	2	112
Rodríguez Nemesio y Edith A. Soubié	<i>La población indígena actual en América Latina</i>	9	49
Rodríguez García Ignacio, et al	<i>Proyecto arqueológico Tepeapulco</i>	6	111
Sanoja Mario, Lorenzo, Lum- breras, Matos, y J. Montané	<i>Hacia una arqueología social</i>	12	65
Servín Andrés	<i>Observación militante en una "villa miseria"</i>	5	108
Soubié Edith A. y Nemesio J. Rodríguez	<i>La población indígena actual en América Latina</i>	9	49
Stauder Jack	<i>El funcionalismo como ideología colo- nialista</i>	3	15
Stephan Otto Erwin	Comentario mesa redonda "Marxismo y Antropología"	11	98
Tejera Héctor	<i>Morgan: notas bibliográficas</i>	7	103
.....	Ursula Oswald (Coord.) y otros, <i>Mercado y dependencia</i> (Reseña bibliográfica)	12	139

AUTOR	TITULO	No. Revista	Pág.
Tehuintle Isidro, Senén Bernabé y Eleazar López	<i>Los sacerdotes indígenas: Documentos para el CELAM III</i>	9	108
Valencia Enrique	<i>El método marxista en la antropología</i>	11	61
Varela Reyna	<i>Morgan y el evolucionismo</i>	2	108
Varese Stefano	<i>Defender lo múltiple: nota al indigenismo</i>	9	33
Vargas Alberto	<i>Política agraria</i>	5	121
Vázquez Luis y Ruth Aboleйда	<i>Kirchhoff y el evolucionismo</i>	7	39
Velasco Avila Cuauhtémoc	<i>Perspectivas de la antropología</i>	4	103
Vigorito María Antonieta y Norma Escamilla	<i>Consideraciones sociológicas del trabajo femenino</i>	8	17
Viezzer Moema	<i>Una experiencia organizativa: El "Comité de Amas de Casa del Siglo XX"</i>	8	29
Yadeun Juan y María Antonieta Cervantes	<i>La máquina tautológica y la arqueología olmeca</i>	12	125
DOCUMENTOS			
	<i>La declaración de Barbados II</i>	7	110

AUTOR	TITULO	No. Revista	Pág.
	<i>Federación Ecuatoriana de Indios</i>	8	85
	<i>8 de marzo: Día internacional de la mujer</i>	8	104
Javier Guerrero, Marcela Lagarde y María Elena Morales (PCM)	<i>La cuestión étnica</i>	9	79
Ignacio Medina (PST)	<i>A propósito de la declaración de Barbados II</i>	9	94
Jaime González (PRT)	<i>La triple opresión de las minorías indígenas</i>	9	97
Salomón Nahmad	<i>Perspectivas y proyección de la antropología aplicada en México</i>	9	103
Senén Bernabé, Isidro Tehuintle y Eleazar López	<i>Los sacerdotes indígenas: Documentos para el CELAM III</i>	9	108
ALAI	<i>El Instituto Lingüístico de Verano, instrumento del imperialismo</i>	9	117
	<i>Elección democrática en la ENAH</i>	11	119

# GUÍA DE ANTROPÓLOGOS

---

Esta sección tiene por objeto informar sobre los antropólogos y sus actividades, para facilitar el conocimiento mutuo, y el intercambio científico, entre los profesionales de esta disciplina.

Los datos contemplados son los siguientes: Nombre ■ Centro de trabajo, dirección y teléfono ■ Domicilio personal y teléfono ■ Grado académico, institución que lo otorgó y fecha ■ Publicaciones realizadas ■ Breve descripción de la última investigación realizada o en proceso de realización (tema, objetivos de la investigación, orientación teórica, en su caso, región o zona donde se realiza el estudio y la institución que la patrocina).

Agradeceremos a los antropólogos que nos envíen sus datos para publicarlos en esta sección.

AGUILAR MEDINA, JOSE INIGO ■ Proyectos Especiales de Investigación (PEI) del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Ex-Convento de Churubusco. Xicoténcatl y 20 de Agosto. México 21, D.F. Tel. 549-16-92 Ext. 16 ■ Xochicaltitla 51. Col. Coyoacán. México 21, D.F. Tel. 554-89-18 ■ Etnólogo, Maestro en Ciencias Antropológicas, ENAH. Septiembre 1976 ■ "Santo Domingo de los Reyes. Una Ciudad Pérdida". En: *Boletín de la Escuela de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Yucatán*. págs. 2-17. Año 5, Núm. 27, Nov-Dic. de 1977. Mérida, Yucatán. "La Mixteca Oaxaqueña - Una zona de Emigración." En: *Aspectos sociales de la migración en México*. págs. 155-185. Serie SEP-INAH. México. 1978. "El desarrollo arquitectónico funcional de la habitación en las ciudades perdidas".

En: *Arquitectura y Sociedad*. Documentos Básicos del XIII Congreso Mundial de la Unión Internacional de Arquitectos. págs. 340-344. México. 1978. *La Ciudad de Oaxaca. El hombre y la urbe*. Serie Historia INAH. México. 1978. "El sentido de la seguridad social en las Ciudades Perdidas" En: *Boletín del Instituto Nacional de Antropología e Historia*. Epoca III, Núm. 25, Enero-Marzo de 1979. México. ■ Proyecto sobre Ciudades Perdidas donde se desarrolla el tema: Cultura y Sociedad en las Ciudades Perdidas. Se parte del supuesto de que la cultura y la organización social en la urbe debe responder inicialmente a la vida de aglomeración que ahí se da y que caracteriza obviamente a todas las relaciones sociales que se manifiestan en la ciudad. Por lo tanto, en este estudio se intenta conocer la forma en que los habitantes de las ciudades perdidas han configurado su manera de vida y la de sus grupos sociales, es decir, su cultura, su sociedad y sus relaciones sociales, dentro de la situación de marginados urbanos en la que se encuentran. Dentro de este proyecto se estudian 66 ciudades perdidas del país en cinco áreas urbanas: México, Monterrey, Coatzacoalcos-Minatitlán y Lázaro Cárdenas-Las Truchas. El Proyecto intenta buscar el conocimiento de algunos aspectos del crecimiento urbano (relacionado con la migración) y que origina, o al menos se asocia, con asentamientos urbanos precarios. También se analizan las características sociales, económicas y culturales que se presentan en la población urbana marginada, y cómo la marginación representa una contradicción básica del sistema en su desarrollo capitalista dependiente. Institución patrocinadora: INAH en colaboración con CECODES/CONACYT. Proyecto de Ecotécnicas Indígenas en el Trópico Húmedo. Este Proyecto intenta conocer la relación tradicional entre el hombre y el medio, a través de la tecnología (ecotécnicas) en las zonas donde existen en uso tecnologías tradicionales de procedencia prehispánica e indocolonial temprana y tardía. Se lleva como mira el conocer los resultados sobre la degradación del medio y la expulsión de población consiguiente, por el uso inadecuado de tecnologías tradicionales. Institución patrocinadora: INAH.

ALCANTARA FERRER, SERGIO ■ Comisión Económica de Naciones Unidas para América Latina (CEPAL) Av. Presidente Masaryk 29, piso 13, México 5, D.F. ■ 2a. Cerrada de Minerva 43, México 20, D.F. ■ Tel. 5-24-15-04 ■ Etnólogo, Maestro en Antropología, ENAH, 1968 y Maestro en Ciencias Sociales, Instituto de Estudios Sociales de La Haya, Holanda, 1973. ■ "Civilización, urbanización y megalopolización, ¿etapas de un mismo proceso?", en *Diálogos*, Vol. 13, Núm. 3 (75), mayo-junio, 1977, págs. 16-22. "The People's Collective Industries of Jalisco: A Case Study of Rural Industrialization in Mexico." United Nations Industrial Development Organization (UNIDO), Vienna, dic., Doc. ID/WG. 257/9. Proyecto personal sobre "Bienestar y costo social del desarrollo regional", en proceso de realización. Objetivos: Se pretende llegar a aportar elementos de juicio que permi-

tan hacer más operativos algunos instrumentos teóricos, técnicos y conceptuales de la planificación del desarrollo social a niveles local, micro-regional y regional. La orientación básica parte de los recientes enfoques críticos sobre el desarrollo y la búsqueda de nuevas vías, socialmente más racionales. Lugar: la primera parte del proyecto se inició con un estudio comparativo de barrio urbano de Guadalajara y comunidad rural del Estado de Jalisco. El alcance regional del proyecto cubre el Occidente y el Noroeste de México, incluido el Estado de California en Estados Unidos. Actualmente estoy participando también en el diseño de otro proyecto sobre el Problema Alimentario de México, por parte de CEPAL.

ARIAS GARCIA, JUAN JESUS ■ Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) Xochimilco. Calz. del Hueso y Canal Nacional, México 21, D.F. Tel. 594-78-33 Ext. 164 ■ Minerva 15 - 505 ■ Tel. 516-12-22 ■ Maestría UNAM/ENAH, 20 de octubre de 1972 ■ "Los conceptos de magia y religión" en *Cultura y Sociedad* ■ Tema: Migración Estacional. Lugar: Mixteca Baja, Oax. Orientación Teórica: Dependencia ■ Institución Patrocinadora: INAH.

BRUNT RIVERA, LUZ MARIA ■ Proyectos Especiales de Investigación (PEI) del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Ex-Convento de Churubusco. Xicoténcatl y 20 de Agosto, México 21, D.F. Tel. 549-16-92 Ext. 16 ■ Puerto Arista 16. Col. Piloto. A. López Mateos. México 19, D.F., Tel. 563-82-93 ■ Pasante de Etnología de la ENAH ■ Proyecto sobre Ciudades Perdidas donde se desarrolla el tema: "La educación en los asentamientos precarios como canal de movilidad socio-económico". Se estudiará la educación en relación con la estructura ocupacional y como factor de movilidad socio-económica de los habitantes de los asentamientos precarios. Para ello, hay que analizar en qué medida la educación permite la inserción de la población que la posee o no, dentro de la estructura ocupacional. Se intenta conocer, asimismo, si la educación sirve como canal de movilidad social y ocupacional para los precaristas, o si, por el contrario, solo beneficiará al sistema al ser, por ejemplo, un mecanismo seleccionador de personal a la industria, el comercio y los servicios. Dentro de este Proyecto se estudian 66 ciudades perdidas del país en cinco áreas urbanas: México, Monterrey, Guadalajara, Coatzacoalcos-Minatitlán y Lázaro Cárdenas-Las Truchas. Institución Patrocinadora: INAH en colaboración con CECODES/CONACYT.

CORONA SANCHEZ, EUDARDO JESUS ■ Departamento de Etnohistoria del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Córdoba 14, Col. Roma, México 7, D.F. Tel. 528-54-11 ■ Maestro en Etnología, especializado en Etnohistoria. ENAH. 1973 ■ "Las Rebeliones Prehispánicas." Boletín Núm. 12, Escuela de Ciencias Antropológicas. Universidad de Yucatán. "Formas de Organización Política de la

Cuencua de México" Forum Núm. 2, Prehispánico. INAH. "Las Terrazas de Netzahualcóyotl" INIREB. Núm. 22. "Los Sistemas de Chinampa y las formaciones de Estado en la Cuenca de México." Boletín Núm. 26, Escuela de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Yucatán. ■ El factor étnico en las relaciones de producción de Mesoamérica. Tiene como objetivo definir la relevancia de las formas de organización social en sociedades con un aparente bajo nivel de Formación de Estado dentro de un Modo de Producción Asiático. Tomando como modelos las diferentes formaciones desarrolladas en la Cuenca de México para tiempos prehispánicos. Forma parte de una investigación integral del Departamento de Etnohistoria del INAH

GARCIA DE LEON, ANTONIO ■ Area de Ciencias Sociales. Universidad Autónoma de Chiapas (UNACH), San Cristóbal de las Casas, Chis. Tel 8-03-61 ■ Tonalá 34, San Cristóbal de las Casas, Chiapas. Tel. 8-09-05 ■ Maestría en Ciencias Antropológicas de la ENAH. ■ "El trabajo educativo y su relación con algunos aspectos de Sociolingüística" *Anales del INAH* Ep. 7a. T. V. 74-75, págs. 155-170. *Pajapan: Un Dialecto Mexicano del Golfo*. Col. Científica INAH 43. México 1976. "Mapachismo y Poder Político en el campo Chiapaneco". *Cuadernos Agrarios*. Año 2, Núm. 5, México, 1977. págs. 57-66. AGL et al. *La Violencia en Chamula*. SCLC. Chiapas, México. 1978. ■ Actualmente realizamos una investigación acerca de la resistencia contrarrevolucionaria en Chiapas, en el período 1914-1920. Se investiga la alianza de clases local en ese período y el caso particular de un conflicto armado que culminó con el triunfo de los hacendados porfiristas sobre las fuerzas carrancistas. Se investiga esa coyuntura en particular, en sus antecedentes históricos y en las consecuencias actuales sobre todo en lo que respecta a la estructura agraria en el estado de Chiapas. Es un estudio histórico local con énfasis en ese período, pero en función del análisis del movimiento campesino actual en la región y de las soluciones represivas a dicho movimiento. Pretendemos abarcar todo el estado de Chiapas. La investigación la patrocina el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) y el Centro de Investigaciones Superiores de dicho Instituto (CISINAH)

MELGAR BAO, TIRSO RICARDO ■ Escuela Nacional de Antropología e Historia. Calzada Gandhi y Reforma ■ Elisa 121 Dept. 2, México 13, D.F. ■ Bachiller en Ciencia Social, especialidad Antropología Social. Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, Perú. Diciembre de 1976. ■ *Historia de la Minería en el Perú*. S. XII - XVIII. Lima. C.E.M.M. (mimeo, 60 págs.) 1974-1975. Guía Bibliográfica para una Historia de las Ideas Marxistas en el Perú. Lima. 1976. Co-autor, "Desarrollo del Puerto de Tambo de Mora: expresión del carácter colonial de la economía peruana." Lima, (mimeo, 302 págs.) ■ A través de un Taller de Investigación en la ENAH venimos impulsando el registro y análisis de la praxis antropológica a

nivel continental vinculada a los proyectos regionales de desarrollo y a los planes de seguridad nacional y hemisférica en el período 1940-1975. El estudio de la Antropología Imperial en nuestro continente es un imperativo de orden teórico, en circunstancias en que el debate sobre el estatuto científico y político de nuestra disciplina demanda criterios más precisos para quienes hemos optado por desarrollar una alternativa distinta, repensada y actuada en función de los rasgos que definen a su antípoda y que debe rebasar en la confrontación de posiciones el mero acto de denuncia. Por otro lado, permite esclarecer una de las líneas menos investigadas de la penetración cultural imperialista, en sus contornos y modalidades, así como en sus valoraciones pragmáticas. La actividad del Taller empezó la primera semana de noviembre de 1977. Se cuenta con dos documentos de próxima publicación

NOLASCO ARMAS, MARGARITA ■ Proyectos Especiales de Investigación. INAH-SEP. Ex-Convento de Churubusco, Xicoténcatl y 20 de Agosto. Tel. 549-16-92 Ext. 16 ■ Cda. Convento de Churubusco Núm. 23, México 21, D. F. Tel. 544-44-28 ■ Doctorado en Antropología. UNAM ■ "América: Indios, Indigenismo y Política". En *Anales del INAH*. 7a. Epoca, T. IV. INAH, México, 1975. 51 págs. "Ser Mujer Pápago". Prólogo a la *Autobiografía de una Mujer Pápago*. de Ruth Underhill. SEP 70. México, 1975. "El Indigenismo en México". En *Estudios Indígenas*. CENAMI. Vol. II Núm. 2. México, 1975. Stavenhagen, Nolasco, Stern, Reyna y Bustamante. *Libro de Texto de Ciencias Sociales*. 1er. año de Secundaria. CECSA y S.E.P. México, 1975. "Frontera Norte. Aspectos Sociales". *Revista Ciencia y Tecnología*. Septiembre. CONACYT. México, 1976. "Braceiros". *Revista País*. Ed. Chapultepec. México 1977. Nolasco, Martínez y Flores. *El Rudo Ensayo de Juan Nentuig*. Colección Científica, Núm. 58. INAH. México, 1977. 202 págs. "Los Pápagos del desierto y la Frontera Norte". En *Los Universitarios*. 133/134. México, 1978. "La Familia Mexicana". En *Revista FEM*. Núm. 7. México, 1978. *Los Pápagos*. Folleto de Divulgación. INI. México, 1978. *Los Otomíes*. Folleto de Divulgación. INI. México, 1978. *Los Mixtecos de la Costa*. Folleto de Divulgación. INI. México, 1978. "Arquitectura y Subdesarrollo: La Función del Arquitecto como Planificador". En *La Cultura en México*. (SIEMPRE 1335). 1979. "Autoconstrucción de viviendas en las ciudades perdidas". En *Revista CIDIU* de INDECO. México, 1979. "Arquitectura, Sociedad y Cultura". En *Revista de la Construcción*. Cámara Nacional de Construcción. México 1979. "El Sistema Urbano de los países Subdesarrollados: El caso de Coatzacoalcos-Minatitlán". En *Relaciones Ciudad-Campo*. Bataillon y Restrepo. Edit. Nueva Visión. México, 1979. "Health and Disease in the Northern Border Area". En *Modern Medicine and Medical Anthropology*. B. Velimirovic (comp.). OPS. Washington. 1979. "Carter y Nuestro Proyecto Nacional". En *Los Universitarios*. 137/138. UNAM. México, 1979. *Migración Municipal en México*. INAH. México, 1979.

Nolasco (Coord.) y otros. *Aspectos Sociales de la Migración Municipal en México*. INAH. México, 1979. *Cuatro ciudades, el proceso de urbanización dependiente*. En prensa en INAH. México, 1979 ■ **PROYECTO DE CIUDADES PERDIDAS**: En este estudio se analizan las características socioeconómicas de la población marginal urbana. Se intenta no sólo conocerlas, sino usarlas como indicadores de una situación estructural del capitalismo dependiente; la marginalidad, y todo, desde luego, dentro del marco teórico del análisis de la marginalidad como una de las contradicciones básicas del sistema capitalista en la periferia dependiente. Se estudian 66 ciudades perdidas del país en cinco áreas urbanas: México, Monterrey, Guadalajara, Coahuila de Zaragoza-Minatitlán y Lázaro Cárdenas-Las Truchas. Se busca el conocimiento de algunos aspectos del crecimiento urbano (relacionado con la migración) y que origina o al menos se asocia con asentamientos urbanos precarios, conocidos genéricamente en México como ciudades perdidas. También se analizan las características sociales, económicas y culturales que se presentan en la población urbana marginal, y cómo la marginación representa una contradicción básica del sistema en su desarrollo capitalista dependiente. Las instituciones que patrocinan este Proyecto son el INAH, en colaboración con CECODES/CONACYT ■ **PROYECTO LA FRONTERA NORTE COMO AREA DE FRICCIÓN INTERÉTNICA**: A través del proyecto se intentan conocer las condiciones socioeconómicas específicas en que se dan las relaciones fronterizas entre México y los Estados Unidos. Se busca identificar los principales conflictos sociales y culturales resultantes de las relaciones interétnicas que se enmarcan dentro de este tipo de relaciones, encauzadas por normas de diverso origen, como económico (desarrollo-subdesarrollo), político (dominación-dependencia), culturales (etnocentrismo-penetración cultural). Institución patrocinadora: INAH.

VELASCO TORO, JOSE ■ Centro Coordinador Indigenista Mayo ■ Carretera Navojoa-Huatabampo, Etchojoa, Sonora, Apartado postal número 13. Tel. 41 ■ Académico Maestría ■ Villa Rojas, Velasco, Feliz Báez y otros. *Los zoques de Chiapas*, INI, México 1975. "La Educación primaria en el Estado de Veracruz 1810-1837". *Dualismo*, Núm. 8 Universidad Veracruzana. 1975. "Panorama general de la Educación Primaria de la Segunda República Federal a la República Restaurada", *Dualismo*, Núm. 9. 1976 "La Educación primaria en Veracruz durante el Porfiriato, 1877-1910" *Dualismo* (en prensa). ■ "Análisis socio-económico de los yaquis de Sonora". El Objetivo de esta investigación es el dar un diagnóstico de la situación socio-económica del territorio ocupado por los yaquis, con la finalidad de implementar programas de desarrollo regional. Esta investigación es patrocinada por el Instituto Nacional Indigenista (INI).

# EL SALVADOR

## LA LARGA MARCHA DE UN PUEBLO HACIA LA LIBERTAD

La lucha de los trabajadores salvadoreños tiene su origen en una de las situaciones socioeconómicas más represivas de América Latina. El Salvador es el país latinoamericano más pequeño y uno de los más densamente poblados: un total aproximado de cuatro millones en una superficie de 21.393 kilómetros cuadrados. Las zonas de mayor densidad de población son las tierras altas, entre los 600 y 1.200 metros de altura sobre el nivel del mar, región en la que se cultiva el café, principal producto del país. El contraste entre la población mayoritariamente trabajadora y la oligarquía es francamente abismal; solamente catorce familias oligárquicas son las beneficiarias de la producción y la situación de miseria y de hambre generalizada es tal, que la mortalidad infantil llegó al 87 por ciento en 1957 y a un 70.6 por ciento en la década actual. En 1931, estas disparidades agudizaron la lucha de clases, dando por resultado un gran movimiento de masas, que fue reprimido brutalmente con el beneplácito del imperialismo, por el general Maximiliano Hernández Martínez (treinta mil campesinos muertos). En verdad, la oligarquía salvadoreña ha sido una de las más fieles aliadas de los intereses antinacionales. La alianza oligarquía-imperialismo controla la banca, las comunicaciones, el comercio y, lo más importante, el proceso de trabajo. La oligarquía y el imperialismo han usado a la dictadura militar como recurso para evitar la expresión revolucionaria del pueblo salvadoreño.

La lucha popular en contra de este sistema, personificado en el ex-dictador Carlos Humberto Romero, llevó a la alianza oligarquía-imperialismo a modificar su estrategia de dominación, sustituyéndolo por una junta cívico-militar. El 15 de octubre, Romero fue retirado

del poder y relevado por un par de coroneles y un grupo de civiles que a los dos días de haber tomado el gobierno habían asesinado a cerca de cien miembros de organizaciones populares. De aquí en adelante, la junta no ha cesado de reprimir por todos los medios al pueblo salvadoreño. El imperialismo norteamericano ha estado presente apoyando los pronunciamientos y actos de la junta, y montando una campaña de información que distorsiona los hechos, al mismo tiempo que realizar movilizaciones militares en la región caribeña y centroamericana. El día 30 de octubre, los marines que custodian la embajada norteamericana dispararon en contra de una manifestación pacífica, dando muerte a un militante del pueblo.

El triunfo popular en Nicaragua significó una derrota sustancial para el imperialismo en Centroamérica y sus aliados. Este triunfo popular plantea situaciones nuevas a la lucha de los trabajadores salvadoreños que hoy se preparan para la victoria final, en una coyuntura histórica que es cada día más favorable. Se han fortalecido las organizaciones de masas y se han desarrollado nuevas formas de lucha que demandan toda nuestra solidaridad. Por ello, un amplio grupo de organizaciones democráticas del pueblo mexicano han constituido el FRENTE NACIONAL DE SOLIDARIDAD CON EL PUEBLO DE EL SALVADOR, abierto para todos los interesados en dar solidaridad al pueblo salvadoreño.

*¡EN LA UNIDAD DEL PUEBLO SALVADOREÑO EN LUCHA,  
LA SOLIDARIDAD ACTIVA DEL PUEBLO MEXICANO!*

Comité mexicano de solidaridad con el pueblo de El Salvador